PQ 6523
.F37 T3
Copy 1

PQ 6523
.F37 T3
Copy 1

THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

Class PQ6523
Book F37T3

URBANO MANINI, EDITOR

400

LOS TENORIOS DE HOY

URBANO MANINI, EDITOR, MADRID

LOS

TENORIOS DE HOY

(CUADROS DEL NATURAL)

POR

D. Manuel Fernandez y Gonzalez

35
1p

ADMINISTRACION

CALLE DE SERRANO, NÚM. 14, BARRIO DE SALAMANCA

MADRID.—1872

PQ6523
.F37T3

Esta obra es propiedad de D. Urbano Manini, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMPRENTA DE JOSÉ A. MUÑOZ Y C.º, ALMIRANTE, 7

CAPITULO I

La tutora de Sofía

No se tienen noticias de los antecedentes de doña Mónica; sábese, sí, que echaba las cartas y que vendia untos para pintarse, y otros efectos: se tiene por cosa averiguada que allá en los tiempos de su juventud, cuando administraban justicia aquellos buenos alcaldes del régimen absoluto, habia sido sacada con otras compañeras, y emplumada, á la vergüenza; dicen tambien que esto fué ocioso, porque doña Mónica tuvo mucho frio, pero no se avergonzó: sabíase además que habia estado en las Arrecogidas por no sabemos qué escándalos, y despues en la Galera por no sabemos qué hurtos: que, en fin, la mitad de su vida, que no era corta, la habia pasado entre las manos y bajo las caricias de la justicia. Por lo

demás, en cuanto al pueblo de su naturaleza, padres, nombre y edad, la justicia habia sido impotente para descubrirlo: habia tenido tantos nombres como veces habia necesitado engañar á la justicia, ó como se dice ahora, falsificar su estado civil, y tantas patrias como la habian venido en mientes: habia cumplido todas sus condenas con la resignacion de una mártir y la dulzura de un ángel, y como la justicia no habia podido cogerla de nuevo infraganti, hacia veinte años vivia en paz entregada á sus pronósticos y á su comercio.

Desde que para España lució la aurora de la moderna libertad de que hoy disfruta; desde que cambió el personal de la justicia; desde que se tuvo por ridículo encausar por bruja á una vieja y llevarla ante un juez por echar las cartas, y condenarla severamente por vender bebedizos y otros artículos, estas buenas hembras, que pudieran llamarse hembras sábias, campan por su respeto, y si no tienen muestra que publique su industria, es porque no quieren.

Doña Mónica Maestranzos (este era el nombre bajo el cual habia aparecido por la última vez ante la justicia) acababa de cumplir una sentencia de cuatro años de reclusion, cuando escarmentada de las industrias peligrosas, se dedicó á la ménos peligrosa de echar las cartas y de hacer untos y filtros amatorios, todo lo

cual habia aprendido en las Arrecogidas y en la Galera.

Ya hemos dicho que la civilizacion y el progreso habian descartado del código criminal las penas contra la brujería, y el comercio de untos, brevajes y filtros para el amor.

Doña Mónica, con dineros que la dieron algunos de sus antiguos amigos, que eran numerosos y no ruines, tomó un cuarto principal en una pequeña casa que tenia muy pocos vecinos, situada en la imperial y coronada Villa de Madrid y en su calle del Molino de Viento, que como se sabe, empieza en la del Pez.

Doña Mónica pudo pagar muy pronto y en buena moneda á sus amigos lo que la habian prestado, lo que quiere decir que su industria iba muy bien, y no tardó mucho en ahorrar, en tener un pequeño capital, y en consagrarlo á préstamos *sui generis* al pormenor, de los que dejan una peseta por duro á la semana, y que toman las vendedoras ambulantes que se arruinan.

Esta manera de préstamos, cuando se la entiende, produce un rio de oro.

A los diez años de haber empezado sus nuevas industrias, por las cuales no la habia pedido cuentas la justicia, doña Mónica no se dejaba cortar una uña, como vulgarmente se dice, por cuarenta mil duros.

Pasaba ya de sus cuarenta, y aun de sus cua-

renta y cinco años, y estaba medianamente fea, y más que medianamente flaca y huesuda; se la habia afilado y alargado la nariz, se la habian undido los ojos y la boca, y habia echado, en fin, cierta fisonomía sibilina que estaba muy en armonía con su oficio.

Para que se tenga fe en una bruja, es necesario que lo parezca.

Las grandes damas que van de tapadillo á que las echen las cartas y las lean el sino, tendrian muy poca fe en una sacerdotisa de la adivinacion, si no fuera pasablemente horrible, y convenientemente aceitunada y de color de azufre.

Parece que las esposas del diablo deben ser así.

Así por lo ménos lo establece la tradicion.

Fuera de esto, doña Mónica vestia con suma elegancia, usaba alhajas, sedas y blondas, y no habia espectáculo en que no se presentase ni café á que no concurriese, acompañada siempre de una hermosa amiga, hija de un general, viuda de un intendente ó huérfana de un ministro togado; por supuesto, todas ellas admirablemente educadas, vivas de conversacion, chispeantes de mirada, y aficionadas, con *fatigas*, á los toros, y particularmente á los toreros.

Esto es muy español.

Una española que no se perezca por los to-

ros, es una española degenerada, una española á medias, cuyo patriotismo no vale gran cosa.

Amar los toros y no traspasar parte de este amor á los toreros, seria una inconsecuencia en que no puede incurrir una mujer de corazon y de talento.

Doña Mónica, pues, y sus amigas, formaban parte de un mundo aparte; de ese mundo cuyo *specimen* se encuentra en el café Imperial y en Eslava.

Doña Mónica, pues, vivia en sus glorias.

Conocia y trataba á la parte bella de las *gentes de alto coturno*, las sacaba las entrañas con sus naipes, sus untos y sus brujerías, y nunca la faltaba un buen mozo, *primo sin consaguinidad*, que, cuando de vuelta del teatro ó del baile pasaba para hacer su última estacion por el café Imperial, la pagase á ella y á su compañera ó compañeras un *beefsteack* con patas ó una chuleta á la *papillotte*, ó riñones salteados al Madera, con su correspondiente postre y su *surplus* de café con copa de ron y marrasquino.

Doña Mónica y sus amigas no eran de las que se contentan con un café con leche y media tostada.

Estas beneméritas damas, que por una cosa que sólo cuesta dos reales atrapan un amor violento que dura por lo ménos diez horas, consti-

tuyen la nunca bien como se debe alabada y benemérita *Sociedad del Buñuelo* (1).

Esta sociedad, si Dios y el gobernador de Madrid no lo remedian, está destinada á hacerse célebre.

Pero doña Mónica y sus amigas, si pertenecian á alguna sociedad, era á la de los *boas*, puesto que solamente para poder hablar con ellas habia necesidad de dejarse comer un lado.

Acababa de abrirse Eslava, es decir, el café de este título, cuando una noche, despues de un dia de campo, pasado con sus amigas y amigos en la Alameda de Osuna, la vieja que la servia, que era la imágen de Satanás, y que, no sabemos por qué, tenia el romántico-greco-novelesco nombre de Sofronisa, la dijo con la voz sonando á rapé y á aguardiente:

—Ahí ha estado el cartero.

—Venga la carta,—dijo doña Mónica, acabando de desprenderse su mantilla á lo manola;—¿es del interior?

—No, señora; de afuera.

—Pues yo no tengo fuera quien me escriba.

—La carta lo rezará.

Y Sofronisa dió una carta á doña Mónica.

---

(1) El autor reclama la propiedad de este calificativo, cuya verdad no puede ser mayor; no quiere que, como otras calificaciones suyas que han pasado al lenguaje usual, se la atribuyan otros.

—No conozco la letra,—dijo esta, dando vueltas al sobre.

Y la abrió.

Decia así:

«Córdoba 15 de Julio de 1869.

»Mi querida Mónica: un buey me ha dado una coz; me ha deshecho, segun dice el médico, el hipocondrio, y segun añade el mismo médico, me voy por la posta. Ya sabes por qué yo te lo dije en el correccional de Cartagena, donde tuve el gusto de ser tu compañera, que yo tenia una chiquilla de siete ú ocho años que se estaba educando en el hospicio de esta ciudad, donde la colocaron de interna cuando á mí me metieron en chirona por haberla cortado el moño y la cara, y haberme traido enredada sin pensarlo su cadena de oro con el reloj adjunto, á aquella Aguedita de los diablos que se propuso quitarme el usufructo del padre de mi criaturita: desdichas, hija, desdichas; estaba de Dios que yo no fuera feliz sobre la tierra, y para colmo de fortuna, muero de la coz de un buey.

»Don Práxedes se murió de la sofocacion que pasó al ver que á mí me encerraban; las lió *abintestato*, y mi chiquilla no tuvo otro remedio que ir al hospicio, y yo tuve que apencar con el rancho de la cárcel; ¡cómo ha de ser! yo he sido una mártir, porque he soportado todos mis negros y numerosos infortunios con resignacion,

lo que espero que Dios me tomará en cuenta y descargo de mis pecados.

»Como puedes comprender, no soy yo quien escribo, porque no hay cristiana ni cristiano que escriba con el hipocondrio hecho agua; me lleva la pluma Sofía, mi hija, la polla más bonita que se ha criado en los vergeles de Córdoba.

»La pobrecilla llora, y no tendrá nada de extraño que encuentres la señal de sus lágrimas sobre el papel; á más de perder á su querida mamá, se deja en Córdoba un buen mozo á quien adora, y con el cual iba á casarse: mi desgracia es una contrariedad, porque tendrá que respetar lo ménos seis meses mi luto.

»Vamos á lo que importa: he hecho testamento, y te he nombrado tutora de mi Sofía: eres la persona que más confianza me inspira en el mundo; en los diez años que han pasado desde que nos despedimos en Cartagena, he *apañado*, no sabes tú con cuántas penas y con cuántas fatigas, diez mil durejos, que he puesto al sol en buenas tierras cerca de Córdoba: ¡así no me hubiera hecho labradora! el buey no me hubiera dado la coz que me mata; pero ¿cómo ha de ser? cada criatura tiene su sino, y el mio era este.

»Supongo que tú aceptarás, en memoria de tu buena amiga, la tutela de Sofía.

»Como yo estoy segura (el médico lo dice) de

que esto durará muy poco, prepárate á recibir dentro de dos ó tres dias á mi niña.

»Adios, amiga mia, adios; hasta el valle de Josafat: yo te diria muchas cosas; pero el hipocondrio no me deja continuar. Tuya hasta despues de muerta,

DOLORES BORRAJA.»

Quedóse profundamente pensativa, despues de la lectura de esta carta, doña Mónica.

—Del mal el ménos,—dijo;—tenemos una herencia de diez mil duros; ¡por qué no aceptar la tutela! ¿Y qué casta de buey será ese que ha dado la coz á Dolores? ¿Quién sabe?... En fin, lo cierto es que se muere y me confia su hija con diez mil duros de herencia; me voy á acostar, estoy rendida: ¡oh qué dia, señor, qué dia! ¡y pensar que ya no tengo ni estómago, ni piernas, que no puedo comer guindilla, ni beber ron, ni bailar la galop infernal! ¡esto es desesperado!

Doña Mónica se acostó y se llevó la noche de un solo tiron, porque, si habia perdido los jugos gástricos y la elasticidad y la fuerza de las corvas, habia conservado unas magníficas facilidades para el sueño, puesto que apenas echaba la cabeza sobre la almohada se dormia.

Cuando se levantó, y mientras tomaba el chocolate, se le ocurrió que debia contestar á su antigua amiga, que podia suceder muy bien

tirara lo bastante para poder recibir una contestacion; pero ¿cómo escribirla, no sabiendo sus señas? Dolores no las habia puesto, sin duda por haberlas creido inútiles.

Doña Mónica no contestó.

Pasaron dos dias, tres, cinco, una semana, sin que la niña pareciese, y doña Mónica acabó por creer que aquella lúgubre carta, producida por la coz de un buey, no habia sido otra cosa que una broma de algun chusco que hubiese sabido que ella habia sido compañera de correccion de Dolores Borraja.

¿Pero qué objeto podia haber tenido esta broma?

Doña Mónica acabó por olvidarse de Dolores, de su niña, del buey y del hipocondrio.

Ya no pensaba ni remotísimamente en nada de esto, cuando una noche, echa un estandarte de espantaperros, larga, seca, insoportable, mereciendo un escopetazo, se presentó Sofronisa en el café Imperial á punto que doña Mónica empezaba á saborear unas riquísimas criadillas con tomates, y exclamó abriendo los brazos como las aspas de un molino de viento:

—¡Ya llegó! ¡ya llegó!

—Pero ¿quién llegó, mujer?—exclamó disgustada doña Mónica.

—¿Quién ha de haber llegado sino el antecristo?—dijo uno de los buenos mozos que cena-

ban con doña Mónica y dos de sus amigas;—¡vaya una percha!

—La de Córdoba, señora,—exclamó sin tomar acta de los elogios que acababan de hacerla, Sofronisa;—la del *hipocondrio.*

Respondió una carcajada general.

Sólo doña Mónica no se rió.

—¿Que ha llegado dices?

—Sí, señora, y muy pronto debe venir,—contestó Sofronisa.

—¡Aquí!...

—Sí, señora, aquí.

—¿Pero cuándo ha llegado?

—Poco antes de las once y media.

—¿Con quién?

—Sola; miento, no, con un mundo como la mitad del café: venia en un coche; entre el cochero y yo subimos el mundo: la señorita se me habia dado á conocer.

—¡La señorita!...—exclamó uno de los comensales con ese escepticismo estúpido, que es el estilo peculiar de cierto género de pícaros.

—Ni una duquesa,—dijo Sofronisa;—no hay en todo el café una que sirva para descalzarla.

—¡Vamos, la mar!...—dijo una hermosa rubia, amiga de doña Mónica.

—Y más que la mar, el juicio final,—dijo Sofronisa.

—Pues cuando esta lo dice,—dijo doña Móni-

ca,—es menester creerla, porque esta, tan fea como es, tan delicado tiene el gusto...

—En fin, señora,—dijo Sofronisa,—yo á lo que vengo vengo: cuando dije á la señorita Sofía que estaba usted en el café Imperial, me dijo:

»—Pues vaya usted mientras yo me arreglo un poco á buscar un coche; tengo impaciencia por conocer á mi tutora, y además de esto, he oido hablar tanto del café Imperial, que no me pesaria ir allí á dar mi primer abrazo á mi tutora.

—¡Al pelo!—exclamó uno de los tunantes que cenaban con las consabidas.

—Cuando yo volví con el coche,—continuó Sofronisa,—ya estaba la señorita arreglada, y ¡válgame Dios! ¡de qué manera arreglada! ¡Y luego se dirá que las niñas de provincia!... ¡Bah! ¡tonterías!...

La atencion de todos se habia excitado.

Las mujeres se sentian inquietas, los hombres ansiosos.

Sofronisa continuó:

—La señorita me dijo entrase con ella en el coche; pero yo no quise: yo corro más que un caballo, y además en los coches me dan mareos; eché á escape, y aunque he corrido bien, tengo la seguridad de que la señorita Sofía ha llegado ya, y está esperando.

Hubo una especie de movimiento magnético al rededor de la mesa.

Las mujeres se inquietaron más y más.

Los hombres se mostraron más ansiosos.

Doña Mónica se habia levantado de una manera nerviosa, y habia dicho á Sofronisa:

—Vamos, vamos al momento, yo no puedo hacer esperar á mi pupila: ¡y yo que creia que todo era una broma!

Poco despues ama y criada salian á la ancha acera del café Imperial que da á la Puerta del Sol.

Apenas habian salido, cuando de uno de los carruajes que estacionaban junto á la acera salió un gracioso *siseo*.

Acudió allá doña Mónica.

Se abrió la portezuela del carruaje, avanzó una forma casi aérea, y doña Mónica retrocedió.

Sofía la habia enamorado apenas la habia visto.

CAPÍTULO II

Sofía

—¡Señora!—exclamó la jóven, arrojándose en los brazos de doña Mónica y rompiendo á llorar.

—¡Calla... es sentimental!—exclamó para sí doña Mónica.—¡Malo! esta chica me dará que hacer.

Y al mismo tiempo besaba á la jóven.

—¿Qué hay que hacer, hija mia, sino resignarse?—dijo doña Mónica.—Si usted ha perdido una madre, en mí tiene usted otra.

—¡Gracias, muchas gracias, señora!—dijo Sofía, enjugándose sus lágrimas;—la pobre mamá me ha hablado con grande encarecimiento de usted; me ha dicho que han sido ustedes compañeras de colegio.

—Sí, es verdad,—dijo para sí doña Mónica;—compañeras en el correccional de Cartagena.

Y luego añadió en voz alta:

—Dolores y yo éramos grandes amigas, y yo estoy inconsolable, como que á causa de su pérdida he vestido, si no de luto, á lo ménos de una manera muy semejante.

Doña Mónica aprovechaba la casualidad de ir vestida de negro.

—Gracias, señora, muchas gracias,—contestó Sofía;—permítame usted, voy á pagar al cochero.

—¡Cómo!...—exclamó doña Mónica;—nada de eso. Toma, Sofronisa, toma, y métete en el coche, y véte á escape á preparar el cuarto de la señorita; digo, si usted, hija mia, no quiere que nos volvamos á casa.

—¡Ah! no, de ningun modo,—dijo Sofía;—no quiero que por mí altere usted sus costumbres; y además, me distraeré un poco; necesito distraerme: no puedo olvidarme de la última mirada de mamá. ¡Oh, qué horrible buey!

—¿Y á quién se le ocurre acercarse á los bueyes, cuando está demostrado que á veces los más mansos cornean?

Entraban en aquel momento en el café por la puerta que da á la Puerta del Sol; tenian que atravesarle completamente para llegar adonde esperaba ansioso el resto de la reunion, que

era en la mesa colocada en el hueco de la última ventana por la parte de la Carrera de San Jerónimo.

El café contenia aún bastante gente, y el éxito de Sofía fué completo.

Era alta, esbelta, vestia un traje muy sencillo de luto, pero muy elegante; llevaba en la cabeza una pequeña toca ó calañés, tendidas las largas y gruesas trenzas negras, y en la garganta, larga, mórbida, nacarada, un collar de azabache en dobles vueltas.

Este collar y los largos pendientes, de azabache tambien y de una forma elegantísima, hacian resaltar la extraordinaria blancura de Sofía.

Sus ojos negros y enormes, ojos velados por unas largas y curvas pestañas, tenian algo de una luz misteriosa que parecia partir del alma, lucian de una manera irresistible, y tenian una fuerza incontrastable, sin pretensiones de tenerla.

Cuando se acercó á la mesa, los tres varones anfibios que en ella estaban se quedaron perplejos, y las dos buenas mozas amigas de doña Mónica no pudieron disimular una expresion de despecho.

Doña Mónica presentó á Sofía.

El semblante de Sofía se nubló al ver la gente á quien se la presentaba.

Contestó friamente á los cumplimientos, no

muy distinguidos, de aquellos indivíduos, y se sentó un tanto retirada de la mesa, fuera de tiro de pié.

—Es experimentada,—dijo para sí doña Mónica;—preciso, Dolores no puede ménos de haberla educado de una manera conveniente. Pero ¡Dios mio! ¡si la rebosan el candor y la inocencia por todos sus poros!

—Vamos, usted va á tomar algo, niña,—la dijo uno de los amigos de doña Mónica, un indivíduo sin oficio conocido, que no se sabia de qué vivia; un misterio, en fin, puesto que ni á las casas de juego concurria.

Sofía no contestó, y tan expresivo fué aquel silencio, que Frasquito, que así se llamaba nuestro hombre, se dió por contestado, se mordió los labios y no dijo una sola palabra más.

Se habia irritado como se irritan los Tenorios de este género, que creen, no sólo que para ellos no hay mujer difícil, sino que toda mujer á quienes ellos se dirijan va á desfallecer de felicidad.

Sofía habia tomado la actitud de una figura fuera de cuadro, una actitud de protesta, y se ocupaba en examinar el café; pero sin esa torpe curiosidad de los lugareños.

Doña Mónica se mordia á su vez los labios.

—¡Cuando yo digo,—murmuró,—que esta chica me va á dar mucho que hacer! ¿Qué querrá?

¿A qué estará acostumbrada? ¿Cómo la ha educado mi compañera de colegio?

Sofía continuaba prestando muy poca atencion á su tutora y á sus amigos.

La rubia y la morena que formaban parte del grupo, se sentian como humilladas, como vencidas, por aquella juventud, por aquella hermosura, por aquella elegancia, por aquella altivez.

—¿Pero no quiere usted tomar nada, hija mia?—dijo doña Mónica.

—No, no señora,—contestó Sofía,—muchas gracias; al pasar por Aranjuez he tomado un pedazo de pan con pollo, y no tengo absolutamente gana.

—Pero té... café... un refresco...

—No, no señora, gracias; á estas horas no acostumbro á tomar nada: me duele además un poco la cabeza.

—¡Ah! pues entonces nos retiraremos. Estos señores nos dispensarán.

—Como usted quiera, señora,—contestó Sofía;—pero mi dolor de cabeza no es un motivo, estoy acostumbrada á él.

En aquel momento se la cayó el abanico á Sofía.

Fué á recogerlo, y se encontró con un jóven de veinticinco á veintiseis años, del mejor corte, que habia recogido el abanico y que se lo presentaba.

—Gracias,—dijo Sofía de una manera natural; pero en sus ojos brilló algo extraño.

—Adios, señorita,—contestó el jóven.

Y fué á sentarse en una mesa inmediata, que formaba ángulo con la que ocupaban doña Mónica, sus amigas y sus amigos.

Por la posicion en que estaba Sofía, se encontraba frente á frente de aquel jóven.

Este tuvo la discrecion de no mirarla.

Sofía le miraba de tiempo en tiempo involuntariamente, á despecho suyo.

—Me parece,—dijo para sí doña Mónica,—que ya no tiene tanta prisa de irse. Pero, señor, segun me escribia la difunta, esta chica estaba enamorada de un buen mozo que debia casarse con ella. Lo repito, me va á dar mucho que hacer. ¿Continúa doliéndole á usted la cabeza, hija mia?—añadió en voz alta.

—Estoy acostumbrada, señora,—contestó sonriendo lánguidamente Sofía.

Los dientes que dejaba ver al reirse eran deliciosos.

Frasquito estaba dado á los diablos, y los otros dos amigos contrariados, pensativos y reducidos al silencio.

No hay nada que decir de la rubia y de la morena; agonizaban de envidia.

Sofía se imponia á todos.

El jóven que habia cruzado una palabra con

Sofía á causa del abanico, llamó á un mozo, le pidió un periódico y chocolate.

De tiempo en tiempo, Sofía no podia impedirse el lanzar una mirada furtiva á aquel jóven.

Este, sin embargo, no la miraba, y cuando le llevaron el periódico se puso á leerle de manera que el periódico le cubria.

Sofía dejó ver un ligero movimiento de impaciencia.

—Vamos, hija mia,—dijo doña Mónica,—usted está sin duda cansada, y por mi parte esta es la hora en que yo acostumbro á retirarme.

—Como usted guste, señora,—contestó Sofía, levantándose al par que doña Mónica.

—Buenas noches, Cármen; buenas noches, Rita,—dijo doña Mónica.—Adios, Frasquito; adios, amigos mios, hasta la vista.

—Que usted descanse,—dijo Frasquito con una voz opaca é intencionada, y como si hubiera dirigido sus palabras más que á doña Mónica, á Sofía.

—¡Que no sea cosa de cuidado!—dijo uno de los otros dos.

—Vaya, hasta mañana, hija,—dijo Cármen.

En cuanto á la morena, no se la ocurrió decir una sola palabra.

—Buenas noches,—dijo con una perfecta y fácil cortesanía Sofía, abarcándolos á todos en

aquel saludo, y una última mirada suya fué á buscar al jóven del abanico.

Este continuaba cubierto con su periódico; pero apenas hubieron salido doña Mónica y Sofía, dejó el periódico y llamó.

Acudió el mozo.

—Ven acá, acércate,—le dijo el jóven.—¿Quién es esa criatura que acaba de salir del café?

—No ha venido hasta esta noche,—contestó en voz baja el mozo.

—¿Y la otra?

—¡Bah! ¡la otra!—contestó sonriendo de una manera epigramática el mozo.

—¿Qué la otra?

—¡Uf, la otra! No se fie usted, señor marqués. ¿Quién sabe lo que será esa niña nueva? La otra es una garduña: vive en la calle del Molino de Viento, número veintisiete; echa las cartas, dice la buena ventura, hace bebedizos y qué sé yo cuántas brujerías, y sobre todo, la gusta mucho el dinero.

—Gracias,—contestó el jóven, metiendo un duro en la mano al mozo.—¿Para cuándo me puedes tú dar informes completos, los más completos posibles?

—¿Cuándo? Mañana á la noche. Ahí tiene usted la cuenta. Tres y medio y medio cuatro, y diez y seis, veinte.

—Guárdatelo.

—Muchas gracias, don Juan.

Mientras el mozo y don Juan habian sostenido este diálogo, Frasquito, sus dos amigos, la rubia y la morena, habian desfilado.

Sigamos á doña Mónica y á Sofía.

—Francamente, señora,—dijo esta cuando se encontraron en la calle,—ni estoy cansada, ni me duele la cabeza; es que allí dentro me sofocaba, que sentia un olor insoportable.

—¡Ah! ¡el gas!—dijo doña Mónica;—¿no hay gas en Córdoba?

—Sí, señora; pero aquel gas huele de otra manera.

—¡Ah, ya! No será tan fino como el de Madrid.

—Puede ser,—contestó Sofía;—pero, señora, si usted no estuviera cansada, podíamos dar una vuelta. ¿Está muy lejos el Prado?

—No, hija mia, no; pero á estas horas hay en él muy poca gente, á pesar del calor; pero podemos ir á los jardines de Recoletos, que están más concurridos.

—Pues bien, yo se lo agradeceria á usted.

—¿Y por qué no, hija mia?—dijo doña Mónica.—De todos modos, hay que dar tiempo á Sofronisa para que la prepare á usted el cuarto.

Y tomaron, atravesando la calle de Alcalá por su principio, la acera de la izquierda.

—¿Qué le parece á usted Madrid, hija mia?—la preguntó doña Mónica.

—Bien, muy bien,—respondió Sofía;—las calles son anchas, las casas altas y simétricas, y el movimiento extraordinario: á estas horas en Córdoba no hay un alma por la calle.

—Séame usted franca, hija mia,—la dijo doña Mónica:—usted se sentia incomodada en el café.

—Necesariamente, señora,—contestó Sofía:—usted debe ser muy buena, muy confiada; los hombres á quienes usted me presentó son tres tunos sin educacion de ninguna especie, y haciendo gala de tunanterías, que son ya muy viejas; y en cuanto á las dos mujeres... no se puede estar cerca de aquellas dos mujeres sin sentir picor en todo el cuerpo.

—Vamos claros, niña,—dijo doña Mónica:—¿usted no se ha educado en el hospicio de Córdoba?

—Ciertamente que sí,—dijo Sofía;—allí he estado seis años, todo el tiempo que mamá estuvo presa por consecuencia de una rareza de su carácter. Papá murió *ab intestato;* yo no tenia ningun derecho, porque no habia sido reconocida. No habian quedado bienes de ninguna especie, y judicialmente se me confió al hospicio. Allí se me ha educado bien, muy bien, señora. No hay que pedir nada á las damas de Beneficencia, ni á las hermanas de la Caridad, ni á los profesores. Mejor

dicho, señora, yo no he estado más que dos años en el hospicio: al cumplir los diez años me sacó de él la señora condesa de Vallehumbroso. ¡Oh, si aquella buena señora no hubiera muerto! Murió cabalmente cuando mi madre cumplió su condena, volvió á Córdoba y me reclamó al hospicio. La señora condesa se entendió con mi madre, la dió una fuerte cantidad, y mi madre convino en dejarme al lado de la condesa; pero cuando esta murió, volví al lado de mi madre y estuve con ella cuatro años; pero iba ya perfectamente educada. Mi madre tenia una aficion decidida á una gentecilla semejante á la con que he encontrado á usted esta noche; pero yo jamás he alternado con esa clase de gentes, ni pienso alternar con ellas jamás. Dejaba en libertad á mi madre de ir adonde queria, y yo salia con una criada cuando iba á visitar mis amigas, y con el picador cuando salia á caballo.

—¡Ah! Bien, bien, magnífico,—exclamó doña Mónica.—¿Y piensa usted seguir esa vida tambien en Madrid?

—Sí, sí señora, si usted no lo lleva á mal. Pasado mañana llegarán mis caballos, mi piano, mis libros y mis muebles.

—Pero ¿dónde piensa usted meter todo eso, hija mia?—exclamó vivamente doña Mónica;—y sobre todo, ¿cree usted que en Madrid puede sostenerse con diez ó doce mil reales, que será á lo

sumo lo que ha dejado á usted su madre, todo ese tren?

—Descuide usted, señora,—contestó sonriendo Sofía,—yo soy muy rica.

—Sin embargo, no consta.

—No importa que no conste; yo tengo una proteccion.

—¡Ah! Vamos, acabáramos,—exclamó doña Mónica, que creia resuelto el problema;—un protector misterioso, ó más bien un señor á quien importa el misterio.

—No, no señora,—dijo Sofía, sin tomar acta de lo humillante de las palabras de doña Mónica;—quien me protege es un alma bienaventurada.

—¿Un alma bienaventurada?—exclamó con extrañeza doña Mónica.

—Sí, un alma bienaventurada,—dijo Sofía con el acento concluyente de quien no quiere dar más explicaciones.

Doña Mónica se mordió los labios.

La jóven la iba dominando.

De improviso Sofía se detuvo y dijo:

—Hé aquí un bello café.

—¡Ah! sí; Fornos,—contestó con acento distraido doña Mónica.

—Entremos, pues,—dijo Sofía;—la concurrencia de este café me parece mucho más aceptable.

—¡Oh! Y la cocina es muy buena,—exclamó doña Mónica;—y en verdad en verdad, yo me he quedado á medio cenar con la llegada de usted.

Entraron.

Apenas se habian sentado, Sofía se puso densamente pálida.

El jóven del abanico y del periódico habia aparecido en la puerta, y habia avanzado.

Pasó, y al pasar saludó á Sofía; pero de una manera indiferente, como por cumplimiento.

Sofía le contestó con una leve indicacion de cabeza, y siempre con su dulce seriedad.

El jóven pasó.

—Pero, hija mia,—exclamó doña Mónica, que habia notado toda aquella maniobra,—¿no estaba usted á punto de casarse cuando murió mamá?

—Sí, sí señora,—contestó Sofía;—pero la muerte de mamá ha hecho inútil el casamiento, y ese proyecto de casamiento ha sido la causa de la muerte de mamá.

Apareció un mozo, que al indicar doña Mónica su deseo de cenar, la presentó la lista.

Sofía pidió langosta á la bordelesa y salmí de perdices.

En cuanto á doña Mónica, pidió una chuleta de ternera empanada y langostines á la vinegreta.

—Burdeos ó Borgoña,—dijo Sofía.

—¿Pequeño Burdeos, señorita?—preguntó el mozo.

—No: *Chateau-Laffitte,*—contestó Sofía con una purísima pronunciacion francesa,—ó á lo ménos, si no le hay, *Chateau Margot.*

—En casa hay de todo, señorita,—contestó el mozo algo picado.—Voy á tener el gusto de servir á usted una botella de vino *Chateau-Laffitte* viejo.

Y se retiró.

Doña Mónica se sentia más y más desairada. ¿Qué era aquello? ¿Dónde habia bebido Sofía vinos cuyo nombre no habia oido nunca? ¿Qué queria decir langosta á la bordelesa? Sobre todo, ¿como era que Sofía conocia tambien aquellas palabras de extranjis?

—Este café es verdaderamente bello, y el alumbrado de muy buen gusto,—dijo Sofía:—puede sostener la comparacion con los mejores de Paris y de Lóndres.

—¡Cómo!—dijo, ya completamente dominada por el asombro, doña Mónica.—¿Usted, hija mia, ha estado en Paris y en Lóndres?

—Sí, señora, sí; la señora marquesa de Vallehumbroso viajaba por el extranjero desde el mes de Mayo hasta el mes de Setiembre, que volviamos á Córdoba.

—¡Pues entonces, hija mia,—exclamó doña Mónica,—ha visto usted medio mundo!

—Medio mundo no,—dijo Sofía;—pero sí las principales capitales de Europa: Paris, Lóndres, Berlin, Viena, San Petersburgo, Nápoles, Venecia, Florencia, Roma; hemos recorrido la Suiza, hemos visitado los puertos más notables, como que cada año la señora condesa de Vallehumbroso variaba su itinerario. Pero volvamos á mi madre, á mi pobre madre, y usted verá por qué mi proyectado casamiento fué la causa de la coz que la ha producido una muerte prematura, lesionándola el hipocondrio. Todo consistió en que el hombre que habia elegido mi madre para hacerle mi marido, era labrador; nos convidó á una fiesta en uno de sus cortijos, inmediato á Córdoba: una vez allí, quiso que mi madre y yo entrásemos en el establo; ya que yo no me habia enamorado de él, probó sin duda á ver si yo me enamoraba de sus yuntas: apenas entramos, mi madre, que se habia acercado á un enorme buey, á un buey hermosísimo, recibió desgraciadamente de él la coz que la mató.

—De modo que,—dijo doña Mónica,—usted, que no se casaba más que para dar gusto á su madre, una vez muerta su madre de usted, ha puesto usted al novio á servir.

—Le he dicho sencillamente que mi conciencia no me permitia casarme con el dueño de un animal que habia tenido la funesta ocurrencia de matar á mi madre.

—Pero eso era burlarse de aquel pobre hombre,—dijo doña Mónica.

—Yo le despreciaba, si no le aborrecia: era uno de estos buenos mozos que están enamorados de sí mismos, que coquetean como las mujeres, que se creen invencibles, que *perdonan* á las que no están á sus alcances, que son, en fin, una de las infinitas especies de los *Tenorios de hoy*.

—¿Y no le parece á usted, hija mia,—dijo de una manera incisiva doña Mónica,—que aquel jóven del café es uno de ellos?

—¿Qué jóven?

—El del abanico.

—¡Ah, sí! Me parece que sí, que es uno de esos lindos, y de los peores, de los que se creen hombres de mundo.

—Me parece que ese don Juan Tenorio no la desagrada á usted,—añadió con acento más incisivo aún doña Mónica.

—¡Ah, no! tiene ese jóven un no sé qué que me es simpático; en fin, yo lo arreglaré.

—Me parece un pez de mar ancha.

—Ha cometido la indiscrecion de venirse tras de nosotras, de entrar aquí, de saludarme afectando una completa indiferencia; ese hombre es mio; veremos si me conviene: en todo caso, no hay comparacion entre él y el otro Tenorio de taberna, que cuando usted me presentó se atrevió á llamarme niña y á ofrecerme de cenar: pues

bien; de ese género era el hombre con quien queria casarme mi madre.

Por un momento doña Mónica dejó de estar amarilla, aceitunada, para ponerse encendida como un tomate.

Frasquito, que era él á quien habia aludido Sofía, imperaba de una manera monstruosa en el corazon de doña Mónica; era su pasion, su esperanza, su universo; le parecia el hombre criado por Dios para vencer á las mujeres, para enloquecerlas, para matarlas de despecho, por no verse amadas por él; y ella, que poseia aquel tesoro, ¡habia encontrado una mujer, una estúpida, que se habia atrevido á llamar á su tesoro un Tenorio de taberna!

Doña Mónica empezó á sentir un ódio á muerte hácia su pupila.

Por supuesto, que doña Mónica no sabia lo que era ni lo que significaba un Tenorio, aunque se sabia de memoria aquellas décimas que empiezan:

No es verdad, ángel de amor,
que en esta apartada orilla, etc.

Frasquito, que habia olido los patacones de la bruja, la habia dado cuando empezó á hacerla la córte una copia de las citadas décimas, llena de barbarismos y de infidelidades, como que las habia copiado de memoria: habia pretendido ha-

cerlas pasar por suyas; pero era el caso que doña Mónica habia representado el papel de doña Inés (¡Dios sabe cómo, santos cielos!) en la cárcel correccional de mujeres de Cartagena, sirviéndola de tablado las camas juntas despojadas de sus jergones, que habian pasado á ser asientos del público, y teniendo por traje dos negras sábanas, con las cuales se habia pretendido falsificar un hábito de novicia.

Doña Mónica, pues, se sabia de memoria, aunque de una manera infiel, las susodichas décimas, y la superchería de Frasquito no pudo pasar.

¿Pero qué importaba esto, ni que Frasquito se pareciese ó no al terrible don Juan? Doña Mónica habia encontrado en él cosas adorables, y sin pensar en Tenorio le habia hecho en su imaginacion una especie de Tenorio; esto es, un hombre irresistible para las mujeres.

A doña Mónica, pues, la irritó, la enfureció el desprecio con que su pupila habia llamado á Frasquito un Tenorio de taberna.

Lo de Tenorio importaba poco; pero lo de taberna...

El amor propio ofendido, la ira, la contrariedad, hicieron mucho más agresiva á doña Mónica.

—¿Pero usted sabe lo que era su madre, hija mia?—la preguntó.

—Una señora poco más ó ménos como usted,—respondió tranquilamente Sofía;—y educada sobre poco más ó ménos como usted, puesto que fueron ustedes compañeras de colegio.

Esta acerada contestacion de dos filos enmudeció á doña Mónica.

No podia hablar mal de su difunta amiga, sin hablar mal de sí misma.

Tal paridad habia habido entre ellas.

El mozo sobrevino con la cena, y destapó la botella de *Chateau-Laffitte*.

El *bouquet*, esto es, el aroma de aquel buen vino viejo, se difundió á alguna distancia.

El mozo llenó las copas.

Doña Mónica se apresuró á beber de aquel vino que tenia un nombre tan extraño y que de tal manera olia.

—¡Jesús!...—exclamó, haciendo un gesto en cuanto le hubo probado;—¡esto está acedo! ¡Yo no sé cómo se venden en casas que tienen tanto lujo vinos echados á perder!

—Ese vino es así,—dijo Sofía;—es necesario acostumbrarse al sabor un tanto ágrio de los vinos de Burdeos; pero cuando se tiene la costumbre parecen excelentes; sobre todo cuando son puros, finos y viejos como este, son inmejorables para el estómago.

—Pues para usted, que tiene la costumbre, hija mia,—dijo, conteniendo mal lo grosero de

su acento, doña Mónica;—á mí que me traigan vino peleon de Valdepeñas: me parece mucho mejor... ¿Y cuánto cuesta esta botella de vino ágrio?

—Cien reales,—dijo tranquilamente Sofía.

—¡Cien reales!... ¡Mal rayo!...—exclamó doña Mónica, no pudiendo ya contenerse.—¡Por cien reales se compran cuatro arrobas del mejor vino de Arganda, que no está ágrio!

—Ese es un mal,—dijo Sofía,—que siendo nuestros vinos infinitamente mejores en calidad que los franceses, y aun que los italianos y que los del Rhin, se malvenden, se tiran, porque no se hacen bien.

Doña Mónica se sentia mucho más irritada contra Sofía.

Para todo lo que á ella la gustaba encontraba Sofía un reproche.

Sobre todo, lo que no podia sufrir doña Mónica era verla comer con guantes.

—¡Una franchuta!—murmuró;—no sé cómo voy yo á entenderme con ella: el mejor dia nos tiramos los trastos á la cabeza.

Concluida la cena, Sofía pidió la cuenta.

Se la llevaron.

Sofía miró la suma.

Ascendia á siete duros y medio.

Verdad es que Sofía habia elegido de lo mejor, de los precios más altos.

Doña Mónica se guardó muy bien de pretender pagar.

Sofía sacó una preciosa cartera de piel de Rusia, y de ella un billete de cuatro mil reales.

Doña Mónica notó que aquel billete tenia otros compañeros, y esto calmó en gran manera su ira contra Sofía.

¿Seria Sofía verdaderamente rica á causa de la proteccion de su alma bienaventurada?

Era necesario no indisponerse con una criatura que se podia explotar, aunque esta criatura llamase, no ya Tenorio de taberna, sino de alcantarilla, á su incomparable Frasquito.

—¡Para que yo vuelva á entrar en Fornos!—exclamó al salir.—¡Qué ruina!... ¡Siete duros y medio! ¡Pues no puede armarse mal belen que digamos en el café Imperial con siete duros y medio!

Y murmurando aún estas palabras, se entró en un coche de plaza que habia mandado detener Sofía.

CAPITULO III

Algo más sobre Sofía

Por la mañana se levantó muy temprano, como de costumbre, doña Mónica.

Habia sido citada por algunas enamoradas tristes el dia anterior, y estas citas eran siempre en las primeras horas de la mañana.

Doña Mónica se echó en el bolsillo una baraja, algunos botecillos y algunos otros trebejos, por supuesto despues de haber tomado su chocolate de las familias (cuatro reales libra), y del cual chocolate se hacian con onza y media dos tazas para doña Mónica y Sofronisa.

Una copa de leche servia para el efecto.

Dicho se está que las tazas eran diminutas: el extremo opuesto de aquellos enormes cuencos

en que tomaban un océano de aromático y espumoso soconusco los Jerónimos.

—¿Se ha levantado la señorita, Sofronisa?—la preguntó doña Mónica.

—No, señora; pero me ha dicho que á las ocho la entre un vaso de leche,—respondió Sofronisa.

—Sí, para volverse despues del otro lado y echar otro sueño hasta las doce.

—No, señora, porque la señorita me ha mandado la despierte á las diez.

—¿Y para cuándo te ha dicho la tengas dispuesto el desayuno?

—La señorita me ha dicho,—contestó Sofronisa,—que mientras esté en casa ella misma se hará el almuerzo y la comida.

—¡Mientras esté en casa!

—Sí, señora: mientras esté en casa.

—¡Y ella guisará sus comidas!

—Sí, señora.

—¡Buenos saldrán los tales comistrajos! ¡El diablo que la entienda! ¡Echándola tan de señorita, y metiéndose luego á cocinera! En fin, dejémosla hacer al principio lo que quiera, que despues ya se la arreglará: dame la mantilla, Sofronisa; ¡cuando decia yo que esa chica me iba á dar que hacer! ¡Ea! adios, Sofronisa, hasta luego; mucho cuidado, como siempre, con la puerta, que está Madrid de rateros que hierve.

—Descuide usted, señora.

Doña Mónica se fué á sus negocios.

—Me parece,—dijo Sofronisa,—que ya es la hora de entrar á la señorita su vaso de leche; la quiere cocida con azúcar y con unas gotitas de bergamota: vaya, se tomará así en Córdoba: en mi vida he visto echar á la leche esencia de bergamota. En fin, bueno; cada cual tiene sus gustos, y por eso no hay que incomodarse con nadie.

La larga y huesuda Sofronisa se fué á la cocina, llenó de leche un enorme vaso, echó en la leche unas gotas de esencia de bergamota, y se entró en el cuarto que se habia destinado á Sofía.

Se encontró á la jóven incorporada en el mediano lecho que se la habia procurado.

Sin embargo, habia dormido muy bien.

Para dormir bien, no hay como ser jóven y estar cansado, y no tener además cuidados de ninguna especie.

Sofía no los tenia, porque no se puede llamar cuidado el sentimiento que tenia por su madre, ni la impresion que habia causado en ella el jóven del abanico, ni lo mal que la habia parecido doña Mónica.

—Buenos dias, señorita,—dijo Sofronisa;—¿cómo ha pasado usted la noche?

—Perfectamente,—dijo Sofía.

—La señora siente mucho,—dijo Sofronisa,—no haber podido ofrecer á usted un aposento

mejor preparado; pero, ya se vé, esto ha venido de improviso, como caido de las nubes; la señora habia creido que era una broma la carta que recibió de su señora madre de usted.

Nada de esto habia dicho doña Mónica á Sofronisa; es decir, no la habia encargado la disculpase con Sofía; pero Sofronisa era muy cumplimentera, la echaba de muy fina: habia estado en mejor situacion, habia servido en casas mejores, y comprendia que no era ni aun medianamente admisible el cuarto donde se habia acomodado á Sofía.

Consistia todo en una cama de hierro con un jergon y un colchon, á la que servia de mesa de noche una vieja silla de paja y nogal.

Otras dos sillas del mismo género, una mesa de pino y un palancanero de hierro, completaban todo el mueblaje.

Un mundo enorme llenaba casi la mitad del cuarto, y no se comprendia cómo habia pasado por la puerta.

Sofía estaba hermosísima.

Una bata de dormir, de muselina bordada, se abrochaba pudorosamente á su garganta, y en la cabeza tenia una preciosa gorra de encajes.

—¡Ay, Dios mio, y qué hermosa es usted, señorita!—exclamó Sofronisa cuando entreabrió la ventana, que daba á un pequeño patio, para que Sofía tomase la leche.

Las largas trenzas de la jóven caian sobre las almohadas y se doblaban sobre el lecho.

Sofía nada respondió al requiebro de Sofronisa, porque las últimas palabras de esta habian tenido toda la entonacion de un requiebro.

La jóven no habia sabido qué contestar.

Sofronisa la parecia mucho peor que doña Mónica.

Todo en aquella casa la olia mal.

Tomó parte de la leche.

—Vamos, ¿no quiere usted más, señorita?—dijo Sofronisa.—¿No la gusta á usted? Pues mire usted, es de la casa de vacas de la calle de San Roque, y la han ordeñado delante de estos ojos, que se han de comer la tierra. Pero ¡qué hermosísima es usted, señorita! ¡Bendito sea Dios!

—Pon eso sobre la mesa,—dijo Sofía,—y abre despues el mundo.

Sofronisa dejó el vaso sobre la mesa, fué al mundo, que tenia puestas las llaves en una de las cerraduras, y le abrió.

—Busca en el ángulo á la derecha, á ver si encuentras una caja.

Sofronisa buscó y encontró.

La caja era un cofrecillo como de un pié de largo por medio de ancho y alto, de hierro, de forma antigua, cincelado, incrustado en oro y con bellos esmaltes: un joyero gótico del mejor gusto.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Sofronisa, á la que se le dilataron enormemente los ojos.—¡Qué hermoso es esto!

—Trae acá,—dijo Sofía.

Y puso sobre sus rodillas el joyero, que la llevó Sofronisa.

—Dame las llaves, que están puestas en el mundo,—dijo Sofía.

Con una pequeñísima abrió aquel precioso joyero.

Estaba lleno de estuches de todos tamaños.

—Vamos, toma,—la dijo Sofía, dándola uno de los estuches;—conserva eso en memoria mia.

Sofronisa no contestó; la impaciencia, la ansiedad, habian ahogado su voz.

Abrió el estuche con mano trémula, y encontró un magnífico par de pendientes, largos, de forma griega, de coral rosa y diamantes: una joya de valor y del mejor gusto posible.

—¿Y esto es para mí, señorita?—exclamó, pudiendo apenas pronunciar sus palabras, Sofronisa.

—Sí, mujer, sí.

—¡Ay, pues disponga usted de mí, señorita, hasta vuelta del revés!

—Díme adónde ha ido tu ama tan temprano, porque la he oido irse.

—¿Adónde ha de haber ido mi señora más que á sus devociones?

—Entonces tu señora,—contestó Sofía,—debe ser devota del diablo.

—¿Quién se lo ha dicho á usted, señorita?—contestó Sofronisa, dilatando su enorme boca, á la cual las orejas parecian servir de presillas, en una sonrisa particular.

—No hay que preguntarlo,—contestó Sofía;—eso se ve.

—¡Ah!... usted, señorita,—exclamó,—es muy lista: usted sabe mucho, usted tiene muy buena nariz.

—Ahora no sirves á tu ama, sino á mí,—contestó Sofía.

—De verdad, señorita, diga usted que sí,—contestó Sofronisa;—cien años habia yo de servir á doña Mónica, y con lo que gastase en mantenerme y con el salario que me diese, no alcanzaria á lo que valen estos pendientes. ¡Jesús, qué retehermosos que son! ¡Como cosa de usted, que es usted toda hermosura!

—¿De qué se ocupa tu ama, Sofronisa?

—¡Ay, señorita, que yo no me atrevo á decírselo á usted: mi ama es bruja!

—Entonces nada tiene de extraño que se vaya tan de mañana á satisfacer su devocion respecto al diablo. Vamos, comprendido: tu ama vive de echar las cartas, de decir la buenaventura, de engañar á las imbéciles y de ocuparse de todo género de infamias; ya lo habia yo com-

prendido. ¿Has traido lo que te he mandado para hacer el almuerzo?

—Sí, señorita; ¿pero sabe usted guisar?

—Yo sé de todo un poco, á excepcion de lo que sabe tu ama. Vamos, véte, que me voy á vestir; pon antes este joyero en el mundo.

Sofronisa se guardó los pendientes, que hasta entonces habia estado contemplando con no sabemos qué profunda emocion, puso en el mundo el joyero, y salió.

Sofía se levantó, fué al mundo, sacó de él una preciosa bata de luto y se la puso; se quitó la gorra y se recogió sus dos enormes trenzas en un voluminoso rodete.

Verdaderamente, Sofía estaba hermosísima.

No podia darse nada más fresco, ni más puro, ni más elegante ni más distinguido que aquella pobre hija del misterio.

En verdad, Sofía no sabia quién habia sido su padre.

Dios quiere que á veces una hermosa y purísima flor brote de en medio del fango.

Cuando hubo acabado de arreglarse Sofía, llamó á Sofronisa.

Inmediatamente pasó á la cocina.

Preparó el almuerzo sin tocar á ninguno de los artículos, únicamente dirigiendo á Sofronisa.

Durante la preparacion del almuerzo, Sofronisa informó largamente, y con una espontanei-

dad y una claridad aterradoras, acerca de lo que era su ama á Sofía.

Las *devociones* de doña Mónica fueron largas; habia salido á las siete de la mañana, y á las once aún no habia vuelto.

Al dar las once llamaron.

—Debe ser,—dijo Sofía,—un caballero alto, cano, que preguntará por mí; llévale á la sala y sírvenos el desayuno.

—Muy bien, señorita,—contestó Sofronisa.

Sofía pasó á la sala, que estaba puesta con un lujo pesado, de mal gusto, infernal.

Poco despues entró un señor muy distinguido, como de sesenta años, que avanzó rápidamente hácia Sofía, la abrazó y la besó en la frente.

—¿Y qué tal, hija mia, qué tal?—dijo aquel señor, sentándose sin ceremonia y con las muestras de una gran confianza, junto á Sofía.

—De la peor manera posible, don Francisco,—contestó Sofía;—yo no puedo de ninguna manera permanecer en esta casa al lado de esta mujer. Una tutora, al fin, como elegida por mi pobre madre. ¡Dios la perdone, y Dios la haya perdonado!

—Ya lo sabia yo,—dijo don Francisco,—pero habia que pasar por las Termópilas; era necesario resignarse á cumplir con las prescripciones de la ley; es, al fin, tu tutora.

—¡Ay, don Francisco, y á qué gentecilla me

presentó anoche en ese café Imperial de que tanto se habla en las provincias por los que han estado en Madrid, y que yo tenia deseos de conocer, creyéndolo una cosa extraordinaria! Y en efecto, es extraordinario; un café como el Imperial no lo hay en ninguna parte del mundo: he visto lo bastante para espantarme. Si todo Madrid está así, será cosa de escapar. ¡Qué hombres tan estúpidos y tan groseros! ¡Qué Tenorios tan ridículos y tan nauseabundos! ¡Qué mujeres tan imposibles, chafarrinadas de bermellon y de albayalde, y brotando desvergüenza y cinismo por todos los poros de su semblante!

—Bien, bien, hija mia,—contestó don Francisco;—pero afortunadamente todo Madrid no es así. Hay, en verdad, en él una especie de nata podrida, que flota sobre la superficie y que invade é infesta los lugares más concurridos. Desgraciadamente, nuestros políticos se ocupan más de la cuestion personal que de las gravísimas cuestiones de moralidad y órden público. Madrid es el refugio, la cloaca, el escondite de todo género de criminales y de pícaros, y estos tales dejan ver su procaz desvergüenza por todas partes, y mucho más en los centros más concurridos: son una calamidad, una plaga; no hay café que no manchen, no hay paseo que no perturben, no hay espectáculo en que no hiervan; y una multitud de mujerzue-

las inconcebibles, brutales, giran al rededor de estos centros corrompidos. Pero en Madrid, el que es, como tú, rico, puede aislarse completamente y buscar desde su aislamiento relaciones dignas: tu situacion es excepcional; pero no importa, tus grandes cualidades te procurarán muy pronto conocimientos dignos de tí.

—Señorita,—dijo Sofronisa apareciendo á la puerta,—¿es aquí donde tengo que servir el almuerzo?

—Sí, sírvelo en ese velador,—contestó la jóven.

Sofronisa desapareció.

—Tu carta, hija mia,—continuó don Francisco,—me ha cogido desprevenido; apenas si he tenido tiempo para informarme dónde vivia tu tutora, lo que no he podido conseguir sino por medio de la policía, y para tomar un bonito hotel con jardin en el barrio de Argüelles, barrio aristocrático, apartado y tranquilo, donde vivirás muy bien.

—Donde viviré desde hoy mismo,—dijo Sofía,—porque usted no saldrá de esta casa sin mí. Mi tutora pretenderá en vano oponerse; no, ni aun lo pretenderá: ella no puede imponer condiciones, tiene mucho por qué callar.

Sofronisa entró entonces y cubrió con un detestable servicio el velador.

Cada uno de los vasos, cada una de las co-

pas, eran de forma distinta, y la loza de lo más ordinario posible.

Durante el almuerzo, que fué muy bueno, don Francisco se informó largamente acerca de doña Mónica, de Sofronisa.

Apenas habian terminado el almuerzo, cuando doña Mónica sobrevino.

La reserva de Sofía y la severidad glacial de don Francisco, impusieron no sé qué vago terror á doña Mónica.

—Presento á usted, señora,—dijo Sofía,—al señor don Francisco de Valcárcel, administrador general que fué de la señora marquesa de Vallehumbroso, y su ejecutor testamentario.

—Muy señor mio,—exclamó doña Mónica, encendida toda, encogida y medrosa.

Veia venir sobre sí algo sério.

—Sofía, hija mia,—dijo don Francisco,—ve y prepárate.

Sofía salió.

Doña Mónica, que habia entrado ya prevenida, porque habia encontrado á la puerta de su casa un magnífico landó, al que estaban enganchados dos soberbios caballos árabe-ingleses, se sentó con reserva en el sofá del lado del sillon que ocupaba don Francisco, que no se habia tomado el trabajo de levantarse al entrar doña Mónica.

—Vamos á hablar lo ménos posible, señora,—

dijo don Francisco;—no necesito más que contar á usted una historia muy sencilla.

—Creo que acabaremos por entendernos,—dijo doña Mónica.

—Así lo espero,—contestó don Francisco.—Me seria doloroso tomar medidas violentas.

—¿Y quién piensa en medidas violentas, señor?—contestó doña Mónica, sonriendo con la mayor gracia que la fué posible.—Yo me avengo á todo.

—Tanto mejor,—dijo don Francisco.—Un dia, hace de esto diez años, señora, la excelentísima señora doña María del Pilar Navascués de Figueroa, condesa de Vallehumbroso, grande de España de primera clase, soltera, y enferma y triste, al volver de uno de sus largos viajes por el extranjero, al acudir como una de las damas de Beneficencia de Córdoba al hospicio de aquella ciudad, no pudo ménos de reparar en una pobre niña de nueve á diez años, y usted no extrañará que aquella niña causase una profunda emocion en aquella santa criatura, cuando usted sepa que aquella niña era Sofía. En una palabra, señora: la condesa de Vallehumbroso, á poco que se informó acerca de Sofía en el establecimiento, la consideró digna, dignísima de su amparo; la sacó de allí, se la llevó á su casa, y al poco tiempo ya era Sofía la hija adoptiva de su corazon. La condesa habia llegado á sus sesen-

ta años soltera, jamás habia amado, habia perdido todos sus parientes, y su alma solitaria y triste necesitaba un afecto tierno, una criatura en quien circunscribir todo el amor de su corazon.

—¿Pero entonces, señor mio,—exclamó doña Mónica,—Sofía ha heredado á esa señora?

—La ha heredado en cuanto era posible la heredase, en la mitad de sus bienes libres; pero de una manera secreta. En el testamento sólo se habla de una obra de beneficencia confiada á mí, como fideicomiso. El codicilo en que se instituye heredera universal de los bienes libres de la condesa de Vallehumbroso á Sofía, es secreto, y no se hará público sino cuando Sofía haya llegado á su mayor edad y se hayan cumplido ciertas prescripciones. Yo no pude despues de la muerte de la condesa arrancar á Sofía del dominio de su madre; me hubiera sido necesario emplear medios de que no podia usar, tratándose de la madre de Sofía. En cuanto á usted, señora, es completamente distinto: me repugnan los escándalos; pero si es necesario me será muy fácil anular legalmente la tutela de Sofía, confiada á usted por su madre.

—¡Ah, no, no! ¡de ninguna manera!—se apresuró á decir doña Mónica;—¡yo no quiero cuestiones!

—Mejor, tanto mejor,—contestó don Francis-

co;—mientras dure la menor edad de Sofía, usted percibirá puntualmente por mensualidades, ó por trimestres ó semestres avanzados, una pension anual de veinticuatro mil reales.

—¡Ah! obligada, muy obligada, caballero,—exclamó doña Mónica;—así es mejor, así se me libra de cuidados y compromisos, porque la chiquita es tan hermosa, que se va comprometida con ella, yo se lo aseguro á usted.

—Nada, nada, convenidos,—dijo don Francisco.—Yo contaba con la docilidad de usted para llegar á este avenimiento, y traigo aquí cierto papelito, que espero no tendrá usted inconveniente en firmar. Es un documento legal en toda forma, al que sólo falta la firma de usted: una delegacion de usted en mí de la curatela de Sofía, mediante esa suma anual de veinticuatro mil reales, que yo me obligo con mis bienes á pagar á usted.

Y don Francisco sacó de su cartera un pliego de papel sellado, escrito por sus cuatro caras, y lo leyó á doña Mónica.

—Bien, bien,—dijo esta;—no tengo inconveniente en firmar, aunque no habia necesidad de papel alguno. ¡Sofronisa! ¡Sofronisa! trae el tintero.

Tan pequeña era la casa, que lo que se hablaba alto en la sala se oia en la cocina.

Sofronisa apareció inmediatamente, trayendo

un tintero descantillado en algunas partes, y se retiró.

Doña Mónica firmó el documento que le habia leido don Francisco.

Este le guardó; sacó de su cartera tres billetes de cuatro mil reales, y los dió á doña Mónica.

—Hé aquí un semestre de la anualidad convenida,—dijo don Francisco.

Doña Mónica firmó un recibo por aquella cantidad.

Apareció entonces Sofía.

Su traje, aunque de gran luto, era verdaderamente elegante y rico.

Doña Mónica la miró con no sabemos qué cólera, qué envidia envenenada y siniestra.

Sin embargo sonreia.

—Cuando quieras, hija mia,—dijo don Francisco;—esta señora y yo nos hemos convenido. Usted nos hará el favor, señora, de entregar el equipaje de Sofía á mi ayuda de cámara, que vendrá á buscarle con la mitad de esta tarjeta.

Y don Francisco sacó de su cartera una tarjeta, la rasgó y dió la mitad de ella á doña Mónica.

—Espero, Sofía,—dijo esta,—que no me olvidará usted, que recordará usted siempre la buena voluntad con que me he prestado á lo que se me ha pedido.

—Indudablemente, señora,—contestó Sofía,—yo no podré nunca olvidarme de usted.

—Adios, señora,—dijo don Francisco;—usted sabe que, bajo cierto punto de vista, puede usted contar conmigo.

—Gracias, muchas gracias, caballero,—contestó doña Mónica;—yo seré muy feliz si veo á usted por mi casa.

Don Francisco y Sofía salieron, y entraron en el carruaje que esperaba á la puerta.

—¡Ah, gracias á Dios!—exclamó Sofía.—¡Libre al fin!

CAPITULO IV

De como se estableció Sofía

Muy pronto una nueva beldad se ponia á la moda, y de una manera harto sólida, en la Fuente Castellana y en los espectáculos.

Era una jóven blanca, pálida, de grandes y lucientes ojos negros, de una correccion, de una morbidez, de una voluptuosidad y de una gracia infinita de formas.

Vestia de gran luto; pero con una elegancia extraordinaria.

En una palabra, esta beldad, este misterio, era Sofía Borraja, villano apellido que debia á su madre.

¿Quién era? ¿De dónde habia venido? ¿Quién frecuentaba su casa?

Esto era lo que se preguntaban, sin poder en-

contrar datos que satisficiesen, los cronistas del gran mundo.

Una señora de cincuenta años, de gran luto tambien, con unos abundantes y hermosos cabellos blancos, pálida y simpática, y conservando aún restos de una notable hermosura, acompañaba á Sofía cuando iba á paseo en carruaje, ó á la iglesia, ó á los jardines del Buen Retiro, único espectáculo veraniego á que asistian.

No se las habia visto ni una sola vez en los toros.

¿Eran madre é hija? ¿Tia y sobrina?

No se sabia: se habia averiguado únicamente que la beldad misteriosa, la dama *negra*, como habian dado en llamarla, vivia en el barrio de Argüelles en uno de los mejores hoteles; pero las pesquisas de los curiosos se habian detenido ante el porton del que podia llamarse patio de honor de hotel.

Se habia procurado esclarecer el misterio por medio de los criados; pero los criados no habian dado luz: ó habian rechazado ágriamente las preguntas que se les habian hecho, ó habian contestado con vaguedades.

No siempre Sofía salia en carruaje.

Con mucha más frecuencia salia á caballo.

Entonces la acompañaba un señor como de sesenta años, grave y sério; pero simpático y de un aspecto respetable y distinguido.

Este señor parecia de más edad aún que la que tenia, á causa de sus cabellos y de sus bigotes completamente blancos.

Se desprendia de él un olor fuertemente militar.

Nadie le conocia.

Si se hubiera preguntado al capitan general de Madrid ó al alcalde de Alcobendas, hubieran respondido que aquel señor era el excelentísimo señor don Francisco de Valcárcel, brigadier de caballería, de cuartel en el distrito de Castilla la Nueva, gran cruz de San Fernando y de Cárlos III, y rico propietario en Alcobendas, donde habia vivido mucho tiempo retirado en una hermosa quinta; se hubiera sabido además que la señora que acompañaba á Sofía cuando esta salia en carruaje, era la esposa del bravo brigadier Valcárcel.

Cuando Sofía salia acompañada por él, ellos y los dos criados de librea que los seguian, montaban soberbios caballos andaluces, negros como la noche.

El brigadier Valcárcel y su esposa, por honor á Sofía y por conveniencia, vestian tambien de luto.

Por lo demás, ni el brigadier Valcárcel ni su mujer tenian nada que ver con los resultados de aquella coz providencial del buey, recibida en Córdoba en el hipocondrio por la inapreciable madre de la pobre Sofía.

Y decimos pobre, porque es verdaderamente triste el misterio de su nacimiento para una criatura, y tanto más, cuando en ese misterio hay algo de infame.

Sofía, cuando su corazon hablase, cuando la llegase la hora de establecerse, no podia ocultar que su madre habia estado seis años penitenciada en el correccional de mujeres de Cartagena por violencias y robo.

Sofía no podia ocultar lo monstruoso de la conducta de su madre, y dado el carácter de Sofía y su educacion, esto no podia ménos de serla terriblemente doloroso.

Sofía, pues, no podia ser feliz sino por un milagro; es decir, no podia tener la felicidad del corazon, á que no pueden llevar las riquezas.

Sofía debia necesariamente defenderse del amor, de miedo á que lo repugnante del misterio de su orígen obligase á hacerse atrás al hombre que ella amase y de quien fuese amada.

Es durísimo para un hombre de honor y de corazon (y sólo á un hombre de honor y de corazon podia amar Sofía), dar á sus hijos abuelos infames, marcados por el estigma de la justicia, envilecidos por cuantos géneros de degradaciones pueden hacer repugnante y miserable á una criatura.

Sofía, pura y hermosa flor, lo repetimos, nacida entre el lodo, favorecida por la Providen-

cia con una alta educacion que la habia levantado muy á tiempo de su esfera, sabia demasiado lo peligroso que era para ella el amar, y dotada de una fuerza de voluntad y de sufrimiento á toda prueba, se habia resignado á una vida tan triste y tan solitaria como la de su protectora.

Tal vez ella sola sabia el misterio de la virginidad de la noble y bella condesa de Vallehumbroso.

Las almas apenadas tienen una insoportable sed de consuelo.

Postrada ya en su última enfermedad la condesa, una noche, ya tarde, cuando todo en torno era silencio, mientras Sofía velaba cuidadosa y afanada junto al lecho de la que podia considerarse ya moribunda, esta asió las manos de la jóven, y la dijo, exhalando sus palabras como un suspiro escapado del alma:

—Yo muero de amor.

Sofía se estremeció.

Habia algo de terriblemente trágico en la acentuacion, en la expresion de aquellas palabras.

La condesa tenia ya setenta años.

¡A quién amaba!

Su amor debia ser un recuerdo, tal vez una tumba.

¿A cuánta distancia estaban aquel recuerdo ó aquella tumba de la condesa?

La generalidad de las gentes sonrie de lástima cuando se habla de muertes por amor.

Pero Sofía no pertenecia al vulgo.

Sofía comprendia, aunque instintivamente, porque aún no habia amado ni sentia la necesidad del amor (tenia sólo entonces catorce años), que de tal manera una pasion puede infiltrarse en el sér de una criatura, representar su vida entera, que la desgracia de esta pasion la mate.

—Perdóname, hija mia,—dijo la condesa;—tú eres muy niña aún, tú no puedes comprender lo que yo voy á decirte, tal vez voy á perturbar tu alma; estás en esa edad crítica, en esa edad delicada en que la adolescente empieza á trasformarse en mujer; pero yo, que te amo como si fuera tu madre, tu buena madre; yo que me siento morir, no quiero apartarme de tí sin que conozcas mi alma entera. Mi historia va á ser muy breve.

Yo tenia veinte años.

Era huérfana.

Ví á un hombre, y le amé.

Aquel hombre era un miserable, y sin embargo de que me dió muy pronto la prueba de su infamia, yo no he podido matar el fantasma adorado que habia soñado en aquel hombre; fantasma de amor que ha matado primero la paz de mi alma, y que me ha seguido lentamente dia por dia, hora por hora, minuto por minuto, du-

rante cincuenta años, hasta el borde de mi fosa sueño en realidad, y realidad del sueño para mí yo he apurado una agonía insoportable, sostenida sólo por mi fe en Dios y por mi resignacion.

Yo rechacé á aquel hombre, cuando, creyéndose seguro de su triunfo sobre mí, me hizo una proposicion vergonzosa.

Aquel hombre no encontró otra disculpa que revelarme que era casado.

Yo no volví á verle más.

Yo no sé qué ha sido de él.

Si ha muerto, que Dios haya tenido compasion de su alma.

Si vive, que Dios le toque en el corazon.

Hé aquí el secreto de mi vida, hija mia.

Hé aquí el pobre, sencillo y doloroso secreto que no he querido que lo sea para tí.

Dios te libre, Sofía, de un amor semejante al que me ha martirizado durante cincuenta años.

Pero si alguna vez amas como yo amé, con toda tu alma, hasta el delirio del sueño, antes que deshonrarte, antes que infamarte, acepta el martirio, muere.

Estas santas y dignas palabras de su protectora, mejor dicho, de su madre, estaban como estereotipadas en caractéres candentes en el alma de fuego de Sofía.

La espantaba el amor, dada la difícil situacion social en que se encontraba, y se habia pre-

parado de antemano á la lucha, como el buen comandante de una fortaleza que refuerza sus defensas previendo un sitio.

Sofía creia haber dominado su alma, haberla impuesto silencio, haberla sujetado por sí misma por medio de la razon, ó lo que es lo mismo, por medio de la voluntad, considerada la voluntad en sentido recto.

Habia, pues, adquirido una serenidad de expresion que realzaba su tranquila, correcta y exuberante hermosura.

El encuentro casual en el café Imperial con el señorito del abanico, con aquel don Juan, habia sido para Sofía lo que un bote de lanza imprevisto recibido en mitad de la coraza.

Sofía se habia descompuesto.

Pero continuando en nuestra metáfora, no habia caido de los arzones, ni aun perdido los estribos.

La torpeza de aquel don Juan en dejarse volver á ver tan inmediatamente en el café de Fornos, y de saludar á Sofía como se saluda á una conocida, habia casi repuesto en su impasibilidad á Sofía.

Se habia sentido tratada sin respeto, como una mujer fácil, como una jovenzuela vulgar que tendia su primer vuelo, guiada por una bribona tal como doña Mónica, por el café Imperial.

Esto irritó á Sofía, y estableció en ella una especie de empeño, el de humillar á aquel Tenorio al uso de hoy.

¡Eh! ¡qué diablo! Las mujeres fáciles, las perdidas, en una palabra, producen esos Lovelaces ridículos, que por amor propio creen difícil lo que está llano, atribuyen el triunfo á sus grandes medios de seduccion, y crean el Tenorio moderno, cuyo tipo se encuentra por todas partes; esto es, la rapsodia risible del terrible Satanás del amor, personificado en ese mito gigantesco creado por Tirso de Molina, desarrollado por Moliére, detallado por Byron, embellecido con el encanto de la música por Mozart.

Don Juan Tenorio, el loco encantador, el infierno de la pasion, que enloquece á la mujer.

Así es que los rapsodistas de ese gran mito épico, no conceden, no pueden conceder virtud á la mujer, porque para ellos la virtud no existe, es un sueño que la asquerosa realidad desvanece, y en su estúpida creencia, llegados hasta la imbecilidad del amor propio, consideran á la mujer prostituida en la especie, y por lo tanto se declaran, ¡imbéciles! hijos de mala madre, hermanos de hermana infame, amantes de un dia de una criatura asquerosa ó casados por interés con una prostituta.

Aun á sus hijas alcanza el anatema brutal de este vulgo de Tenorios.

¿Qué es el espíritu para ellos?

¿Cómo puede amar una mujer más que la juventud, la belleza, el dinero ó la *tunantería*?

Conocedores, á lo que creen, de la mujer, creen que atacándola con las armas de las más groseras materialidades, tratándolas con una audacia monstruosa, usando del *pesquí* que Dios les ha dado, no hay mujer que se resista, que no se sienta feliz al recibir el honor de una mirada expresiva de uno de estos Tenorios á quienes el vulgo, que siempre encuentra las grandes denominaciones, ha dado el nombre... ¿y por qué no decirlo? ¿por qué no imprimirlo cuando se dice y se imprime prostituta? el nombre de *chulo*, y la chulería se encuentra en todas las esferas, con excelencia y sin apodo de presidio; porque el *chulo* no le hace la posicion, sino el carácter.

Pues bien; no hay uno de estos séres despreciables, jóven ó viejo, pobre ó rico, grosero ó mejor educado, que no se crea un formidable don Juan, que no desprecie y tenga lástima al hombre que acompaña á la mujer que ha fijado su asquerosa atencion, y que no se atreva á todo.

Hay la gran diferencia entre el don Juan Tenorio legendario y su rapsodia, de que aquel sostenia sus audacias matando espada en mano, aterrando á todo el que se le ponia por delante, y de que al Tenorio de hoy todo el mundo le pega.

Pero existe entre ellos la paridad, de que como á aquel sér formidable, creacion del genio, no le llevaba al arrepentimiento la conciencia, al Tenorio de hoy no le llevan al arrepentimiento las bofetadas y los palos.

Todo es inútil contra él.

Como lo desprecia todo y es además estúpido, ningun hombre que acompaña á una mujer le impone respeto.

Se mete en terreno vedado con botas y con espuelas.

Cuando se encuentra con un animal de mal genio que no reconoce el derecho del Tenorio de hacerle el amor á su mujer, procura imponerle espanto, valiéndose de actitudes, de movimientos usuales en los garitos, en los burdeles y en las tabernas, lo cual, irritando al hombre de mundo y de corazon con quien en mal hora el moderno don Juan se ha encontrado, recibe un botellazo en pleno semblante, si el brutal atrevimiento del Tenorio tiene lugar en un café, dígalo si no el Imperial, ó si la cosa tiene lugar en la calle, una vuelta de bofetones, de palos ó de puntapiés.

En estos casos, el Tenorio escapa lo más pronto que puede, y se va á contar á sus círculos que acaba de estropear á un hombre, y que está algo cuidadoso por el compromiso en que cree haberse puesto.

Sofía habia conocido este tipo en Córdoba, gracias á su madre; se habia defendido de él como habia podido, y en el don Juan del café Imperial habia sorprendido unas primeras maniobras de chulo, de Tenorio á la moderna, aunque un tanto levantado por la educacion del tipo vulgar.

Y como á primera vista, antes de juzgar de ella la habia interesado por un no sé qué misterioso, al sentirse Sofía despreciada, confundida con el vulgo de las mujeres, se habia irritado.

Pero á la par, como un buen esgrimidor, se habia puesto en guardia, más que contra don Juan, contra sí misma.

Porque en último resultado, el verdadero Tenorio, el verdadero peligro de la mujer, es su propio corazon.

Don Francisco de Valcárcel y su esposa habian abandonado su quinta de Alcobendas para venir á acompañar en Madrid á Sofía, á la que consideraban como su hija adoptiva.

Eran ricos, muy ricos, y amaban el lujo.

Su quinta de Alcobendas, aunque sencilla, era muy bella, y no faltaban en ella ninguna de las comodidades que ha llevado hasta el refinamiento nuestra sibarítica civilizacion.

Así pues, el hotel que don Francisco habia tomado en el barrio de Argüelles, habia sido amueblado con un gusto exquisito.

Era este hotel cuanto bastaba para vivir cómoda y holgadamente.

Cuando se pasaba el porton de ingreso, se encontraba, á la derecha la portería, á la izquierda la entrada de la casa.

El piso bajo se componia de antesala, sala y gabinete, por el cual se pasaba á un comedor que daba sobre el jardin: habia además dos pequeños cuartos, á los que se entraba por el recibimiento, y de los cuales se habian hecho dos cuartos de baño.

En el piso superior se encontraba otro recibimiento, el tocador, el oratorio, dos dormitorios espaciosos, al uno de los cuales precedia un gabinete blanco y oro con espejos en los ángulos' y una bella chimenea de mármol blanco, un cuarto de labor que correspondia sobre el jardin, un despacho y cuartos para dos doncellas.

En el sotabanco habia cuartos para criados, palomar y mirador sobre el jardin.

En el subsuelo estaban la cocina, la despensa, un comedor para criados, el lavadero y el cuarto del planchado.

En el patio estaban la cochera, la cuadra y el depósito del agua.

Á la derecha el jardin, bastante extenso, una especie de parterre con fuente de hierro fundido; en el centro, árboles frutales á lo largo de la tapia; en un ángulo un cenador cubierto por una

parra, y en el otro ángulo un pequeño algibe.

Sofía, los esposos y diez ó doce criados podian habitar holgadamente en aquella casa.

Habia sido, sin embargo, necesario ensanchar la cuadra y la cochera, tomando parte de un terreno situado á espaldas de la casa.

De otro modo no hubiera habido cabida para el tren, que se componia de tres carruajes cerrados y tres abiertos, ni para los tres troncos y los seis caballos de montar, y el personal del tren.

En un local, que podia llamarse pequeño, podia acomodarse perfectamente una numerosa familia, gracias á la buena distribucion.

Don Francisco, para tener libertad de hacer en la casa las obras de ensanche y de adorno, habia acabado por comprarla á nombre de Sofía.

Esta se encontraba, pues, perfectamente establecida.

CAPÍTULO V

Que empieza con un escándalo causado por un Tenorio, y concluye con otro escándalo que otro Tenorio causa

—¡Pero has visto, hija; pero has visto!—decia doña Mónica á Cármen, la hermosa rubia, arrellenándose en uno de los divanes del café-teatro de....., que acababa de abrirse;—hay criaturas que nacen de pié, y si no, ahí tienes á *su alteza*.

Esta *alteza* era Sofía.

—¡Qué quieres, mujer!—dijo Cármen.—La chiquita es una *pua* ¡que ya! ha nacido sabiendo: que no me digan á mí; la sangre tira... Sofía es como su madre; tiene que serlo á la fuerza, porque si no, señor, ¡qué seria tener hijos! lo hijos se parecen á los padres; pero esa mocita ha sabido *comerse el pan de todo el mundo* desde muy

temprano; se ha hecho hipócrita, y continúa engañando á todo el mundo: ya verás, ya verás; esto durará mientras se case, y cuando se haya casado...

—Pues,—dijo Frasquito, el adónis, el Tenorio de doña Mónica,—*la cabra tira al monte.*

—¡La orgullosa, la nécia!—exclamó Pilar, la hermosa morena que conocimos en el café Imperial.—Nos ha visto, no tengo duda de ello, y sin embargo no nos ha saludado; ha pasado con más viento que una fragata: que no nos saludara á nosotras, pase, aunque siempre seria una grosería; ¡pero no saludarte á tí, á su tutora, á la amiga de su madre; como si dijéramos, á su madre!

—¡Qué quieres, hija!—contestó doña Mónica;—como que Sofía es una señorita que ha viajado mucho, que es muy elegante, que sabe hablar en gringo, que come con guantes... y yo debo de parecerla muy burda.

—Sí, pero entre tanto, fortunita,—dijo Frasquito,—te mamas de *momio* veinticuatro mil reales anuales, sin lo que cae; conque te se debe importar muy poco que esa buena hembra te salude ó no.

—Así y todo,—dijo doña Mónica,—á mí no me gusta que me desprecie nadie, y mucho ménos en público, porque no. ¡Vamos! cuando pienso que las veces que voy á su casa, de siglo

á siglo, me recibe como si me adorase... Ya se ve, entonces, que no la ve nadie, la importa muy poco. ¡Y qué lujo, hijas mias, qué lujo! ¡Bendito sea Dios, qué casa aquella!... Bien mirado, mi casa debió parecerla una pocilga. ¡Y qué lástima, señor! Si la niña hubiera salido á la madre, si nos hubiéramos podido entender, ¿para qué queria yo más? Millonaria, hijas, millonaria; pero no así como quiera, porque pondria una mano á que Sofía no sabe lo que tiene.

—Se me antoja á mí,—dijo Pilar,—que hay ahí mucho oculto, porque no se dejan así millones á cualquiera: á mí se me figura que Sofía debe ser hija de esa protectora que la ha dejado tan rica.

—¡Vamos!—exclamó doña Mónica,—¿si me querrás tú decir á mí, Pilar, de quién es hija Sofía? ¡y no parece si no que á mi amiga Dolores Borrajas la han cortado la cabeza y se la han puesto á Sofía! ¡Eh, Paulino, aquí! traéme media copa de ron y marrasquino, y un terroncito de azúcar; vamos pasando esta pícara vida á tragos. ¡Qué se ha de hacer!

—Lo que se ha de hacer,—dijo Frasquito, pasándose la mano por encima de los bigotes y la perilla,—bien me lo sé yo, y va á ser necesario hacerlo. ¿Millonaria, eh? Esos millones me los trago yo el dia que me dé la gana.

—¡En seguida!—exclamó picada doña Móni-

ca.—¡Si creerás tú, chiquillo, que porque yo he tenido el mal gusto de quererte á tí, te va á querer tambien Sofía!

—Hombre,—exclamó Frasquito en una barbotada de amor propio,—seria la primera mujer que me plantara á mí. ¡Como que yo no entiendo á las mujeres! ¡Como si hubiera una sola mujer que no tenga su flaco! ¡Bah, bah! y eso lo vamos á ver bien pronto.

—La vuelta de coces que te vas á mamar tú, Frasquito,—dijo doña Mónica,—se la regalo yo á cualquiera para que se divierta: sin contar con el brigadier Valcárcel, que es una fiera, no tienes más que mirar al que acaba de entrar por la puerta como si le hubieran llamado con campanilla.

—Hace ya más de siete semanas,—dijo Frasquito, mirando á la puerta por donde acababa de aparecer aquel don Juan del café Imperial, del abanico y del periódico, me está á mí dando tres pataditas en el estómago ese tonto.

—Frasquito,—dijo la rubia,—me parece que ya tienen amo los millones de la niña.

—Eso lo veremos,—contestó Frasquito.

—Por visto, hombre,—exclamó la Pilar.—Si vamos al Teatro Real, allí nos encontramos en su platea á *su alteza* y en las butacas á don Juan, y es necesario estar ciego para no reparar en cómo se miran. Si vamos á la Fuente Cas-

tellana, lo primero con que nos encontramos es con *su alteza*, y á caballo, junto á su carruaje, como si le hubieran pegado á él, á don Juanito; hasta á la Iglesia la sigue; ha venido ella á Eslava, y mira lo que ha tardado en venir él. Frasquito, te se quiere, y hay que darte un buen consejo: no te metas en honduras; mira que te puedes ahogar.

—¡Bah! las mujeres, cuando se trata de hombres como yo, ven, oyen y callan; lo que será ó lo que no será, se ha de ver bien pronto. ¡Pues, hombre! ¡aunque yo fuera un novato y esa fuera la primera mujer en quien yo pusiera los ojos!

—Y aunque eso fuera verdad,—dijo Cármen,—tú no debias decir eso delante de la Mónica, que la pobre está ahí recomiéndose y cargándose, y si acaba de cargarse se va á armar aquí un belen que se va á hundir el café.

—Deja, hija, deja,—exclamó Mónica,—que bien merecido lo tiene la que hace caso de estos sinvergüenzas.

—Venga de ahí, señora,—dijo Frasquito,—y no se quede usted corta; pero yo quisiera que usted no fuera una *lila;* ¿pues no conoce usted, señora, que si yo me meto á hacer feliz á ese prodigio, es por usted? Porque ¿á quién voy yo á querer más que á usted, corazon, así tan fea como Dios la ha hecho á usted, y tan vieja y de tan mal genio? Pero ¡qué quiere usted! eso va en

gusto, en ángeles; á mí me parece usted una diosa; pero de cuando en cuando es menester menearla á usted la pámpana, para que eche usted fuera del cuerpo las tonterías.

Frasquito habia dicho esto con cierta sonrisa particular, sarcástica, con acento de imposicion y de amenaza; era el tirano que pretendia imponerse, el Tenorio rufian que conocia bien el género, y que sabia bien que mujeres como la doña Mónica no podian querer á un hombre, ni dejarse sangrar por él, si no se las trata á la baqueta.

Pero habia templado demasiado la cuerda, y esta saltó.

—Lo que usted va á hacer,—dijo doña Mónica irritada, echando fuego por los ojos y mirando como un basilisco á Frasquito,—es largarse de aquí; que ya me iba usted á mí cansando, y con estas canalladas ha acabado usted de llenarme la medida.

—Muy bien,—dijo Frasquito;—á mí me importa no dar escándalo; pero se irá el huésped, y nos comeremos el gallo. Digo, y esto porque no pueda usted decir que me ha puesto usted en lo ancho del rey, que por lo demás, hermosa, si yo la necesito á usted para algo, es para despreciarla.

No habia acabado aún de decir estas palabras Frasquito, cuando una de las botellas de

agua, empuñada por la celosa y terrible doña Mónica, fué á romperse en la cabeza del Tenorio, hiriéndole gravemente é inundándole de agua.

Frasquito se levantó ciego de cólera; la tabla de mármol de la mesa cayó al suelo con todo lo que tenia encima; gritaron Cármen y Pilar al ver manchados sus únicos vestidos de seda, y se oyeron dos bofetadas simultáneas.

El estrépito de la caida de la mesa, los gritos de las damiselas, los estallidos de las mútuas bofetadas que se habian aplicado Frasquito y doña Mónica, sublevaron el café, que por su belleza, por su buen gusto y por hacer pocos dias que se habia abierto, estaba lleno de gente de todas clases y condiciones.

Se habia hablado mucho de lo lujoso y de lo artístico del salon-teatro, y no habia habido clase social que no hubiese sentido el deseo de ver aquel nuevo local, que de tal modo se elogiaba.

Esta era la causa de que hubiese ido al café de..... Sofía con sus padres adoptivos.

La gentualla, las suripantas, las entretenidas, las busconas, los viejos verdes, los Tenorios de planta baja, y los polizontes, que van adonde va toda esa gente, no habian tenido tiempo de ahuyentar á la gente de otro pelo que iba al café de..... porque aún el café de..... era del dominio de todo el mundo.

Dos meses despues la cuestion era distinta:

el hermoso café de..... se veia reducido á la suerte de todos los establecimientos de su género colocados en un punto céntrico; habia sido infestado, y no era posible concebir una señora que se atreviese á entrar en él.

Habia adquirido sin quererlo una reputacion terrible.

Aquello era una especie de bazar, donde se podia tener por seguro encontrar cierta clase de géneros, con los cuales ninguna mujer decente quiere confundirse.

Esto es cuestion de policía, de limpia, de cuidado, acerca de ciertas gentes.

El dia en que se cumpla rígidamente el Código penal, los establecimientos públicos de Madrid ganarán, porque se sentirán curados de la lepra que hoy los devora.

Se armó, pues, un tumulto infernal.

Acudieron los polizontes, sobrevinieron los amarillos, y fué necesario poco ménos que tenazas para poder separar á la furiosa doña Mónica y á su lindo Tenorio, que se habian agarrado de firme y que podia decirse no habian estado jamás tan unidos.

Y como si esto no bastara, se oyó una voz estentórea y espantada, que gritó:

—¡A ese pillo! ¡á ese ladron! ¡me ha robado el reloj!

Y como si no bastara esto aún, un oficial de ca-

ballería, alto como un pié de telégrafo, creyendo era el ladron un pobre viejo que escapaba aterrado, tiró del sable y señaló un fendiente al fugitivo.

Afortunadamente, una de las lindas lámparas doradas recibió la cuchillada á causa de la altura del oficial, escapó el viejo, y los tubos y las bombas de la lámpara vinieron al suelo.

En una palabra: ¡un belen! ¡la mar!

La mayor parte de las mujeres habian aprovechado aquella ocasion para enseñar el pié y la pierna, y se habian subido sobre las mesas.

Las más tímidas habian escapado, se habian aglomerado contra la cancela, y la habian hecho saltar rompiendo los cristales.

¡El diluvio! ¡el juicio final!

Y algunos chuscos, para que aumentase el efecto de la cosa, golpeaban con los bastones sobre las mesas.

Los gritos formaban un coro infernal.

La confusion era horrible.

Los mozos no sabian qué hacerse.

Los dueños estaban pálidos de espanto, porque temian que si aquello iba en *crescendo*, estallase el café.

Los que estaban en el salon de espectáculos bajaban como un torrente, atropellándose por las escaleras, y como si esto no fuese bastante, entraban, culatas en alto, algunos voluntarios de la li-

bertad de la guardia del Principal, olvidándose de la nocturna inviolabilidad del domicilio, de que disfrutamos.

Y todo esto era la obra de los celos de un moderno don Juan y una moderna doña Inés.

Apaciguóse al fin, no sabemos con cuánto trabajo, aquello: salieron presos con destino al gobierno civil doña Mónica, Frasquito y tres ó cuatro indivíduos de mala facha, á los que se habia creido, ó eran, tomadores del dos.

El café se quedó desierto, á excepcion de los dueños y de los mozos, que se habian quedado mirándose los unos á los otros.

Un café extenso, elegante y rico, que tiene un bello salon de espectáculo, que cuida de la bondad de los géneros y de la eleccion de sus actores, tiene una época en que gana dinero bastante para cubrir los gastos, obteniendo una píngüe ganancia; pero tiene tambien sus contras, y lo que acabamos de decir, ocurrido en aquel hermoso local, sucede alguna vez hasta en la iglesia.

Lo repetimos, falta de policía; el mal público, la canalla, ahuyentan al buen público, al público honrado, que no alborota ni comete excesos, y que llenaria esos bellos locales, produciendo una ganancia mayor y más permanente.

Lo repetimos, cuestion de policía y de cumplimiento del Código.

Las sabandijas sociales, alentadas por la impunidad, salen de sus asquerosos agujeros y se van á infestar los lugares de que arrojan al público digno, que no quiere ser contaminado, ó por lo ménos sufrir insolencias, audacias y groserías incalificables.

Eran cuando más las diez de la noche.

Se iba á cerrar.

Se creia ahuyentado por aquella noche al público.

Sin embargo, algunas personas que venian á ver la pieza de las once, empezaron á poblar un tanto el café.

En aquellos momentos, por una de las escaleras, bajaron tres personas, y una cuarta á corta distancia de ellas.

Aquellas tres personas eran Sofía, el brigadier Valcárcel y su esposa.

La que las seguia era don Juanito.

Sofía y sus padres adoptivos tomaron una mesa en una de las galerías laterales, y llamaron.

Juanito, afectando un indiferentismo que estaba muy lejos de sentir, fué á sentarse en una mesa inmediata, colocándose de manera que quedó frente á frente de Sofía.

En aquel momento habia salido *La Correspondencia*.

Una niña pequeña y muy graciosa, la hija de

los fosforeros del café, se acercó con algunas *Correspondencias* en la mano.

Sofía la tomó una y la dió un beso.

Don Juanito la tomó otra y la dió una peseta.

A seguida don Juan se cubrió con *La Correspondencia*.

Sofía sonrió de una manera particular, y á su vez se puso á leer.

—¡Ah!—exclamó;—¿qué es esto, Dios mio? ¡Y tales cosas se ocultan entre el ruido y el lujo de la córte!

—¿Qué?—dijo doña Margarita.

—Oiga, mamá, esto estremece: «Una viuda pobre suplica á las personas caritativas la socorran por amor de Dios; hace tres dias que sus pobres hijos y ella no comen, y están cadavéricos de hambre. El señor cura párroco de... se encarga de recibir las limosnas.» Y por debajo se leia: «El precitado cura párroco certifica lo verdadero de esta desgracia y la honradez de esta desventurada viuda.»

—¡Ah! pues es necesario ir, de todo punto necesario,—dijo doña Margarita.

—Pues por supuesto, mamá,—contestó Sofía,—y esta misma noche, en cuanto acabemos de tomar lo que hemos pedido.

Don Juan no habia perdido ni una sola palabra de este diálogo.

Llamó al mozo, pagó sin acabar de consumir

una media botella de cerveza, y se levantó y salió.

Esta maniobra produjo una nueva sonrisa cáustica de Sofía.

Sin embargo, al pasar junto á ella don Juan aquella sonrisa habia desaparecido, y una mirada candente y al parecer involuntaria de Sofía, habia ido á buscar al Tenorio.

Este sonrió con una expresion de triunfo cuando hubo pasado.

Apenas salió del café se puso á la carrera en direccion á la parroquia de... indicada en *La Correspondencia*.

El Tenorio se anticipaba á Sofía, para afectar una obra de caridad.

Don Juanito se informó en una tienda inmediata acerca del domicilio del cura.

Vivia junto á la misma iglesia.

Allá se fué don Juanito.

El cura, que no confiaba mucho en lo inofensivo de una visita hecha á aquellas horas por un desconocido, opuso dificultades; pero cuando le dijeron que la persona que le buscaba venia á ejercer una obra de caridad, se fué al ventanillo de la puerta.

—Dispénseme usted, señor mio,—dijo,—si no le recibo; en los tiempos que corremos, un clérigo no puede atreverse á abrir su puerta á estas horas á personas que no conoce. Yo no prejuzgo nada,

me precavo únicamente. ¿En qué puedo servir á usted?

—Señor cura,—dijo con el acento más simpático del mundo don Juan,—acabo de leer una excitacion á la caridad pública en *La Correspondencia*.

—¡Ah! sí, es verdad,—dijo el cura conmovido.—¡Qué desdicha, señor!... Usted es el primero que llega, á pesar de que hace tres dias se inserta ese anuncio, pagado con los fondos destinados á los pobres de la parroquia. ¡Qué tiempos corremos! Y sin embargo, nunca se ha hablado tanto de la fraternidad humana.

—Palabras, palabras, y no más que palabras, señor cura,—dijo don Juan.

—Y bien, Dios premiará á usted,—dijo el eclesiástico;—puede usted entregarme la limosna que guste por la rejilla.

—Señor cura,—dijo don Juan,—yo quisiera ir por mí mismo á casa de esa desdichada; soy rico, y mi pensamiento no es consolar transitoriamente ese infortunio; estoy en posicion de pensionar á esa familia, y quisiera verla al momento.

—Esto consuela,—dijo el buen cura;—iremos, sí; pero, señor mio, sin que usted se ofenda, hasta ahora no tenemos más que palabras: yo necesito garantizarme. Mientras me visto para salir, puede usted ir á buscar al sereno para que

nos acompañe; esa pobre familia vive muy cerca.

—¡Oh! perfectamente,—contestó don Juan;—gracias, muchas gracias: voy al momento á buscar al sereno; dentro de cinco minutos estaré aquí.

—Dentro de cinco minutos,—exclamó el cura,—estaré yo listo.

Don Juanito salió, y poco despues volvió con el sereno, que era un astur oriundo de oso, de la más hermosa estampa posible.

Don Juanito le habia soltado una pesetilla, y el astur se mostraba lo más complaciente y lo más amable del mundo.

Poco despues se abrió la puerta, y salió el cura con su traje eclesiástico.

—Si vienen á buscarme,—dijo, hablando con una persona que debia estar dentro,—ya sabes dónde estoy. Echa el cerrojo, y cuidado con abrir á nadie. Vamos, vamos, señor mio,—añadió, saliendo y cerrando tras sí la puerta.

Don Juan se quitó el sombrero y besó al cura la mano.

—Verdaderamente, — dijo el párroco, — no abundan hoy jóvenes como usted. Dios no quiere que se acabe la buena semilla; esto pasará; Dios permite las tormentas que purifican la atmósfera.

Y el buen cura descendia por las escaleras.

Se habia tranquilizado.

El caritativo desconocido le habia parecido inmejorable.

—¡Oh, y qué alegría para la pobre doña Isabel!—exclamó.—Esto conmueve. ¿Cómo dudar de la santa Providencia de Dios? O mejor dicho: ¿cómo hay impíos que niegan esa sábia é inexcrutable Providencia?

No sabia el buen cura hasta qué punto en aquella situacion eran verdaderas sus palabras.

El eclesiástico avanzaba de prisa.

Tornó por el costado del Banco, ganó la Plazuela de la Leña y la calle de la Paz; se detuvo al medio de ella, y llamó á la puerta de una vieja casa, que se acordaba de Felipe II.

Dió tres golpes.

—Cuarto tercero,—dijo para sí don Juan.—¿Y quien paga un cuarto tercero en un punto céntrico de Madrid, tiene necesidad de la caridad pública? Vamos, una buena manera de vivir del señor cura de.....; la farsa por el provecho: hasta la caridad se hace servir de pretexto para ella.

Tardaban en abrir.

El cura empezó á impacientarse.

—¡Oh, Señor, Señor!—exclamó.—¡Si habremos llegado tarde! Sin embargo, yo les he dejado hoy un socorro. ¿Pero qué socorro hay que baste para una miseria que se hace mortal? ¡Oh! ¿Por qué una dignidad mal entendida aconseja á los desventurados no acudir á la caridad, sino cuando ya la caridad es impotente?

Y repitió los tres golpes.

—¡Hipócrita!—murmuró don Juan.—Y debe ser rico; tiene miedo á los ladrones.

Nadie respondió ni se acercó.

La inquietud del párroco se hizo mortal.

—Es necesario, necesario de todo punto entrar, abrir esta puerta.

—Yo no puedo, señor cura,—dijo el sereno,—porque es de noche, y nos coge la inviolabilidad del domicilio.

—¡La inviolabilidad del domicilio,—exclamó el cura,—impidiendo el paso á la caridad! Esto no es posible. Abra usted, abra usted, Diego; yo cargo con toda la responsabilidad.

—Pero este no es mi distrito, señor cura: yo me he alargado hasta aquí, porque son cuatro pasos; pero no me atrevo.

—Yo respondo de todo,—dijo el cura.

—Pues entonces, señor cura, á Roma por todo,—contestó el sereno.

Y buscando de entre su haz de llaves una ganzúa, tanteó la cerradura y abrió inmediatamente la puerta, como pudiera haberlo hecho el más diestro ladron ó el más hábil cerrajero.

—Vamos, señor cura,—dijo el sereno,—yo no puedo detenerme más; puede pasar el celador, no encontrarme y encajarme una multa.

—Yo respondo de todo,—dijo el cura.

—Pues á Roma por todo,—repitió el sereno.

Entraron, y el sereno volvió á cerrar la puerta.

Estaban en un pasadizo estrecho.

Avanzaron dejando á la izquierda la subida de las escaleras, y desembocaron en un patio poco más ancho que el pasadizo y poco más largo que él.

El cura avanzó rápidamente, y llegó al fondo del patio delante de una vieja puerta.

Llamó con el corazon palpitante de ansiedad.

—Doña Isabel,—dijo,—abra usted, soy yo.

—Yo no puedo abrir,—contestó una débil voz de adolescente;—mamá ha salido y se ha llevado la llave.

—Abra usted, Diego,—dijo el cura.

—Señor cura,—exclamó el sereno,—esto es ya más sério.

—Yo respondo de todo,—dijo el eclesiástico.

—Pues á Roma por todo,—dijo el sereno.

Y con la misma ganzúa abrió la miserable puerta.

Entraron en un cuarto húmedo, negro, en el cual, en el suelo, en un ángulo, agonizaba en una palmatoria de barro de Alcorcon la luz producida por el último resto de una vela de sebo.

En otro ángulo, incorporada sobre un jergon, cubriéndose con una mala manta, habia una niña como de doce años, demacrada, pálida, pero ostentando una hermosísima cabellera rubia, que

producia un efecto bellísimo en su desórden, y sobre todo un punzante contraste entre su opulencia y lo aniquilado del semblante cadavérico de la niña.

—Por Dios, señor cura,—dijo,—no hagan ustedes ruido; mi hermana Leoncia se ha dormido la pobrecita, y está muy mala. Perico está con ella. ¡Y cuánto tarda mamá! ¡Dios mio! ¡Ha ido á pedir!

Y la niña se echó á llorar.

Al oir el nombre de Leoncia, don Juan se estremeció.

Miró profundamente á la niña, y logró traducir en la demacracion de su semblante un semblante muy conocido.

Don Juan palideció, llegando en su palidez hasta lo cadavérico, é hizo un movimiento que indicaba la fuga del pánico.

Se contuvo, sin embargo.

La emocion que dominaba al cura y al sereno les habia impedido apercibirse de la emocion de don Juan.

Este tuvo tiempo de ponerse sobre sí.

—¡Pero, Señor,—exclamó Diego,—que esto suceda!

—Dios prueba sus criaturas, pero no abandona á las que en Él creen y en Él esperan. ¿Adónde ha ido mamá, hija mia?

—Yo no lo sé,—contestó la niña, que habia

reprimido su llanto;—salió al oscurecer, y no ha vuelto; yo no sé si la habrá sucedido algo. ¡Ay, si papá nos viera así!

Y la pequeña rompió á llorar de nuevo.

En aquel momento se oyó una débil voz á la puerta del cuarto.

—¡Oh! ¿qué es esto, Dios mio?—dijo.—¿Qué ha sucedido aquí?

—¡Mamá!—exclamó la niña.

—¡Doña Isabel!—dijo el eclesiástico.

La que habia entrado era una señora alta, pero agobiada por la miseria.

A pesar de esto y de lo pobrísimo de su traje, emanaba de ella una gran distincion.

Se trataba, pues, de un inmenso infortunio.

—Nada, nada,—se apresuró á decir el cura,—no se sofoque usted: lo que sucede es propicio, providencial, no adverso; este caballero ha leido nuestro anuncio, y se ha apresurado á venir á buscarme para dar á usted, no una limosna, sino una pension.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó doña Isabel.

Sucedió entonces una cosa extraña: al acercarse doña Isabel para manifestar de más cerca su agradecimiento á don Juan, le encontró vuelto de espaldas; más aún, al parecer, ocultando con las manos su semblante.

De la misma manera, cubriéndose con la sombra, habia procurado no le viese la niña.

Doña Isabel creyó que aquel caritativo incógnito procuraba encubrirse por modestia.

—¡Oh!... ¡Un ángel envia á usted, señor!—exclamó doña Isabel.

Y en un movimiento impremeditado, espontáneo, tendió su mano al brazo derecho de don Juan para atraer su mano y besársela.

Don Juan entonces, como impulsado por un terror invencible, se volvió hácia la puerta, la ganó, y se lanzó en el patio.

—¡Oh! ¿qué es esto, señor?—exclamó el eclesiástico.

—Deje usted, deje usted, señor cura, que ya sabremos lo que esto es,—dijo el sereno, lanzándose á su vez al patio y alcanzando á don Juan, que de todas maneras no hubiera podido escapar: la puerta de la calle estaba cerrada.

—¡Hola, hola!—dijo el sereno, echando mano á don Juan;—cuando me temes, algo me debes: venga usted, venga usted acá, señorito.

—Cuando yo recelaba,—dijo el cura, que habia seguido al sereno,—tenia razon. ¡En qué tiempos vivimos! ¡Qué género de miserables permite Dios!

Don Juan, cogido por el cuello de la levita por la terrible mano derecha de Diego, hacia esfuerzos por ocultar su semblante.

Doña Isabel habia sobrevenido tambien.

—A este indivíduo le conoce sin duda esa se-

ñora,—exclamó Diego.—Tome usted, tome usted, señor cura, mi chuzo, y alumbre usted con el farol, que vamos á verle inmediatamente la cara.

El buen párroco tomó el chuzo, levantó el farol que de la moharra del chuzo pendia, y lo aproximó á la cabeza de don Juan.

Entre tanto, el sereno le descubrió violentamente el semblante, que quedó iluminado de lleno por la luz del farol.

Doña Isabel exhaló un grito agudo.

—¡Ah, el infame!—exclamó;—¡el causador de nuestra ruina, de nuestra deshonra, de nuestra miseria: el asesino de nuestra hija!

—¡Ah! ¡él!...—exclamó con una entonacion y un sentimiento imposibles de describir el cura.

Era el confesor de doña Isabel, y lo sabia todo.

Don Juan tuvo en aquella situacion suprema la fuerza de la procacidad y del cinismo: se sobrepuso á todo, se irguió, y dijo:

—Yo no comprendo esto, yo no conozco á usted, señora, ni usted me conoce.

—¡Pluguiera á Dios no te hubiera conocido nunca, seductor infame!—exclamó doña Isabel.

Los vecinos de los dos cuartos bajos que habia en el patio, habian abierto sus puertas, y acudieron.

Un círculo de ocho ó diez personas rodeaba el grupo principal: algunas miraban aquello

con curiosidad y extrañeza; las otras conmovidas.

—Cesemos, cesemos,—dijo doña Isabel,—todo es inútil: suelte usted á ese hombre, sereno, que se vaya: yo nada espero de él, nada quiero de él; yo dejo la cuestion íntegra á la justicia de Dios. ¡Véte!

Pero Diego no soltaba á don Juan.

En aquel momento se vió avanzar por el callejon de entrada otro sereno, y harto de prisa.

Detrás de aquel sereno venian tres personas.

Eran Sofía y sus padres adoptivos.

Habian ido á la casa del cura, y allí les habian dicho, cuando supieron su propósito, dónde el cura estaba.

Sofía no tuvo duda de que la persona que habia ido á buscar al cura para socorrer á aquellos desgraciados, era don Juan.

Esta idea produjo una nueva sonrisa cáustica en Sofía.

Se encaminaron inmediatamente á la casa que se les indicó; pero ignoraban los golpes que debian dar á la puerta.

Se valieron, pues, del sereno del distrito, que ménos meticuloso que Diego, y mediante un duro que le dió don Francisco, se prestó á abrir la puerta.

Sofía se adelantó toda asombrada al ver á un cura con un chuzo, con el farol adherido á él, en la mano, y á don Juan cogido por el otro sereno.

Renunciamos á describir la situacion.

El moderno Tenorio devoraba, no sabemos con qué rabia, con qué despecho, aquella situacion ridícula, en cuyo fondo habia mucho de terrible.

Don Juan hubiera querido tener la facultad de trasformarse, de desfigurarse, de aparecer otro completamente.

Sentia un ruido espantoso en los oidos, y no parecia sino que sus orejas se habian convertido en dos ascuas.

Sofía no supo qué hacer ni qué decir.

Aquello era demasiado imprevisto, y el implacable Diego continuaba teniendo trincado por los pulgares, con la mano izquierda, á don Juan, y haciéndole mostrar el semblante, á causa de la fuerza con que tiraba del cuello de su levita.

Aquella situacion duró muy poco tiempo.

—Señores,—dijo el cura á las personas que le rodeaban,—lo que sucede es muy sencillo: este desgraciado ha dado un mal paso, y por consecuencia se encuentra en una situacion embarazosa. Retírense ustedes; gracias por la intencion con que ustedes han acudido.

—Me parece á mí,—dijo uno de los vecinos, á todas luces obrero,—que lo que le hace falta á ese silbante es una buena vuelta.

—¡Y vaya si tiene usted razon, amigo!—contestó Diego.

Y volviendo bruscamente á don Juan hácia el

callejon de salida, le aplicó un puntapié, soltándole al mismo tiempo.

Aquel puntapié fué de tal manera descomunal, que don Juan avanzó dando traspieses, vaciló, perdió el equilibrio y cayó; pero se levantó inmediatamente.

—Anda, anda y abre tú, Pascasio,—dijo Diego al otro sereno.

Y acercándose rápidamente á él, añadió en voz baja:

—No estaria demás que te lo llevases á la prevencion.

A seguida recibió su chuzo de manos del eclesiástico.

Doña Isabel se habia vuelto hácia su cuarto, acompañada del cura, de Sofía y de sus padres adoptivos.

Diego los habia seguido alumbrándoles.

Los vecinos habian vuelto murmurando á sus cuartos.

Eran gente ruda, de buen corazon, y se quedaban con hambre de dar una paliza á aquel pillo.

Habian oido perfectamente las graves palabras de doña Isabel.

CAPÍTULO VI

Una historia en algunas páginas

Seis meses antes, á la caida de una hermosa tarde de primavera, don Juan habia encontrado en el Retiro, entreteniéndose como una niña en echar pan á los gansos, á los patos, á los cisnes y á los anades del grande estanque, una criatura deliciosa, como de quince á diez y seis años.

Tomaban parte, riendo con toda su alma, en su entretenimiento, una niña de doce años, espigadilla ya y bella, y un niño como de diez, vivo é inteligente.

Al otro lado de la avenida, sentados en un banco de piedra, habia un hombre como de sesenta años y una señora como de cincuenta.

Parecian un matrimonio de la clase media, empleado, tal vez, el marido.

Habia un no sé qué de tristeza profunda en el semblante de aquel hombre, que miraba con una especie de ansiedad á sus hijos, que se entretenian con las aves del estanque.

La traduccion de aquella tristeza y de aquella ansiedad, cuando se seguia la direccion de la mirada del anciano y se reparaba en lo, al parecer, quebrantado de su salud, era muy fácil.

Aquel pobre padre sentia aproximarse un dia en que la mano de Dios cerraria sus ojos para siempre, y quedarian abandonados á un destino tristísimo aquellos niños y su madre.

El traje, tanto de los hijos como de los padres, era limpio y decente; pero pobre, muy pobre: se comprendia que estaban reducidos á una grande estrechez.

Y en efecto, no puede estar muy holgado un empleado del ayuntamiento con ocho mil reales de sueldo y sin obvenciones, sin provechos, sin manejos.

La honradez y la dignidad rebosaban del semblante del viejo.

Algunas veces su mujer le oia murmurar:

—Yo he sido un imbécil; por el camino de la honra no se va más que á la miseria.

Y su mujer, que antes que todo era madre, le excitaba, no á que se convirtiese en pícaro, sino á que sacase de su posicion de viejo em-

pleado del ayuntamiento el partido que le fuere posible.

—No, no,—acababa por contestar don Cristóbal;—para sacar una peseta más sobre el sueldo, es necesario cometer una bajeza ó una picardía, y yo no tengo carácter para ello. Sí, sí, esta es la cuestion; es que yo no tengo carácter. Por lo demás, hoy no se conoce al hombre honrado; se le cree un pobre diablo impotente; hoy no se reconoce más que el dinero, haya venido como haya venido. ¡Qué hemos de hacerle! La última de las desgracias posibles es haber nacido pobre y hombre de bien: jugaremos á la lotería, Isabel; puede ser que la Providencia de Dios se acuerde de nosotros. ¡Pobres hijos mios!

Pero la Providencia no pasó nunca, es decir, en tres veces, que en diez años, jugando todas las extracciones á costa de inmensos sacrificios, tocó á don Cristóbal un número premiado, de seis ó de doce duros.

Don Cristóbal se mataba trabajando: sufria las impertinencias de los jefes por no comprometer su destinillo; enfermaba, agonizaba, buscaba trabajo particular, el único trabajo que podia buscar, el de copiante, el de escribiente: eso sí, tenia una letra admirable; pero como por lo mismo de lo bello de su letra se le recargaba de trabajo, el pobre don Cristóbal disponia de muy poco tiempo, y aun así, robándolo á su descanso, para

sus trabajos extraordinarios, y se daba por feliz si á sus ocho mil reales podia añadir otros dos mil.

Era un mártir, y su martirio se comunicaba á su mujer, que le amaba; á su mujer, avanzada ya en edad, que nada sabia hacer, ni tenia tiempo para más que para cuidar de sus hijos y de su casa.

Leoncia era muy jóven aún: trabajaba sin embargo, cosia para tiendas, y la pequeña Anita la ayudaba en lo que podia.

Pero las dos chiquitas apenas si ganaban tres reales, y esto trabajando asíduamente desde por la mañana temprano hasta ya bastante entrada noche.

Se reunian, pues, acumulados todos los esfuerzos de aquella pobre familia, veintiocho ó treinta reales diarios; pero con un insostenible exceso de trabajo.

Los padres eran ya viejos, y los hijos que podian hacer algo, demasiado jóvenes.

Se vivia en un cuarto sotabanco encaramado sobre cien escalones; se vivia estrechamente, y sin embargo el alquiler se llevaba una peseta.

Las casas están muy caras en Madrid.

Se almorzaba chocolate y pan; se comia á las dos, con un apetito voraz, un puchero lo más mondo posible, y un pedazo de pan constituia el postre; se cenaba una legumbre cocida, y á

pesar de esto se iban catorce y diez y seis reales.

Todo lo que el pobre don Cristóbal podia ahorrar eran cinco ó seis reales diarios; y cuando el infeliz se veia con veinticinco duros ahorrados, sonreia, se creia feliz y llevaba de una manera extraordinaria al café á su mujer y á sus niños, que por media hora se consideraban felices.

Cuando se tiene ánsia de todo, la más pequeña satisfaccion del deseo produce un bienestar inmenso, que para el observador, para el hombre de corazon, se hace punzantemente conmovedor.

¡Cuán poco es necesario para producir una grande alegría á un desheredado, mientras que el hombre hastiado de todo, cansado de todo, porque todo está á su alcance, no encuentra nada que le cure de la insoportable tristeza de su hastío!

Unos cruzan el espacio con la potencia de las alas del águila, mientras que otros hacen su doloroso camino arrastrándose por la tierra como las culebras; pero todos llegan á un punto comun, en que poderosos y débiles, ricos y pobres, desventurados y venturosos, se encuentran nivelados por la santa igualdad de la Naturaleza, hija de Dios.

Y sin embargo, aun la igualdad de la muerte, de la destruccion, no es tan precisa como á

primera vista aparece: el rico no sufre más que una agonía; el pobre, al ver al rededor de su lecho á sus hijos, sufre la agonía del amor paternal. ¿Qué va á ser de aquellas criaturas?

Don Cristóbal se afanaba, se asesinaba trabajando, procuraba ahorrar; pero jamás pasaba de los quinientos reales, que una enfermedad, producida por el exceso del trabajo, devoraba en pocos dias.

Habia perdido la esperanza, se habia hecho más y más piadoso, abria con más vehemencia que nunca su alma á Dios, buscaba un milagro, hacia votos á Nuestra Señora de la Soledad y á todos los santos que le parecian á propósito para interceder en su favor con Dios, y esta doble lucha física y moral, esta lucha insoportable, le acababan.

Don Cristóbal era uno de esos héroes, uno de esos mártires desconocidos de la familia, un valiente campeon del amor y del deber, y abusaba de los últimos restos de sus fuerzas, y sostenia una lucha espantosa contra la adversidad; era el náufrago que corta una y otra ola, y al que cada ola que llega encuentra más débil y más cansado.

Y sin embargo, no abandonaba la lucha, no se dejaba calar á fondo.

Era extraño, verdaderamente extraño, que á pesar de tanta miseria, los esposos no hubie-

sen sucumbido al rigor de su afan y de un trabajo insoportable é impotente; y más extraño aún, que en medio de una tal miseria, lenta y sostenida, los niños estuviesen tan gordos y tan hermosos.

Y era que los padres comian mucho ménos que lo que necesitaban, para que sus hijos pudiesen comer algo más; era que doña Isabel esforzaba los cuidados de su amor maternal; era, en fin, que los niños estaban auxiliados por esa poderosa amiga que se llama juventud, y no tenian penas, porque no tenian experiencia.

Estaban acostumbrados desde el principio á aquella existencia metódica y mermada, y eran además sencillos y buenos.

Sus padres no se quejaban delante de ellos.

El amor que les tenian les hacia sonreirles siempre.

¿Qué sabian, pues, los pequeños de las penas y de los cuidados de la vida?

Leoncia era una criatura encantadora, pura como un rayo del sol, inocente como un ángel, y con un corazon de ángel.

Esta era la criatura, que el bello, el irresistible don Juan vió á la blanda luz del crepúsculo una lánguida tarde de primavera, entretenida con sus dos hermanos en echar pequeños pedazos de pan á los volátiles y á los peces del estanque.

¿Y á qué detallar este doloroso drama?

Don Juan puso en juego, excitado por la adolescente y virginal belleza de Leoncia, cuantas infamias son imaginables.

Observó, respecto á Leoncia, su táctica de reserva, no insistió de cerca en su contemplacion en el momento en que la vió: la abarcó, la devoró en una sola mirada, de la que no se apercibió la niña, entretenida con su juego, y pasó.

Se perdió de vista; pero se quedó en acecho.

Poco despues, la familia se puso en marcha.

Don Juan los siguió á lo lejos.

Media hora despues, la pobre familia entraba en el café de Pombo.

Era un dia feliz, uno de los dias rarísimos de la vida de aquella familia.

Don Cristóbal habia tenido un buen trabajo extraordinario, que le habia producido quinientos reales.

¿Por qué sus niños no habian de tomar leche merengada ó café con leche?

El viejo café de Pombo ofrece á cada paso conmovedores cuadros de familia: se siente un no sé qué frio insoportable cuando se ve con cuánta fruicion, con cuánto placer, unas pobres criaturas toman lo que para otras no es más que una costumbre, cuya satisfaccion en nada les halaga.

Don Juan fué á emboscarse al fondo, no del

salon, sino de la crugía, al principio de la cual habia ocupado una mesa la pobre familia.

Cuando salieron los siguió.

Tenia ya la imaginacion calenturienta, excitada hasta el frenesí de la sensualidad, por la bellísima niña rubia.

La niña, sin embargo, ni aun habia visto todavía al que debia ser la fatalidad inmerecida de su familia y de ella.

La familia entró en una casa de la Concepcion Jerónima, cerca de la calle de Toledo.

Aun era temprano para que don Juan tomase informes.

Aun no habian salido los serenos.

El sereno es un precioso auxiliar para el Tenorio.

Don Juan se fué á dar una vuelta, y volvió á las diez y media á la Concepcion Jerónima.

Encontró al sereno cerca de la puerta de la casa donde aquella desventurada familia habia entrado, y se informó minuciosamente.

Se alegró cuando conoció la precaria situacion de aquellos desventurados.

La niña rubia merecia bien el sacrificio de algun dinero.

Don Juan era hombre de buenas relaciones, entraba en todas partes, se le conocia en todas partes, frecuentaba los círculos oficiales, los círculos elegantes.

Al dia siguiente estuvo en contacto con un empleado del ayuntamiento, con una especie de pillete que era compañero de don Cristóbal, y que, á pesar de no contar más que veintidos años, tenia el mismo sueldo que él.

Este tunante sirvió de pretexto.

Don Juan se lo hizo suyo con muy poco trabajo, y don Cristóbal se encontró con el encargo de la copia de la ejecutoria de don Juan.

Por aquel trabajo, que era penoso, porque se trataba de una alta cuestion de caligrafía, se le habian ofrecido mil reales y se le habia dejado entrever se le procurarian otros trabajos semejantes.

Don Juan tuvo ya un medio de introduccion en la casa de don Cristóbal, y supo ser bastante hipócrita para que la buena fe de don Cristóbal n se alarmase.

Trabajaba el desdichado sobre el pergamino vitela, pasándose las noches en claro, durmiendo cuando más una hora ó dos.

El trabajo era ímprobo; á don Cristóbal le parecia todo poco: era necesario dejar contento á aquel señor para que produjese más trabajo.

El pobre don Cristóbal habia abierto su alma al sueño, habia alentado una esperanza color de rosa, y se esforzaba porque las letras de adorno tuviesen una excesiva belleza.

Aquello no podia concluirse en ménos de dos

meses; pero si continuaba un trabajo semejante, si cada dos meses podia ahorrar mil reales, si esto continuaba durante dos años, con doce mil reales, su Isabel, su Leoncia, su Anita, podian establecer un taller de modista, podian adquirir parroquia, y él entonces podia morir tranquilo.

El amor y la esperanza engañaban á don Cristóbal.

Aunque don Juan hubiese obrado de buena fe, don Cristóbal no hubiera podido resistir cuatro meses un exceso tal de fatiga.

Don Juan comprendió muy pronto que era de todo punto imprudente la sola tentativa de tentar la deshonra de aquella familia por la codicia.

Don Juan habia comprendido á la primera vista que aquella pobre casa estaba llena por una atmósfera de honra y de dignidad, capaces de llegar hasta el heroismo.

A más de esto, ¿para qué sacrificar nada, si la conquista se presentaba fácil, si la cándida Leoncia se habia enamorado de él?

Empezaron las cartas cambiadas subreticiamente, cartas emponzoñadas, candentes, terribles.

La palabra enamorada vuela, pero la palabra enamorada escrita subsiste en el papel, y cuando esa palabra está expresada en versos vulgares, pero llenos de esas lisonjas que tanto hala-

gan la vanidad mujeril, se leen una y otra vez á escondidas de la madre y de los hermanos; son un vértigo constante que va enloqueciendo lentamente un alma inexperta y vírgen.

Sucedió lo que sucede siempre cuando se trata de uno de esos Tenorios: una intriga vieja vulgar lleva siempre á las inocentes á la trampa que se las ha preparado.

Don Juan llegó á ser feliz, ayudado por una miserable vecina de la misma casa.

A Leoncia la fué muy fácil levantarse silenciosamente una noche para hablar en voz muy baja, y durante muy poco tiempo, con don Juan por el ventanillo de la puerta.

Habia que esperar á que papá acabase su trabajo, el trabajo encomendado por el Lovelace, y el pobre don Cristóbal no daba de mano sino cerca del amanecer, cuando ya se le nublaban los ojos, se le partia la cabeza y se le descomponia el estómago.

Tomaba un sorbo de aguardiente con agua, y se acostaba para dormir una ó dos horas de una manera agitada.

Las primeras citas tuvieron de por medio la puerta; pero muy pronto la puerta se entreabrió, y la honra de aquella pobre familia se hundió en la infamia.

Aún no estaba el pobre don Cristóbal á la mitad de su trabajo; empezaba á sentirse débil para

él: un mes de vigilias y de insomnio habia exasperado sus padecimientos crónicos.

Aún no habia recibido un sólo maravedí por su trabajo.

Don Cristóbal era fanático por su dignidad.

Antes de concluir su trabajo no hubiera sabido cómo pedir nada á cuenta de él; por consecuencia, urgia concluir.

¡Y cuán doloroso era el drama que se desarrollaba entre el silencio de la noche en el cerebro calenturiento del pobre hombre!

La dorada esperanza que le habia halagado, habia huido.

Don Cristóbal, lanzado á su última prueba de violencia sobre su organismo, habia comprendido, aterrándose, que su organismo no resistia.

No habia, pues, esperanza: él era una luz que se apagaba; lo conocia harto claro; sentia la muerte agarrada ya á sus entrañas.

El trabajo se le hacia imposible.

Aquella misma ejecutoria se hacia dificilísima de concluir.

El estómago, la cabeza, el pecho, todas sus vísceras, todas sus entrañas, las tenia irritadas el pobre don Cristóbal, que no se quejaba nunca, que soportaba dolores acerbos por no afligir á su familia, que continuaba combatiendo con la ola, gastadas las fuerzas físicas, entera la fuerza de voluntad.

Pero ¿qué es la fuerza de voluntad cuando la faltan los medios de ejecucion?

Una desgracia más.

Una noche, cerca de la una, cuando don Cristóbal se esforzaba por acabar una letra de adorno, apurando en ella los primores, se levantó de repente, se llevó las manos á la cabeza, y lanzó un grito, una especie de rugido.

Habia sentido dentro de su cerebro una cosa semejante al efecto producido dentro de una caja por una multitud de cuerdas metálicas rotas de una manera violenta.

Aquello habia sido una especie de explosion: una agonía horrible, infinitamente mayor que la agonía de la muerte, habia pasado por él.

Pero el horrible vértigo no produjo el funesto resultado que en un momento habia visto la imaginacion del pobre hombre.

Se quedó vacilante, estremecido, y se dejó caer de nuevo sobre su silla de paja.

Permaneció por algun tiempo inmóvil, con la cabeza caida sobre el pecho, con los brazos colgando á lo largo de su cuerpo.

Así continuó durante algunos minutos, levantando su alma á Dios, rezando con toda la ansiedad de su corazon.

Su familia dormia, excepto Leoncia.

Leoncia habia oido el grito de espanto de su padre; pero no se habia atrevido á levantarse.

Tenia manchada la conciencia, y temia que su padre extrañase encontrarla despierta á aquella hora.

La violencia del amor que sentia por don Juan, la desvelaba.

Escuchó anhelante.

Aquel grito se habia repetido.

No se oia nada.

Sintió una especie de pavor.

Se echó fuera de la cama.

Pero en aquel momento oyó los pasos de su padre, y volvió á acostarse.

Luego percibió un ruido semejante al de una persona que se lava en una jofaina.

Era que el desdichado don Cristóbal refrescaba su cabeza.

Leoncia dejó de sentir su ansiedad.

Su padre volvió á pasar.

El desdichado, creyéndose restaurado en sus fuerzas, intentó de nuevo el trabajo.

Pero no pudo continuar.

Sus ojos volvieron á nublarse.

Sobrevinieron amenazadores los zumbidos en los oidos, los latidos en el cerebro, y el dolor de cabeza se fué acentuando más y más.

—¡Ah! ¡Imposible! ¡imposible!—dijo.—No puedo acabar esto: don Juan me dispensará.

Y permaneció durante algunos minutos abatido, anonadado, apurando todo el horror de su

situacion, pensando en sus hijos y en su mujer con una amargura infinita, levantando deshalado su alma á Dios, pidiéndole con toda su fe y con toda su amargura un milagro

Al fin se levantó y se fué á su cuarto.

Su mujer, cansada del trabajo del dia, dormia profundamente.

Don Cristóbal hubiera tomado de buena gana una tisana calmante.

Pero ¿cómo despertar á la pobre Isabel?

Aquel mártir se acostó en silencio.

Otras veces su organismo fatigado habia contraido inmediatamente aquel insomnio denso, pesado, que era el descanso de don Cristóbal.

Pero aquella noche ni aun este insomnio vino.

Don Cristóbal estaba aterrado.

Sentia el potente trabajo de la desorganizacion, de la descomposicion, que se apoderaban de él.

Su alma se volvia de momento en momento con más vehemencia á Dios.

Leoncia habia sentido recogerse á su padre, y la pobre inocente, para la cual era un poema su amor, que ni aún comprendia lo nauseabundo de la impureza á que aquel infame don Juan la habia llevado, sintió un momento de felicidad.

Su padre, recogiéndose dos horas antes, habia prolongado dos horas la inmensa ventura de su amor con don Juan.

La corrupcion está en la atmósfera.

Es contagiosa y deletérea.

Por regla general, la educacion y el ejemplo son insuficientes.

La pureza de la familia honrada y digna es un átomo perdido en la atmósfera contagiada.

Seria necesario para preservar del vicio á las jóvenes, secuestrarlas completamente.

Y aun así, tememos no engañarnos, suponiendo que las pobres criaturas que nacen hoy vienen á la vida con el gérmen de la corrupcion en la sangre.

Lo que una criatura no ve en su casa, lo ve por todas partes cuando sale de ella.

Por todas partes aparece lo incitante.

Por todas partes zumban, gritan, rabian, aullan, la desvergüenza, el cinismo, la impiedad.

Las miradas arden.

La belleza se exagera.

Todo marcha hácia lo candente, hácia lo embriagador.

El torbellino lo envuelve todo.

El lujo deslumbra por todas partes, y por todas partes, estableciendo un terrible contraste, aparecen la mendicidad y la miseria.

La vagancia y la desgracia arrastran entre el lujo sus asquerosos harapos.

Todo es repugnante, todo exagerado.

Parece que la imbecilidad y la locura, asidas de la mano, presiden á la humanidad.

El libro incitador, el espectáculo peligroso, la multitud que se agita, el ornato público llevado á lo más bello posible, los trenes ostentosos; todo ese pandæmonium, en fin, de tentaciones irresistibles, rodean por todas partes á las pobres criaturas, y crean lentamente en ellas necesidades terribles que no pueden satisfacerse sino por medio de una gran fortuna.

Y añadid á esto los naturales impulsos del corazon, exagerados por el contacto de todo lo seductor, de todo lo embriagador.

Tanto peor para las pobres criaturas á quienes las buenas y santas costumbres de un hogar digno aún, arrojan al mundo desarmadas por la ignorancia de su inocencia.

Don Juan era bello, jóven, insinuante, hipócrita.

Conocia á la mujer tal cual es hoy la mujer.

Sabia hacerse simpático, y la terrible irritacion de su sensualidad le hacia aparecer apasionado.

El vicio toma generalmente las formas de la pasion; más bien, es la pasion misma, mientras no se satisface.

El Tenorio mítico amaba de una manera completa, con la materia y con el espíritu.

No fijaba su deseo sino en lo verdaderamente grande, bello y difícil.

Su predestinacion le impulsaba hácia todas las grandes bellezas.

Luchaba brazo á brazo con la virtud, hasta que la rendia.

Era el Satanás formidable, el Satanás de corazon, y cada catástrofe que su naturaleza, su esencia, producian, era una gota de hiel que iba aumentando el contenido de la copa de su terrible locura.

El cerebro de don Juan era un panteon de fantasmas.

Su empeño era semejante al empeño de Satanás contra Dios.

El Tenorio de hoy es materia pura, materia asquerosa.

La mujer para él es lo que el vino para el borracho.

Se olvida de la borrachera que pasó y contrae otra nueva, que no le deja recuerdo alguno.

¿Qué importan una, diez, cien mujeres perdidas?

¿Qué importan una y otra dolorosa tragedia del corazon?

El Tenorio de hoy se avergonzaria, creyéndose un imbécil, si sintiese el más leve remordimiento por sus asquerosas infamias.

Se creeria comparable á un gastrónomo que sintiese remordimiento por la destruccion del pollo, de la ternera ó del salmon, que habian perecido para llenar su plato.

Los Tenorios de hoy devoran y digieren, y viven perfectamente tranquilos, y tanto más orgullosos, cuantas más desgracias han causado.

El Tenorio antiguo representaba la exageracion, la irritacion de la pasion, con todas sus consecuencias.

La satisfaccion de sus terribles propensiones le costaba demasiado cara, y moria prematuramente viejo, desesperado, amargado, sucumbiendo á las terribles consecuencias de su locura.

El Tenorio de hoy vive tranquilo y feliz, si no encuentra en su camino la miseria, la puñalada ó el presidio.

Don Juan era uno de estos canallas, pero dorado.

El viejo don Juan desdeñaba la traicion, ni aún se le ocurria.

Acometia de frente con la cabeza y el pecho descubiertos.

Triunfaba, porque eran suyos todos los dones de la fascinacion, de la fuerza, de la bravura, de la nobleza, de la fortuna.

Es, en fin, un mito soñado, sublimado.

La poetizacion de la pasion, lo deslumbrante, lo incontrastable, lo épico; el sueño, en fin, de la fiebre de uno y otro poeta.

El Tenorio de hoy es el raposo que se vale del engaño repugnante, y que usa de la excitacion asquerosa.

Don Juan habia engañado á Leoncia.

Leoncia le habia considerado suyo, habia caido en sus brazos con la confianza de la esposa.

Habia creido que el corazon de don Juan se parecia al suyo.

No habia tenido nada que la defendiese.

Se la habia llevado suavemente al lazo.

El antiguo don Juan Tenorio no hubiera sabido qué hacer para vengar á una mujer tal y tan miserablemente engañada, porque en el viejo don Juan Tenorio alentaba el espíritu de la caballería, y de la misma manera que arremetia lo que excitaba su fiereza, defendia lo que conmovia su generosidad y la inmensa delicadeza de su alma.

La desgracia de Leoncia fué la misma que la de tantas y tantas inocentes.

La mujer no ha cambiado; representa siempre la pasion.

Su confianza y su inocencia la pierden; y cuando se siente perdida, si es tal como Leoncia, muere ó enloquece.

¿Qué importa?

El asqueroso don Juan tiene un nombre más que arrojar á la deshonra, con que enriquecer su hoja de servicios.

Leoncia esperó á que pasase media hora despues de haberse recogido su padre.

Don Juan se quedaba por la noche en casa

de una miserable vecina del cuarto inmediato.

Leoncia se levantó, se echó en silencio su pobre vestido de casa, y salió cautelosamente sin despertar á sus hermanos, que dormian de una manera profunda.

Pero de tal manera estaban excitados los nérvios de don Cristóbal, hasta tal punto habia llegado la finura de su percepcion, que sintió el ligerísimo roce que producia sobre el suelo el vestido de Leoncia.

Se sobresaltó y se incorporó.

Luego oyó el leve ruido de la puerta que se abria.

Saltó definitivamente del lecho, y se lanzó á la puerta.

Se lanzó con una rapidez eléctrica.

Encontró la puerta abierta, salió al descansillo de la escalera, é instintivamente, en medio de la oscuridad, asió á su hija en el momento en que la puerta inmediata se abria.

Leoncia lanzó un grito agudo.

—¿Qué es eso? ¿Qué te sucede?—exclamó entre la oscuridad una voz.

Don Cristóbal reconoció la voz de don Juan.

En aquel momento una poderosa conmocion, una conmocion horrenda, centuplicó sus fuerzas.

Se lanzó hácia adelante, arrastrando á su hija y arrollando á don Juan.

Un momento despues, los tres se encontraban

en una habitacion innoble, iluminada por una bujía.

Leoncia habia caido por tierra desmayada.

Don Cristóbal temblaba todo.

Rugia como un tigre herido, y miraba á don Juan con un espanto y una cólera imposibles de describir.

Soltó la mano inerte de Leoncia, y se lanzó como una fiera hácia don Juan; pero le faltó de repente la fuerza en medio del impulso.

Dió un grito, un grito horrible, cuya ortografía no podria encontrarse en el acento humano.

Extendió los brazos, vaciló, y cayó de espaldas para no volver á levantarse más.

Y no era que habia muerto.

Su desgracia era mucho mayor.

Debia apurar la agonía de su dolor y de su deshonra.

El Tenorio tenia delante de sí, por tierra, al padre y la hija, y no se le ocurrió otra cosa mejor que huir.

Era necesario evitar el escándalo.

¿Qué importaba ya todo?

Habia vencido, y empezaba á fastidiarse de Leoncia.

Una aventura más.

¿Y qué?

El padre se curaria ó no, y ella seguiria su destino.

La cosa habia sido bien barata con relacion á su valor, porque ni aún se la habia pagado con la conciencia.

Quien no tiene una moneda, no puede pagar con ella.

Tal, tan inmenso, tan desesperado, tan vibrante, tan rugiente habia sido el grito de don Cristóbal, que despertó, no sólo á doña Isabel, sino tambien á Perico y á Anita.

Aquellas tres pobres criaturas se levantaron despavoridas.

La miserable costurera, ninfa de Capellanes y de todos los bailes públicos y escandalosos habidos y por haber, habia escapado con don Juan para evitar el primer golpe.

La situacion era de todo punto espinosa y delicada respecto á la justicia.

Era, pues, necesario traspapelarse y ver venir desde la sombra.

Doña Isabel no encontró junto á sí á su marido.

Fué al cuarto inmediato donde el infeliz trabajaba, y no le halló.

Muy pronto (tan reducida era la casa) echó de ménos tambien á Leoncia, y halló la puerta franca.

Un momento despues, seguida de sus otros dos pequeños, espantada, estaba delante de Leoncia desmayada, delante de don Cristóbal cadavérico.

Renunciamos á la descripcion de esta dolorosa escena.

Nos sentimos sin fuerzas para llevarla á cabo.

Doña Isabel permaneció durante algunos momentos, coartada, aturdida, sumergida en la situacion.

Luego se pasó la mano por la frente, meditó.

Vió en toda su extension el horror de aquella desgracia, y encontró en su alma una maravillosa fuerza para no aumentar aquel horror con el escándalo.

Defendió la última sombra de honra que quedaba á su familia, la apariencia, y ayudada por sus dos pobres pequeños, trasladó primero á su marido, inerte, congestionado; luego á Leoncia, que no habia vuelto aún de su desmayo.

Cerró aquellas dos puertas.

Se vistió apresuradamente.

Cogió las dos llaves, y salió, sombría, terrible, sosteniendo por deber su valor, dominando su amargura para que no la robase sus fuerzas, y se fué con el sereno á buscar un médico.

Todo lo que habia en la casa eran veintisiete duros, que peseta á peseta, y sabe Dios en cuánto tiempo, habian podido ahorrarse.

La agonía de don Cristóbal fué dolorosa, tenaz.

¿Qué falta habia cometido aquel pobre hombre para merecer un tal castigo?

La de haberse creado una familia, siendo pobre y honrado.

Se acabaron muy pronto los ahorros.

Se consagró todo al enfermo.

La madre y los hijos se alimentaron de pan solo, para que nada faltase al enfermo.

Pero una enfermedad, por sencilla que sea, acaba bien pronto con veintisiete duros.

El médico recetó al fin el hospital.

¡Ah! el hospital es un espectro horrible para los que nunca han estado en él.

¡Morir allí entre personas indiferentes, acostumbradas al horror! ¡Morir bajo el frio amparo de la caridad formulada, de la caridad oficial, es horrible!

Don Cristóbal no quiso morir así.

¿Por qué no esperar entre su familia un milagro de Dios? ¿Por qué á lo ménos no morir entre la esposa y los hijos, bendiciéndolos á todos, á todos, hasta á la pobre hija extraviada?

Desesperada doña Isabel, acudió al fin al párroco.

Este se encontró con una verdadera desgracia, con una desgracia inmerecida.

Hizo un esfuerzo, y nada faltó al enfermo.

Ni los auxilios de la ciencia, ni los de la religion.

Nada, nada más que la paz del alma y la vida.

Doña Isabel, sostenida por un resto de amor propio, de vanidad mal entendida, no habia recurrido al párroco sino cuando ya se habia vendido el último de los enséres más miserables de la casa.

Los dos pequeños dormian en un jergon, y Leoncia y su madre en otro.

No quedaba más cama que pudiera considerarse como tal que la del enfermo, ni más mueble que cuatro sillas y la mesa, sobre la cual no habia podido terminar don Cristóbal el traidor encargo del corruptor de su hija.

Como dos objetos de horror, quedaban en el cajon de aquella mesa, una vieja ejecutoria y veinticinco ó treinta hojas de pergamino vitela, llenas con una preciosa letra por don Cristóbal.

Aquella ejecutoria no pertenecia á don Juan.

La habia comprado á un librero de viejo del Rastro.

Era un cuerpo de delito, una pieza de conviccion de una intriga infame.

Al fin, al mes de aquella escena espantosa, don Cristóbal murió y su familia quedó sumida en la más profunda miseria y con un nuevo enfermo: Leoncia, devorada por el dolor, por la desesperacion y por el remordimiento.

La enfermedad de Leoncia habia matado el último y miserable recurso de la familia.

No podia coser.

¿Cómo contar con el trabajo de la pobre Anita?

¿Qué podia hacer la pobre doña Isabel, que nunca habia cosido más que para su casa, y que, además, la faltaba ya vista para enhebrar la aguja?

Algunos buenos compañeros de don Cristóbal habian pagado el entierro.

Habian echado un guante, y don Cristóbal podia dormir cuatro años en una sepultura dentro de su ataud.

Y despues de esto, habian quedado algunos duros para el luto de la familia.

Habian hecho cuanto habian podido hacer, porque eran tambien pobres.

En cuanto al cura, se habia excedido, y habia tenido que justificar ante la Junta de Beneficencia de la parroquia los dispendios extraordinarios que se habian hecho en favor de don Cristóbal.

Los indigentes de la parroquia, tan necesitados como doña Isabel y sus hijos, eran numerosos.

Los negocios andaban mal, y la falta de trabajo era creciente.

Para conocer bien la miseria pública, es necesario ir á tomar datos á las juntas parroquiales, á los hospitales y á los asilos de Beneficencia, y

allí se encuentran desgracias horribles, situaciones espantosamente conmovedoras.

La caridad se pronunciaria mucho más si se diese publicidad á los sufrimientos de la desgracia.

Los miserables perecen en la sombra sin que nadie los vea más que las Juntas de Beneficencia y los sepultureros del campo-santo.

El cura se encontró impotente para amenguar la desgracia de aquella pobre familia, y doña Isabel se vió obligada á mudarse á aquel húmedo, negro y malsano cuarto bajo de la calle de la Paz.

Leoncia empeoraba de dia en dia.

La tísis empezaba á marcarse en el melancólico y triste semblante de la niña.

Doña Isabel se encontró sin recurso alguno, amenazada siempre de ser arrojada de aquel pobre albergue, saliendo á mendigar por la noche para poder pagar al casero, para dar un pedazo de pan á sus hijos.

Esto es agonizar lentamente, esto es contraer una inanicion que da en la fiebre, y de la fiebre en la muerte.

¿Qué importa el hospital? En él se curan las consecuencias de la miseria; pero no la miseria misma, y la miseria es la enfermedad.

Así pasaron seis meses desde la muerte del padre.

Al fin, doña Isabel se vió obligada á recurrir

de nuevo al cura párroco, á quien por un sentimiento de delicadeza no se habia atrevido á recurrir.

—Nada puedo hacer,—dijo el cura,—porque la parroquia no tiene fondos: lo que yo puedo hacer por mí mismo es muy poco, porque no es usted, doña Isabel, la única desgraciada que recurre á mí; apelaremos á la caridad pública, la excitaremos por un anuncio en *La Correspondencia*, anuncio de cuya verdad saldré yo garante.

Esta era la historia.

Desde el dia, ó más bien desde la noche en que Leoncia fué sorprendida por su padre, doña Isabel no habia vuelto á ver á don Juan hasta el momento en que marcha nuestro relato.

Ni una palabra habian dicho los pobres padres de Leoncia acerca de su falta.

Aquella falta era ya irremediable; ¿por qué exacerbar la dolorosísima situacion de la pobre niña, cuando su inexperiencia, su inocencia salian á su defensa?

¿Y por qué doña Isabel no fué á buscar á don Juan, á pedirle una reparacion?

Doña Isabel preferia ver muerta á su hija á casarla con el miserable que la habia perdido, y que, perdiéndola, habia causado la muerte del desventurado don Cristóbal.

Aquella union la parecia monstruosa, in-

fame, suponiendo que don Juan se prestase á ella.

Una reparacion en dinero espantaba mucho más á doña Isabel: aquello hubiera sido poner precio á la sangre y á la honra.

Doña Isabel, pues, encomendó su venganza á la Justicia de Dios.

CAPITULO VII

Una buena mudanza hecha en muy poco tiempo

El cura siguió á doña Isabel y á sus hijos hasta su miserable vivienda, y Sofía y sus padres adoptivos siguieron al cura.

—Vaya,—dijo el sereno,—quede usted con Dios, señor cura; yo no puedo faltar por más tiempo de mi distrito; usted está aquí seguro, y yo avisaré al compañero de aquí para que le acompañe á usted cuando salga.

—Pero, Diego,—exclamó el eclesiástico,—esto está á oscuras. Espere usted á que se encienda luz.

—¡Luz, Dios mio!—exclamó doña Isabel;—yo no puedo hacer luz; la última vela de sebo que teníamos se ha consumido.

—Deje usted, deje usted, señora,—contestó Diego,—que voy yo á traer luz en seguida.

Y se fué á la puerta del cuarto bajo inmediato, y llamó á ella.

La puerta se abrió inmediatamente.

—¿Se necesita algo?—dijo lleno de solicitud un hombre como de treinta á treinta y cinco años, al parecer obrero.

—Sí, hombre, un cabito de vela de sebo, aunque no sea más que de dos dedos.

—Vaya, tome usted,—dijo aquel hombre, volviéndose para adentro y tomando de una palmatoria de hojadelata un buen cabo de vela encendido,—mi costilla y mis chiquillos se han acostado ya, y yo para acostarme no necesito luz. ¿Hace falta algo más?

—Nada, y muchas gracias, amigo,—dijo el sereno.

—No hay de qué,—contestó el otro;—buenas noches.

—Buenas noches,—contestó Diego.

La puerta se cerró.

Diego llevó el cabo de vela y le dió á doña Isabel.

Doña Isabel le puso en la palmatoria de barro cocido que estaba en el suelo.

—Conque ahora me puedo ya ir, señor cura, ¿no es verdad?—preguntó Diego.

—Sí; vaya usted con Dios, y muchas gracias.

—No las merece, señor cura,—dijo el sereno.

Y se fué.

—Y bien, señores, —dijo el cura, dirigiéndose á Sofía, al brigadier y á su esposa;—supongo la causa de la presencia de ustedes aquí.

—En efecto,—contestó Sofía;—hemos leido en *La Correspondencia* un anuncio que nos ha conmovido profundamente.

—¡Ah, señora!—exclamó doña Isabel.

Y se echó á llorar.

—Al entrar aquí,—continuó Sofía,—hemos visto algo que nos ha indignado; en una palabra, nosotros encontramos aquí una verdadera desgracia, y suplicamos á usted, señora, acepte...

Sofía no supo continuar.

No encontraba el medio de dulcificar la situacion.

Rebosaba de doña Isabel un no sé qué que demostraba claramente lo violento que la era aceptar aquella caridad que de tan buena voluntad se la ofrecia.

Dígase lo que se quiera, hay algo de humillante, algo desesperante para el que recibe.

Este es el corazon humano; por eso las almas delicadas se ocultan en la sombra para ejecutar sus obras de caridad.

Sofía permaneció vacilante algunos segundos, y luego dijo de una manera viva y espontánea:

—En fin, ello es necesario que sea: ustedes

no pueden permanecer aquí; nuestro carruaje nos espera cerca; hemos mandado traer además dos carruajes de plaza; están en la plazuela inmediata; ocupémonos, pues, desde el momento, de la traslacion; ustedes vivirán en nuestra casa, ustedes no se separarán de nosotros.

—Sí, sí, indudablemente,—dijo doña Margarita,—y en esto no cumplimos más que con nuestro deber.

—¡Deber ante Dios!—exclamó el párroco.

—¡Caridad de los cielos!—dijo doña Isabel.

Y se acercó á Sofía, la asió una mano, y por pronto que Sofía quiso retirarla, se la besó; luego la abarcó en una mirada lúcida, profunda, maternal.

Sofía vió el alma entera de doña Isabel en aquella mirada, y se apasionó de ella.

—¿Tiene usted estos dos niños, señora?—dijo.

Y se inclinó y besó á Anita.

La niña la contestó con un ardiente y espontáneo beso.

—Tengo otra pobre hija además,—exclamó doña Isabel.

—Sí, necesariamente,—dijo Sofía, pensando en don Juan, en su perseguidor, á quien habia cogido, como quien dice *in fraganti;*—pero yo quiero verla, señora.

—Mi pobre Leoncia está muy enferma.

—Pues por lo mismo, señora,—exclamó el

bravo veterano,—es necesario acudir en su socorro cuanto antes.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio!—exclamó doña Isabel, inclinándose para tomar del suelo la palmatoria;—por desesperados que estemos, no debemos desconfiar nunca de la Providencia de Dios.

Y se dirigió á una puertecilla que habia en un ángulo.

—¿Y cómo desconfiar de la Providencia de Dios sin perder la razon?—dijo el cura.

Pasaron todos.

Se encontraron en un pequeñísimo aposento, ó más bien en una pequeñísima cocina.

El cuarto era uno de esos mechinales, uno de esos agujeros inhabitables, y que no debe permitirse habitar á causa de su humedad, y en que sólo viven desgraciados que pagan un alquiler, demasiado caro, para contraer una enfermedad.

Constaba de sólo dos piezas.

La segunda de estas piezas, la cocina, sin ventilacion de ninguna especie, era una cuarta parte menor que la otra.

Allí, en un reducido espacio, habia extendido un jergon, y en este jergon, enferma, dejando ver la atónita y febril mirada de sus ojos azules y la opulencia de sus cabellos rubios, habia una jóven, casi una niña, en la cual, á pesar de su palidez y de su demacracion, se revelaba una gran belleza.

La pobrecilla estaba incorporada, cubierta con un pañolon viejo, casi inservible, y teniendo sobre el resto del cuerpo una manta.

Esta jóven era Leoncia, la víctima de don Juan.

Un vivo rubor hizo desaparecer por un momento la palidez de Leoncia.

En la cocina, en la parte que quedaba libre, sólo habian podido entrar doña Isabel y Sofía.

Los padres adoptivos de esta, el cura y los otros dos pequeños, se habian quedado á la puerta.

—Esta señorita y sus padres,—dijo doña Isabel,—han venido á favorecernos, hija mia. ¿Te sientes con fuerzas para ser trasladada?

—¡Oh! ¡sí!—exclamó con voz débil Leoncia;—antes que esto, todo, aunque hubiera de morir en la traslacion. Gracias, señora, muchas gracias; yo estoy muy mala, muy mala del cuerpo y del alma.

Y sacando de debajo del pañolon uno de sus descarnados brazos, extendió su mano hácia Sofía.

Sofía se inclinó, tomó aquella mano, y se sentó sobre el jergon.

—Valor, pobre niña,—dijo, atrayéndola á sí y besándola;—esto pasará: nosotras no nos separaremos. ¡Ah! ¡yo estoy segura de que seremos hermanas!

Leoncia inclinó la cabeza sobre el hombro de Sofía, y rompió á llorar.

—Vamos, vamos,—dijo Sofía;—no hay que perder tiempo: algo con que cubrir á esta criatura, y en marcha.

Doña Isabel trajo un pobre vestidillo de percal.

Sofía vistió á Leoncia.

Temblaba la pobre de frio.

Sofía se quitó la magnífica tunecina que la servia de abrigo, y cubrió con ella á Leoncia.

—Vamos, papá,—dijo Sofía;—que arrimen nuestro carruaje: yo entraré en él con mi buena amiga, con su mamá y con el señor cura, y ustedes entrarán cada uno con uno de los niños en una de las berlinas de plaza.

Doña Isabel dió la llave al brigadier.

Este salió rápidamente.

Mientras llegaban los carruajes, aquella pobre familia acabó de arreglarse como pudo.

Los carruajes tardaron muy poco, y el brigadier y Sofía cargaron entre los dos con Leoncia, que á causa de la fiebre no podia tenerse de pié.

Sofía entró en su magnífico coche de cuatro asientos con Leoncia.

Su madre y el cura entraron tambien.

Anita entró en una de las berlinas con doña Margarita, y el brigadier puso á Perico en otra.

Luego, como tenia las dos llaves, del cuarto

abandonado y de la puerta de la calle, las dió al sereno de la demarcacion, que estaba á la puerta, y le dijo:

—Mañana entregará usted estas llaves al dueño de la casa: en esta tarjeta están las señas de la mia; que vaya á cobrar lo que se deba.

Al par de la tarjeta, el brigadier dió al sereno otro duro.

—Muchas gracias, señor,—exclamó el sereno, echándose mano á la gorra;—lo que usted me encarga se hará, y mande usted otra cosa.

—Gracias,—contestó el brigadier;—buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Don Francisco se metió en la berlina donde habia dejado á Perico, y aquella especie de convoy partió.

Se dejó al cura en su domicilio, le ofreció don Francisco su casa, y el convoy siguió su marcha hácia el barrio de Argüelles.

CAPITULO VIII

Entre paréntesis

—Silvestre,—decia poco despues el sereno de la calle de Atocha al de la Plazuela de la Leña y calle de la Paz,—venga mi parte.

—¡Ah, pillo!—exclamó Silvestre,—¡y cómo sabes tú buscártelas!

—¿Cuánto te ha dado el señorito?—contestó Silvestre.

—Dos monedillas de á cien reales.

—¿No más? ¿De veras?—exclamó Diego.

—No llevaba más encima el indivíduo: al principio no me dijo nada; pero cuando vió que íbamos en derechura á la prevencion, se paró y me dijo:

—Basta de broma, conmigo no se juega. ¿En virtud de qué órden se me prende á mí?

—Yo no tengo que ver con eso,—le respondí;—mi compañero me ha dicho que le lleve á usted á la prevencion, y cuando lo ha dicho, él sabrá por qué lo ha dicho, y á la prevencion va usted.

—¡Cuidado con los empleos!—me contestó el señorito;—tú no sabes quién soy yo.

—A mí no me falta nadie al respeto,—dije yo con la voz gorda,—porque al que me falte al respeto le doblo de un estacazo. Ea, pocas palabras y á la prevencion.

Entonces el señorito me dió las dos monedas de á cien reales. ¿Y qué habia de hacer? Le dejé que se escapase.

—Vamos,—exclamó Diego,—ya veo que no eres del todo torpe; venga la mia.

—Toma,—dijo Silvestre, dando un doblon de á cien reales á Diego.

—Ea, pues adios, que voy á cantar la hora.

—Adios, y hasta la vista, Diego.

Y el uno avanzó por la calle de Atocha y el otro hácia la Plazuela de la Leña, cantando ambos las doce y nublado.

CAPÍTULO IX

Caridad, no; afecto

Doña Isabel no podia ya alegrarse por nada; de otro modo se hubiera alegrado al verse instalada con sus hijos de la manera que se les instaló.

Para no perder tiempo, Leoncia fué colocada en el mismo lecho de Sofía, doña Isabel en el dormitorio de los esposos, y Perico y Anita en los cuartos de dos doncellas.

En tal, en tan miserable, en tan peligrosa situacion se encontraba aquella pobre familia, que dueños y criados hubieron de pasar de pié la noche, cuidando de ellos.

Se habia enviado un carruaje al médico de la casa, que era uno de los famosos de Madrid, para que fuese al momento.

Se hizo, en fin, todo cuanto era necesario hacer.

Por la mañana se pudo colocar definitivamente á cada cual en su aposento.

Al dormitorio de Sofía se habia añadido un lecho.

Los dos niños fueron definitivamente acomodados en el cuarto de una de las doncellas, y en otro doña Isabel; pero estos cuartos se habian amueblado con lujo á pesar de la premura, efectuando uno de esos milagros que hace el dinero.

Sofía habia podido, pues, entregarse al descanso.

Se levantó, sin embargo, muy pronto, y se encontró con una carta de doña Mónica.

«Hija mia, decia aquella carta, lo que me sucede es horrible: anoche se armó una culebra en el café de.....; sin saber cómo, yo me ví obligada á poner en órden á uno de los insolentes bribones que allí concurren; es decir, le planté una botella en la jeta, y le herí; despues de lo cual se entabló entre él y yo una cachetina de órdago: por consecuencia, los de policía nos agarraron, nos trajeron al gobierno civil, y aquí nos han encerrado; ¡y si tú supieras quién ha tenido la culpa de esto, ó más bien quién ha sido la causa de esto!... pero no te lo digo, ni te lo diré nunca; me vengaré á cencerros tapados. La mu-

jer que tiene la culpa de lo que me ha sucedido me las pagará, yo te lo aseguro.

»A duras penas, despues de haber pasado una noche infernal, sin cama y sin una silla en que sentarme, en un cuartucho húmedo que huele á demonios, he logrado que traigan papel y tintero para escribir esta carta, y en que consientan en llevártela. ¡Ya lo creo! ¡me ha costado la funcion cien reales! ¡Por Dios, hija de mi alma, díle á tu papá que me haga el favor de venir á hablar por mí, á responder de mí para que me suelten! Todo ello no merece la pena, y sólo con que tu papá consienta en venir á hablarle al jefe de órden público, no correrá el parte, y me soltarán. Confio en que tú no dejarás en esta fastidiosísima posicion á tu buena tutora, que te quiere,

MÓNICA MAESTRANZOS.»

Sofía mostró esta carta al brigadier.

—¡Hum!—dijo don Francisco;—no seria malo dejar á esta perdida que se pudriese en la cárcel.

—Al fin es mi tutora, papá.

—¡Tu tutora! ¡tu tutora!—exclamó el brigadier.—En fin, tendremos paciencia: cuatro años se pasan pronto; cuando hayan pasado, tendrá que tomar distancia de filas esa señora más que de prisa; ¿y cómo están tus protegidas, Sofía?

—¡Nuestras protegidas!—rectificó Sofía.

—No, no, tus protegidas: de seguro ni Mar-

garita ni yo hubiéramos leido *La Correspondencia,* y aunque la hubiéramos leido, se ha abusado tanto de los anuncios para excitar la caridad, que no hubiéramos hecho caso.

—¡Pobre familia!—exclamó Sofía.

—¡Qué diablos! ella se repondrá: dentro de un mes no se les conocerá la miseria.

—Yo creo, papá, que en esa pobre familia hay más miseria del alma que del cuerpo.

—Pues ¡vive Dios! cuando les hayamos curado la miseria del cuerpo, les curaremos la miseria del alma.

—La miseria del alma, papá,—dijo Sofía,—sólo la cura Dios.

—Bien, sí; pero nosotros ayudaremos á Dios, por aquello de ayúdate si quieres que Dios te ayude; pero vengamos á lo que hay que hacer: hacer que suelten á esa bribona, lo siento mucho; yo la dejaria reventar por un lado; pero, en fin, tienes razon, es tu tutora: despues... sí, despues es necesario ir á visitar al buen cura de...

—¡Oh, sí! pero creo que él se anticipará.

En aquel momento, un criado anunció al brigadier que el administrador de la casa número 10 de la calle de la Paz le buscaba.

—Necesario es confesar que no se descuida,—dijo el brigadier;—temerá sin duda que la ocasion se le escape: díle cuánto se le debe, págale y que dé los recibos.

—Se le deben cuatro meses á sesenta reales.

—Bien; pide á Perez el dinero.

Perez era el mayordomo.

—Luego ven á vestirme,—añadió el brigadier.

El ayuda de cámara salió.

—¡Sofía!—dijo el brigadier.

—¡Qué, papá!—respondió Sofía.

—Yo creo que seria bueno buscar al caballerito de anoche, aquel á quien encontramos trincado por el sereno.

—¡Ah! ¡cuidado, papá, no se meta usted en mis negocios!—dijo Sofía, sonriendo de una manera deliciosa.—Ese caballero me pertenece.

—¡Cómo!...

—Sí señor, sí; ese caballero me hace la córte.

—¡Diablo!... pues yo te he acompañado casi siempre, y no he reparado en nada.

—Porque usted es muy distraido, papá; de otro modo, hubiera usted visto que cuando vamos á la Castellana, ese caballero mantiene siempre que puede su caballo junto á nuestro carruaje y que hace cuanto puede porque le crean en relaciones conmigo.

—Pues no, no he reparado,—dijo el bonachon de don Francisco;—de todos modos, yo creo que tú no le harás caso.

—Se equivoca usted, papá; yo hago mucho caso de él.

—¡De un miserable semejante!

—Sí; para castigarle, para escarmentarle, para demostrarle que los Tenorios de hoy son unos canallas.

—¡Cuidado no juegues con fuego!

—Ah, no, papá! Un fuego semejante no puede devorarme á mí.

—A pesar de la afiictiva situacion en que le ví noche,—dijo don Francisco,—me parece un jóven bello y distinguido.

—Lo es, en efecto,—dijo Sofía;—y le confieso á usted, que la primera vez que le ví me conmovió como hasta entonces no me ha conmovido ningun hombre; pero yo soy muy delicada, papá, y él mismo se encargó muy pronto de desencantarme; sin embargo...

—¡Qué!

—Sin embargo de todo, experimento, respecto á él, no sé qué sentimiento misterioso que no puedo explicarme.

—Cuando decia yo...

—No, ese sentimiento no es amor, se lo aseguro á usted; es algo que no se define, algo extraño: en fin, papá, yo no quiero sólo castigarle, sino convertirle.

—No se convierte á este género de canallas,—dijo don Francisco.

—Lo veremos; yo tengo aquí mi plan.

Anunciaron entonces al cura párroco de...

—Al momento á la sala,—dijo Sofía.—Adios,

papá; véte á hacer que suelten á mi incomparable tutora, que mamá y yo vamos á recibir á ese buen eclesiástico.

Y Sofía besó en la megilla á don Francisco, salió de su cuarto, y se fué á buscar á doña Margarita.

Entrambas se trasladaron á la sala, donde estaba ya esperando el cura.

Habia ido á pié, y permanecia de pié, con su sombrero de canal en la mano.

Miraba con cierto asombro los muebles y los objetos artísticos que ornamentaban el salon.

Su mirada se fijaba con preferencia en un gran retrato de cuerpo entero y de una ejecucion admirable.

Aquel retrato representaba á Sofía en traje de baile, descotada, magnífica, ostentando únicamente en la garganta una cadena de oro, de la que pendia una cruz hecha de una esmeralda: en los cabellos tenia flores; en los brazos sencillas pulseras de oro; el traje era de *moire-antique* azul de cielo, y sobre él caia un sobretraje riquísimo de blonda catalana.

A la derecha de Sofía aparecia, aunque sólo de medio cuerpo y en un marco ovalado, el retrato del brigadier, de uniforme, con sus bandas y sus condecoraciones; á la izquierda, de medio cuerpo y ovalado tambien, se veia el de doña Margarita, vestida tambien de baile de una manera

séria y con diamantes, como convenia á una señora casada de su edad.

El retrato de Sofía era resplandeciente de hermosura, de frescura, de juventud.

Pero el párroco no podia dejar de expresar su severidad en el gesto y en la mirada á la vista de aquellos magníficos hombros, de aquella garganta, de aquel nacimiento del seno y de aquellos brazos desnudos.

—¡Válgame Dios, válgame Dios y cómo se va perdiendo la honestidad!—murmuraba el buen párroco.

Se olvidaba de que en el siglo anterior las señoras llevaban el seno descubierto, lo que no impedia que fuesen muy honestas y muy honradas.

Ideas de otro género asaltaban tambien al eclesiástico.

—¿Para qué este lujo inútil?—decia.—¡A cuántas familias pobres y laboriosas podia hacer felices lo que se ha gastado aquí!

Al buen cura no se le ocurria una idea muy sencilla: esto es, que el lujo es el pan del pobre; que el lujo es el único medio para el gran desarrollo de la industria; que desde la herramienta que ha servido para abrir los cimientos de un palacio, desde la talla de la piedra y su colocacion, hasta las preciosidades industriales empleadas en la ornamentacion de aquel palacio; que las telas, las sedas, los encajes, las joyas, las pe-

drerías que en las *soirées* de aquel palacio lucen y relumbran, hasta la veleta más alta, todo ha pasado por la mano de obreros y de artistas; es decir, que el inmenso capital que ha sido necesario para fabricar todo aquello, ha caido en átomos de oro en manos de pobres.

Se declama generalmente contra el lujo.

Se incurre vulgarmente en un contrasentido.

Bendito sea el lujo, razon de la industria, pan y esperanza del pobre.

Dejad que los ricos se arruinen esparciendo su oro entre los trabajadores.

Esta es la mejor division del capital.

Los que son dignos de una severísima censura son los avaros, que absorben cuanto dinero pueden, y le entierran, sacándolo de la circulacion: los labradores, que una vez vendidas sus cosechas, dejan inerte el dinero en vez de colocarle en empresas útiles.

Esperó muy poco el eclesiástico.

—Le esperábamos á usted,—dijo Sofía, adelantando vivamente hácia él y besándole la mano;—de todos modos, papá hubiera ido hoy mismo á visitar á usted: siéntese usted; deje usted el sombrero, ¡por Dios!

—Está usted en su casa, señor cura,—dijo Margarita,—y al lado de grandes amigos.

—Gracias, muchas gracias, señoras,—dijo el eclesiástico;—yo no puedo ménos de estar muy

satisfecho por el conocimiento que he hecho con unas personas tan recomendables como ustedes, especialmente por su grande caridad.

—¡Caridad!—dijo Sofía;—yo creo que la caridad es una virtud divina, un atributo de la Divinidad: yo no creo que lo que siento por esas pobres criaturas sea caridad: llámesele compasion, en buen hora; pero tampoco es eso: es que hay criaturas que gozan haciendo bien, como hay otras que gozan haciendo mal.

—Las unas son las de Dios, y las otras las de Satanás,—dijo el eclesiástico.—Pero perdónenme ustedes, señoras; yo siento una inquietud muy viva por mis pobres amigos: Leoncia, particularmente, estaba en un estado alarmante.

—Tranquilícese usted,—dijo Sofía;—se ha llegado á tiempo.

—Sí, su enfermedad era sólo miseria,—añadió Margarita.

—¡Algo más que miseria!—exclamó tristemente el eclesiástico;—penas terribles é insoportables, penas del corazon.

—¡Dios las curará!—dijo Sofía.

—Hay cosas que Dios no puede curar, como no haga el milagro de deshacer lo hecho: hay desgracias incurables, de todo punto incurables: hay cosas que Dios puede perdonar en vista del arrepentimiento; ¿pero cómo hacer que lo que ha sido no haya sido? Lo que pasó en el tiempo

pertenece á la eternidad, y lo que pertenece á la eternidad es indestructible: Dios puede hacer el milagro de resucitar á un muerto, de volver á crear lo que ha sido destruido; pero seria necesario borrar la memoria, porque hay recuerdos tales que matan.

El eclesiástico se detuvo, no queriendo decir más.

El conocia la deshonra de Leoncia; él conocia la causa de la muerte de don Cristóbal.

Ni Sofía ni Margarita insistieron.

—Supongo,—dijo Sofía,—que podrá usted consagrarnos algun tiempo.

—Sí, sí señora,—respondió el eclesiástico;—he celebrado mi misa y he oido á mis penitentes.

—Es temprano y no habrá usted almorzado aún.

—Es verdad,—dijo el cura,—yo no almuerzo nunca hasta las once.

—Almorzará usted, pues, con nosotros,—dijo Margarita.

—¿Y por qué no, señora?—contestó el cura, al que parecia de todo punto inconveniente una negativa.

—Pues bien,—dijo Sofía;—voy á ver si Leoncia está despierta y puede usted verla: ha sufrido mucho esta noche; su excitacion nerviosa era terrible: todos nosotros, su madre, sus her-

manos y el médico, hemos estado á su lado hasta la mañana, que los accidentes cesaron: su madre duerme tambien.

—Pero, en fin, ¿no hay cuidado alguno?—preguntó con ansiedad el cura.

—No, no señor, ninguno,—respondió Sofía.

Y se levantó para ir á informarse de si Leoncia estaba despierta ó dormida.

—No, no; puesto que no está de cuidado, esperemos,—dijo el eclesiástico;—además, yo tengo mucho que hablar con ustedes.

—Cuanto usted quiera, señor cura,—dijo Margarita.

—Pues bien, señoras, francamente,—dijo el eclesiástico,—yo, que creo haberlas comprendido á ustedes, creo que ustedes exageran su caridad.

—¡Oh!—exclamó Sofía.—¡Exagerar! ¡y qué sacrificio hacemos!

—Sí, ya sé que ustedes se han propuesto no ejercitar, respecto á esa familia, una proteccion pasajera; yo doy á ustedes las gracias en nombre de Dios, y en nombre de Dios las bendigo; yo sé que tales son doña Isabel y sus hijos, que cada dia se harán amar más de ustedes; ¿pero por qué los tienen ustedes en su compañía, en su casa? Ellos son una familia humilde, y no conviene acostumbrarlos á este lujo: un dia, tal vez próximo, se casará usted señorita; usted, señora, y su marido, están ya en esa edad en que

tocamos el ocaso de nuestra vida, y en la que cualquiera ráfaga puede arrojarnos en la tumba.

—No importa,—dijo sonriendo Margarita.

—No, no importa,—dijo, sonriendo tambien, Sofía.

—Sin embargo, señoras, si esas pobres criaturas, por lo mismo que no han gozado nunca del lujo, de las grandes comodidades, se apasionan por una vida que no podrán sostener cuando ustedes les falten...

—Será difícil que yo me case,—dijo Sofía;—sí, muy difícil, dificilísimo.

Y habia algo de triste y de melancólico en el acento de Sofía.

—Será muy posible,—añadió,—que mi vida se parezca á la de *mi buena alma*.

—Y yo considero imposible,—dijo Margarita,—que tengamos hijos: Dios, que no ha querido dárnoslos en nuestra juventud, no puede dárnoslos en nuestra vejez.

—¡Cómo! ¿pues y esta señorita?—exclamó el cura.

—Sofía no es nuestra hija, por más que en la ternura de su afecto nos llama papá y mamá; es nuestra amiga, de cuyo cuidado nos encargó antes de morir una santa criatura, á la que Sofía llama *su buena alma*.

—Yo,—dijo Sofía,—no he conocido á mi padre; ¿á qué secretos para usted, señor cura, á

quien tomo por mi padre espiritual? Yo no tengo más apellido que el de mi madre, y esta (Dios haya tenido misericordia de ella) me dejó muy niña en el hospicio para ir á cumplir una condena; yo no protesto de la madre que Dios me dió, lo que Dios hace está bien hecho. Pues bien: ¿*mi buena alma* no me sacó del hospicio? ¿no la debo, no sólo la educacion que tengo, sino tambien una fuertísima herencia, una herencia de muchos millones? ¿Y no cree usted que esta herencia, recibida de *su buena alma* por una huérfana, no representa para ella una especie de fideicomiso en favor de los desventurados? ¿Por qué, si yo heredo á la noble y santa condesa de Vallehumbroso, no han de heredar esos pobres niños á la oscura Sofía Borrajas? Qué, ¿no ve usted en todo esto una determinacion de la Providencia?

—A la Providencia de Dios se la encuentra en todos los sucesos humanos,—respondió el cura;—no puede suceder nada que no obedezca á un inexcrutable designio de la Providencia.

—Por lo mismo, señor cura, reconozcamos el designio de la Providencia que ha hecho que nosotros conozcamos esa gran desgracia,—dijo Margarita,—y que al conocer á los desgraciados se nos hayan hecho estos extraordinariamente simpáticos. Sofía, á quien se debe principalmente que los hayamos conocido, los ha adoptado: su-

poniendo, como debe suponerse, que Sofía se case, que no pueda disponer de sus bienes, quedamos nosotros, mi marido y yo, que tambien hemos adoptado esa familia, y que no tenemos hijos ni parientes; por consecuencia, podemos hacer por esa buena familia, por esa señora, por esos niños, lo que la incomparable condesa de Vallehumbroso hizo por Sofía.

—Sin embargo, sin embargo...—dijo el severo eclesiástico,—eso pasa los límites de la caridad.

—Como que no es caridad,—dijo Sofía;—el primer impulso fué de compasion: yo sentí no sé qué cosa amarga, que me ahogaba, cuando leí el anuncio en *La Correspondencia;* un eclesiástico respetable, un cura párroco, respondia de la verdad del anuncio; corrimos, buscamos, y cuando los conocimos... ¡ah, señor cura!... ¡yo me he apasionado de Leoncia! ¡Leoncia es un ángel! Me son extraordinariamente simpáticos su madre y sus hermanos; ya ve usted que lo que hacemos por ellos no es una obra de caridad; no, de ningun modo: si hubiéramos de consagrarnos completamente á la caridad, llegaríamos muy pronto á lo de la capa de San Martin; más aún, al comunismo: no, no es eso; lo que hemos hecho ha sido adoptar á esa familia, y esto no quiere decir que nosotras nos neguemos á tomar parte en la obra de la Beneficencia pública: nosotras tenemos desig-

nados de nuestras rentas seis mil duros anuales para esto: pues bien, señor cura; yo aumento esa asignacion en mil duros anuales para su parroquia de usted.

—Dios se lo pagará á usted, señorita,—dijo el eclesiástico;—pero aun así, yo hubiera querido no se sacara de su esfera á esas criaturas.

—Sobre poco más ó ménos,—dijo Sofía,—tenia yo la misma edad que los pequeños cuando *mi buen alma* me sacó del hospicio de Córdoba; ella supo educarme, y no estoy descontenta de la educacion que me ha dado; yo, siguiendo su ejemplo, educaré á estos niños, y no quedarán descontentos de su educacion.

—Sea lo que Dios quiera,—dijo el eclesiástico.

—Señorita,—dijo en aquel momento á la puerta una doncella,—la señorita Leoncia ha despertado, y quiere ver á usted.

—¡Ah! pues aprovechemos la ocasion, señor cura,—dijo Sofía;—venga usted conmigo.

Sofía se levantó, y el cura y Margarita la siguieron.

CAPÍTULO X

Tenorio contra Tenorio

A don Francisco le fué muy fácil hacer que soltasen á doña Mónica: se proveyó de una carta de recomendacion del gobernador militar de Madrid, que era un grande amigo suyo, para el gobernador civil, y se mandó la soltura de doña Mónica Maestranzos; pero era necesario para esto una formalidad prévia: esto es, que Frasquito Quita-penas, que estaba tambien detenido en el gobierno civil, y herido y estropeado, declarase si pedia algo contra doña Mónica.

—Yo no pido nada,—dijo Quita-penas;—lo que tengo que hacer ya me lo sé yo.

Los soltaron, en consecuencia.

El brigadier se evadió antes de la soltura,

para evitarse las demostraciones de agradecimiento de doña Mónica.

Esta salió escapada, poco ménos que haldas en cinta.

Frasquito Quita-penas escapó por otro lado, como alma que lleva el diablo y sin volver la vista atrás, no fuera que le agarrara de nuevo el gobierno civil.

Doña Mónica llegó jadeante á su casa á las once de la mañana.

Sofronisa la recibió tranquilamente.

Estaba muy acostumbrada á que su ama saliese por la mañana ó por la tarde, y no volviese hasta el otro dia por la tarde ó por la mañana.

Pero no pudo dejar de alterarse cuando vió lo alterada que venia su señora.

—Pero, ¿qué es esto?—la preguntó;—¿qué le ha sucedido á usted?

—¡Qué me ha de haber sucedido! que he pasado la peor noche de toda mi vida,—respondió doña Mónica, internándose en el cuarto;—no, la peor no; he pasado otras mucho peores. Pero en fin... yo le contaré una historia á Frasquito. Mira, Sofronisa, cuando venga Frasquito coges la escoba y le echas. ¡Ah, caballero!—exclamó doña Mónica al entrar en la sala, viendo que allí habia un elegantísimo jóven,—perdone usted, yo no sabia... ¿Por qué no me has avisado de que este caballero me esperaba?

—No me ha dejado usted tiempo, señora,—respondió Sofronisa con el tono con que contestan las criadas viejas de esta especie de señoras cuando las reprenden.

—Toma la mantilla y véte,—dijo doña Mónica; y luego, haciendo una grotesca reverencia, porque le pareció de muy buena pinta el jóven, añadió:—siéntese usted, caballero; ¿en qué puedo complacer á usted?

—Yo soy el marqués de Monterubio,—dijo aquel jóven, que no era otro que nuestro don Juan.

—Servidora de usted, señor marqués,—dijo sonriendo, aunque no tenia gana alguna de sonreir, doña Mónica;—me figuro lo que usted quiere: alguna ingrata que le trae á usted de cabeza... deje usted, deje usted, las cartas lo dirán.

—No, nada de cartas.

—Vamos, usted prefiere la mágia; ¿cuál de ellas, la blanca ó la negra?

—Ninguna de las dos.

—¡Ah! entonces usted es de los que creen que lo mejor es el espiritismo; perfectamente, evocaremos un muerto: mágia negra, pues.

—Nada de eso, señora, nada de eso,—dijo don Juan;—le advierto á usted que yo no creo en brujerías.

—Pues entonces, ¿qué quiere usted?—dijo cambiando de tono doña Mónica.

—Informes acerca de una mujer.

—¡Ah! ¡ya! ¡sí! Pues empiece usted, señor marqués, que si yo no la conozco, no faltará quien la conozca, ni quien nos cuente su vida y milagros.

—La conoce usted mucho, porque hace cuatro meses la llevó usted una noche al café Imperial...

—¡Ah! ¡sí! ¡torpe! ¡y que no haya conocido yo á usted ahora! Es verdad; sólo le he visto á usted dos ó tres veces, y la última esta noche; ¡y ojalá que no le hubiese visto á usted, ó más bien, que á la chiquita no se le hubiera puesto en la cabeza ir al café de... ¡Así se la hubieran roto las piernas antes de entrar en él, no hubiera yo pasado la noche de una manera indecente en un calabozo del gobierno civil!

—Pero ¿por qué eso?—preguntó el marqués.

—Por la niña, por la chiquita, por mi pupila; sí, sí señor, por ella, por Sofía.

Y doña Mónica, que tenia ánsia de vengarse de su Quita-penas por los negros celos que la habia dado, contó á don Juan toda la ocurrencia del café.

Don Juan se alteró.

—¿Y usted cree, señora,—dijo,—que Sofía favorece á ese Frasquito?

—¡Anda! ¡anda!—exclamó doña Mónica con un acento y una expresion de afirmacion absoluta.—¿Pues usted cree que hay una mujer de-

bajo del cielo que resista á las seducciones de Frasquito? No hay una que se escape: no sé lo que tiene ese maldito que las coge al vuelo; pero le diré á usted: por lo mismo que dispone de todas las mujeres, no tiene interés por ninguna, y si usted tiene interés por la chiquita, Frasquito se la cazará á usted á poco que usted le ofrezca, porque es un perdido que trabaja barato.

—¿Dónde vive ese indivíduo?—dijo don Juan sacando su cartera.

—Calle de las Huertas, número 40, sotabanco del centro.

—¿Cómo se llama?

—Francisco Salmuera, álias Quita-penas.

—Muy bien, señora: ¿cuánto la debo á usted?

—Esto no ha sido más que una consulta: pues bien; un duro.

—Tome usted; adios y hasta la vista.

—Vaya usted con Dios, señor marqués,—dijo doña Mónica, acompañándole hasta la puerta;—no se olvide usted de esta su casa; nadie le ha de sacar á usted de un apuro mejor que yo.

Don Juan bajó rápidamente las escaleras.

—¡Anda! ¡anda! ¡métete conmigo, Quita-penitas!—exclamó doña Mónica:—te he echado el perro para que te diviertas,.. ¡y qué perro! ¡La paliza va á ser menuda!

Don Juan, entre tanto, avanzó rápidamente, llegó á la parada de carruajes de plaza de la ca-

lle de la Luna, y se hizo conducir á la calle de las Huertas, número 40.

Preguntó al portero por Quita-penas, y el portero le dijo que acababa de subir.

El marqués subió á saltos las escaleras, y llegó en dos minutos al sotabanco del centro.

Llamó, é inmediatamente se abrió la puerta: Frasquito era un valiente que abria su puerta á todo el mundo sin preguntar.

¿Quién podia con él?

Lo mismo que era invencible para las mujeres, lo era para los hombres.

Al ménos él lo decia así, y habia muchos mentecatos y muchas mentecatas que le creian sobre su palabra.

Pero cuando al abrir la puerta vió de improviso al marqués, le dió un vuelco el corazon y se arrepintió de haber abierto.

Quita-penas habia pedido algunos informes acerca del marqués, en cuanto se apercibió de que el marqués seguia por todas partes á Sofía.

El primero que pudo darle informes, le dijo:

—Mucho ojo, Frasquito, mucho ojo; el marqués es duro de roer.

Siguió informándose, y otro le dijo:

—No te metas con el marqués, porque te rompe algo.

Pidió nuevos informes, y le dijeron:

—Guárdate de hacérselas al marqués, porque te mata.

Frasquito entró en tierra de miedo, y se abstuvo de procurar espantar al marqués para que no siguiera más á Sofía.

Ahora bien; al ver frente á sí de repente al marqués, se puso malo.

En un movimiento instintivo de conservacion, fué á cerrar la puerta.

Pero el marqués empujó y se metió dentro.

—Yo quisiera saber,—dijo Frasquito, dispuesto á evitar toda avería, y más aún estando completamente á solas con él, por lo cual no podia desprestigiarse,—á quién tengo el honor de recibir.

—Cierra la puerta,—dijo el marqués.

Este *tú* humillante acabó de descomponer á Frasquito: él tenia facha de persona decente, él no conocia al marqués; ¿cómo era que el marqués se atrevia á hablarle tan de alto á bajo?

Frasquito comprendió que era ya demasiado, y que habia necesidad de mantenerse un tanto firme.

Cerró la puerta y se fué á la salita, donde don Juan se habia metido.

Frasquito estaba en mangas de camisa, y tenia el semblante entrapajado como don Quijote despues de la aventura de los gatos.

—Pues no, no recuerdo dónde te he conocido yo,—dijo Frasquito, templándose por recurso al

tono del marqués;—ya se ve, conocemos á tanta gente... pues no, no caigo.

—Tú no me has conocido en ninguna parte,—dijo el marqués con acento imponente y desdeñoso.

—Pues si no te he conocido en ninguna parte, ¿por qué tú me hablas de *tú*?—dijo Frasquito, sosteniéndose aún en una posicion digna de un valiente y de un hombre de mundo.

El marqués vaciló.

Su valor era muy semejante al de Frasquito.

Estaban Tenorio frente á Tenorio, es decir, chulo contra chulo.

La diferencia de clases importaba muy poco.

En el fondo pertenecian á una misma raza; tenian unas idénticas cualidades, y sólo se diferenciaban en la forma.

—¡Que por qué te hablo de tú!—exclamó el marqués, mirando de una manera fosca á Frasquito.

—Sí, ¿por qué me hablas de tú?—repitió con acento concentrado Frasquito, encandilando los ojos y pasándose la mano por el bigote y por la barba, signos todos de furor contenido y de amenaza terrible por ante la táctica de los tunantes.

—Yo te hablo de tú, porque sí,—dijo el marqués, haciendo á su vez la maniobra del espanto; pero arrepintiéndose de haberse metido con tal imprevision en la caverna de un lobo.

—Pues porque sí te hablo yo de tú tambien,—dijo Frasquito, alentándose más y más;—y ahora te digo: me alegro de que hayas venido; tenia ganas de encontrarte á solas para despedazarte... Tranquilízate... yo no me voy á las manos; yo sé bien á qué terreno se llevan estas cuestiones entre caballeros; no hemos de tirarnos los trastos á la cabeza como si fuéramos dos charranes.

—Pues bien, sí, en el terreno de los caballeros,—exclamó el marqués, levantándose con una vivacidad tal, que aplomó un tanto á Frasquito, que se equivocó.

Habia creido bravura lo que sólo era impaciencia por salir de allí.

—¡Mañana!—exclamó el marqués;—¡qué digo mañana! No, esta noche, esta tarde, dentro de dos horas, si quieres, pistola, espada, puñal, fusil... lo que más te agrade; elige... tu sangre, toda tu sangre...

—Sí, yo quiero tambien tu sangre, toda tu sangre,—exclamó Frasquito.

—Pues bien, yo me voy,—dijo el marqués;—no salgas tú, yo voy á enviarte dos amigos para que tú les indiques otros dos amigos tuyos, para que se entiendan respecto á las condiciones.

—Pues bien,—dijo Frasquito;—que vengan tus amigos cuando quieran.

—Al momento,—dijo el marqués, dirigiéndose á la puerta, resuelto en cuanto se viese en la calle á no ocuparse más de aquello.

—Espera,—le dijo Frasquito;—¿me tomarás tú por cobarde si te hago una observacion?

—No, yo no te creo cobarde.

—Cuando dos personas que valen lo que nosotros,—dijo con énfasis Frasquito,—necesitan beberse la sangre, es por algo sério, por algo importante: sepamos en qué te ofendo yo á tí.

—¿Conoces tú á Sofía?

—Sí.

—Yo tambien; ¿amas tú á Sofía?

—Sí.

—Yo tambien; ¿Sofía te favorece á tí?

—No; á tí es á quien favorece Sofía.

—A mí no.

—Tú la sigues á todas partes, y ella te mira.

—Tú no la sigues; pero tú la ves.

—Sofía me desprecia.

—Y á mí tambien.

—Entonces estamos iguales.

—Sí, de todo punto iguales.

Despues de este vivo diálogo, medió un silencio de algunos segundos.

Los dos rivales, que habian estado mirándose como dos gallos ingleses, procurando espantarse el uno al otro, fueron perdiendo la tension terrible de su semblante, fueron calmándose, y al

fin rompieron su silencio soltando á la par una larga y espansiva carcajada.

—Venga esa mano, hombre,—dijo Frasquito;—comprendo tu furor, como tú puedes comprender el mio: yo tenia celos.

—Y yo tambien.

—Yo ansiaba exterminarte.

—Tu vida me causaba una rábia del infierno.

—¡Y somos dos víctimas!

—¡Sí, dos víctimas!

—Los dos Tenorios volvieron á soltar la carcajada.

—Expliquémonos,—dijo Frasquito;—sentémonos.

Se sentaron.

—Yo creo,—dijo Frasquito,—que tú no habrás tenido ni aun la tentacion de casarte con Sofía.

—¡Qué es casarse!—exclamó con acento de escándalo el marqués.—Casarse, ¿eh? ¡casaban! ¿Y tú has pensado en casarte con ella?

—Para lo que ménos sirve una mujer es para casarse, á ménos que no pueda sacársela la mosca; de otra manera...

—Es decir, que tú vas...

—Tras de sus millones; y tú...

—Tras de su reputacion, para aumentar mi fama.

—Pues aliémonos, todo se puede cohonestar.

—Aliémonos, ayudémonos, apuremos todos los medios.

La alianza entre aquellos dos tunos se concluyó de la manera más cordial del mundo en la apariencia; sin embargo, ninguno de los dos fiaba en el otro.

Ambos obraban de mala fe.

Aquel dia almorzaron juntos.

Por la tarde aparecieron juntos.

El señor marqués de Monterubio se habia humanizado, y trataba como á un camarada al canalla de Frasquito Quita-penas.

Verdad es que este cuidaba de ir bien puesto y que parecia una persona decente.

CAPITULO XI

De cómo se baten para llegar á sus propósitos los Tenorios de hoy

Esta maniobra no se ocultó á doña Mónica.

Quita-penas habia tenido el rasgo de dignidad de no ir á buscar á la bruja y á reconciliarse con ella como otras veces.

Y era el caso que doña Mónica no podia pasarse sin su Frasquito.

Parecia como si este la hubiera hechizado.

Cuando pasaron cuatro dias sin que Frasquito pareciese, el cuidado se convirtió para doña Mónica en una verdadera agonía.

Era necesario saber lo que habia sido del ingrato.

Porque doña Mónica extrañaba mucho que

Quita-penas no hubiera venido al olor de los cuartos que la sacaba en cada reconciliacion.

Apeló á su amiga Cármen, que era una hembra de muy buenas relaciones.

—Hija mia,—la dijo,—hace un siglo que á Frasquito no se le ve por el mundo; yo me desojo en el Imperial y en Eslava, en Variedades y en Martin, en el Prado y en la Castellana, y no logro echarle la vista encima: debe haberle sucedido algo: yo no he querido que Sofronisa fuese á preguntar al portero de su casa, porque no echase alas y la cosa me costase más cara.

—En efecto,—dijo gravemente Cármen;—la cosa es de cuidado: cuando estos tunantes se dan tanto tono, es necesario abrir mucho el ojo.

—Averigua tú, mi querida Cármen,—dijo doña Mónica;—averigua tú.

En efecto, Cármen, á quien podia considerarse como un jefe hembra de policía secreta, averiguó tales y tan graves cosas, que doña Mónica se asustó, perdió la confianza de que Frasquito, empeñado en un negocio mayor, volviese á su dominio, y se propuso hacer cuanto pudiera contra Frasquito.

Doña Mónica tuvo una larga entrevista á solas con Sofía en su casa.

Sofía la escuchó con aire pensativo, lo que cargó extraordinariamente á doña Mónica.

—Está enamorada,—dijo;—enamorada de to-

do punto, sí; su tristeza es la del amor; ¿pero de quién está enamorada, Dios mio? ¿De Frasquito ó del marqués? Es muy posible que lo esté de los dos: estas niñas de hoy... no se contentan con una docena... ¡Ah! es necesario que yo me esfuerce, que yo evite... Y ¡sí, sí! yo tengo medios; ¡pero es tan triste tener que apelar al temor del presidio para que la quieran á una!... ¿Y qué se le ha de hacer? Estos hombres de hoy no quieren sino por el interés ó por el miedo. Pues bien, sí: si Frasquito no se arregla, le enviaremos á Ceuta, y en paz.

Estas palabras de doña Mónica demostraban que Quita-penas era un *pexe* de primera calidad.

Sofía se mostró profundamente reservada con doña Mónica, y la dió friamente las gracias.

Doña Mónica se fué, aborreciendo ya con toda su alma á Sofía.

Pero habia dado á Sofía avisos inapreciables.

Los dos tunantes conspiraban.

Habian empezado por la táctica de no dejarse ver de Sofía.

Pero esto habia sido inútil por el momento, porque Sofía, ocupada con los cuidados de la pobre familia que habia adoptado, no habia salido ni aun para ir á la iglesia.

Esto habia contrariado un tanto á los dos Tenorios.

Porque aun cuando estos no habian asoma-

do por los lugares adonde concurria Sofía, por no dejarse ver de ella, por probar cuando se dejasen ver la impresion que causaban, habian enviado *espoliques* desconocidos para Sofía á los lugares y en las horas en que Sofía se dejaba ver.

Los *espoliques* no la vieron.

¿Qué era esto?

Los Tenorios empezaban á desconcertarse.

Se decidieron á empezar los trabajos de aproche.

Casa donde hay doncella hay boquete, y en casa de Sofía habia tres; es decir, que nuestros Tenorios tenian tres medios.

Pero era necesario hacer aquellos tres medios practicables.

Frasquito se encargó de Eugenia, el marqués de Clarita, y un ayudante que habian tomado por poco sueldo, un perdido de la última especie, se encargó de Amalia.

Eran tres muchachas vivas, traviesas, de veinticuatro años la mayor, y de veinte la menor, que se perdian por los bailes y por las francachelas.

Diráse á esto que ¿por qué se habian admitido en casa de Sofía tres suripantas del género criaderil?

No hay otra cosa, carísimo lector.

Seria necesario mandar hacer una doncella de distinta especie en Alcorcon, como vulgarmente se dice.

Estas tres criaturitas tenian la libertad que se toman las de su especie.

Cuando despues de comer vestian á las señoras, y estas se iban al espectáculo, Eugenia, Clara y Amalia salian escapadas, protegidas por el ama de gobierno y por el mayordomo, porque la servidumbre forma una comandita compacta contra los señores.

El ama de gobierno y el mayordomo no pueden atreverse á contraer la animosidad de las doncellas, que son demasiado habladoras y pueden decir hasta qué punto están en inteligencia el mayordomo y el ama de llaves; el cochero, los lacayos, el mozo de cuadra, los ayudas de cámara, el cocinero, los pinches, todos, son otros tantos elementos de la confederacion, todos se ayudan los unos á los otros al despojo de los amos.

Cada cual de las niñas tenia su correspondiente novio, y alguna vez correspondientes.

Nuestros Tenorios tenian que empezar por destronar á otros Tenorios, y estos Tenorios del género doncella suelen tener muy mal genio, porque pertenecen exclusivamente al género sirvientil de escalera abajo, y muchas veces de cuadra.

Es admirable el tacto que tienen los cocheros y los lacayos y los ayudas de cámara para cazar esta clase de pájaras.

Se puede decir que casi exclusivamente les pertenecen, aunque alguna vez se ingiere algun

sargento de artillería, algun estudiante de medicina ó de veterinaria, ó algun pirata callejero que nada tiene de don Juan Tenorio, que es un género aparte, completamente aparte, y el coco de los Tenorios, porque el pirata callejero que no tiene audacia, puños y corazon para deshacer en cinco minutos una virtud, y romperle una mandíbula al inconveniente que se atraviesa, no es un pirata callejero, sino un intruso á quien muy pronto lo duro del oficio pone fuera de combate.

El marqués se habia decidido por Clarita, que era una rubia regordeta, blanca y colorada, más viva que una centella y más práctica que un práctico del puerto de Cádiz.

Hablaba con esta un sargento primero de artillería rodada, y le ayudaba á comerse por el pié á la batería; y á espaldas del artillero, el mancebo del veterinario de la casa, que iba siempre armado de un inconmensurable garrote, desempeñaba las funciones de suplente.

A domicilio tenia Clarita el ayuda de cámara del señor, que habia sido mucho tiempo de la ronda secreta, y sabia cómo se manejaba el trabuco.

El marqués se decidió por Clarita, porque era la más guapa.

Pero no supo lo que se hizo, porque Clarita estaba blindada y artillada.

Clara, sin embargo, le admitió á parlamento.

El marqués era guapo, y aunque estaba tronado, era, sin embargo, una gran proporcion para una doncella elegante, fina y hermosa, que necesitaba hacerse una rentita para vivir independiente, y esto sin dar mucho escándalo.

El marqués empezó por abordarla una noche á lo pirata callejero, cuando ella iba á escape por la plazuela de Afligidos hácia el café de la Universidad, donde la esperaba su militar al lado de un sable, que ni el alfange del moro Muza, y la dió el alto soltándola un requiebro y haciendo sonar en su bolsillo algunas monedas de oro; que no era de tal manera el trueno del marqués, que no pudiese disponer todavía de diez ó doce onzas.

Al reclamo del ruido aurífero, Clarita miró de soslayo al Tenorio.

Vió que era bello, y bajó los ojos así como cohibida por una emocion súbita que se hubiese apoderado de ella.

El marqués comprendió que la bella polacra empezaba á arriar bandera.

La soltó otro *timo*, y produjo un nuevo toque de llamada en el bolsillo.

La muchacha moderó lo violento de su marcha.

El Tenorio entonces la asió una mano, la hizo que tomase su brazo, no con mucha violencia, y á seguida se dirigió triunfante con ella á un coche de la parada de la plazuela de Capuchinos.

—Pero ¿y mi novio, señor?—dijo ella mientras abria el marqués la portezuela.

—Te duele la cabeza ó te han saltado un ojo; métete dentro, chiquilla, que tenemos que hablar.

—¡Válgame Dios!—exclamó Clara entrando;—¡yo no sé cómo voy á salir del compromiso en que me pongo!

—A la ronda,—dijo el marqués al cochero.

—Por supuesto,—dijo Clarita,—que es necesario que usted, caballero, sea muy prudente, porque si el sargento Ruperto se entera...

—Déjate de sargentos y de Ruperto, chiquilla, y mira si esto te gusta. Espera; voy á encender un cerillo que traigo á prevencion para que te enteres bien.

El marqués, en efecto, sacó un cerillo, le encendió con un fósforo, y luego sacó un estuche oblongo.

Oprimió el resorte, saltó la tapa, é inmediatamente Clara se vió acometida de un vahido.

Habia visto un par de largos y elegantísimos pendientes de un gusto admirable, compuestos de pequeñas perlas y pequeñas esmeraldas.

Aquello era poca cosa en verdad; pero parecia este mundo y el otro.

El sargento, el mancebo de veterinario y el ayuda de cámara, ex-indivíduo de la ronda de capa, fueron destronados en un solo punto.

Se convirtieron en tres granizos en el corazon de Clara, y con el calor que en él habia metido el marqués, se licuaron y se evaporaron. se perdieron como si jamás hubieran existido.

Sic transit gloria mundi.

Se firmó y ratificó una alianza fuertísima entre el Tenorio y la doncella.

Despues de firmada esta alianza, se entró en materia.

Clara dió muestras de lo sólido y perspicaz de su inteligencia, poniéndose al corriente con una claridad admirable del asunto.

Y cuando dos horas despues de haberse encontrado se separaron el Tenorio y ella, contentísimos el uno del otro, Clara se comprometió á acudir á la noche siguiente con sus otras dos compañeras fuera de la puerta de Bilbao, ó de lo que fué puerta de Bilbao, para irse en un ómnibus con los otros tres Tenorios á cenar un cabrito asado y algunas otras menudencias á Tetuan.

El marqués, á quien habia hablado con una aterradora franqueza Clara, habia comprendido que habia peligro en aquella cita, y buscó tres ternejales de los de las Cuatro Calles, que, con sus *cariños*, quedaron en acudir al lugar de la cita para servir de escolta.

Hay que advertir que las señoras de estos tres señores eran de armas tomar, porque se ocupa-

ban en la alta industria del matute, y, con un valor digno de todo elogio, aprovechaban la vuelta de la contribucion de consumos para meter todas las noches por delante de las barbas del resguardo, dos carneros colgados de la cintura y cubiertos por el miriñaque de crinolina.

Eran, pues, tres hembras bravas curadas de espanto, y para con las cuales, en circunstancias dadas, no habia más razon posible que un tiro.

No estuvo demás esta precaucion.

El sargento Ruperto era un gallego de cuarenta años, natural de la Coruña, criado en la playa que no hay más que decir, tunante y decidor como un andaluz, ceceador como los andaluces, hasta el punto que se le confundia con ellos, y tenaz y soberbio como gallego.

A las ocho en punto, ó cuando más tarde á las ocho y media, Clara debia haberse personado en el café de la Universidad, para irse en seguida á ver una ó dos piezas al teatro-café de la Flor Baja.

Pero dieron las ocho y media, las nueve ménos cuarto, y Clara no pareció.

¿Ni cómo habia de parecer, si en aquellos momentos estaba en sus glorias con don Juan?

Don Ruperto (hay que advertir que era sargento primero con grado de alférez, de donde el don) conoció la entruchada, y se amostazó.

Sin embargo, y para no llevarse de ligero, se

pasó por el hotel, esperó un poco, y al primer mozo de cuadra que salió (él los conocia á todos) le preguntó por Clara.

—¡Calla!...—dijo el manchego;—¡pues si hace hora y media que salió con más faralares que el mundo, que no cabia por el porton!... Anda, anda, ¡pues si yo creia que estaba contigo, Ruperto!

—Esa se me atreve,—contestó el artillero,—y no sabe lo que se hace. Me parece á mí que la cuña que la voy yo á meter para rectificarla la puntería, la va á hacer dar gritos. ¡Y que tenga yo que irme esta noche al cuartel, porque con estas cosas todas las noches se queda una batería de reten, y esta noche le toca á la mia! Que si no, ¡poder de Dios! ¡María Santísima! me parece á mí que no entraba yo más que con el puño del sable en el cuartel.

—Déjate de tonterías, Ruperto,—le dijo el manchego,—que tú estás *barlú* por esa moza, y ella es una perillana que tiene entretenidos almancebo del veterinario y á un compañero. Dala una patadita donde no la duela, que lo que tú vas á sacar de Clara va á ser los piés frios y la cabeza caliente; y te estás comprometiendo, porque un dia la Clarita te hace que te tragues un cañon con cureña y todo, y puedes ir á presidio, mocito. ¿Sabes cómo te llama la niña? Pues te llama su abuelito, ó bigotes escarchados.

—La divido,—exclamó el sargento.

—No, lo dicho: la pegas con tiento una patadita donde no la duela, y busca una paisana tuya, de las que pesan diez arrobas, que esas se mueren por los paisanos, y no son melindrosas, y suelen salir decentes. Ahora, créeme, vamos á chuparnos unas lamparillas, y ensancha el bazo, hombre, ensancha el bazo, que á un buen mozo como tú nunca le falta una buena hembra.

—¡Y pensar que dentro de media hora,—dijo el sargento, meneando la cabeza con cierta trepidacion, no de muy buen agüero,—tengo yo que estar en el cuartel!... ¡Mal rayo para la milicia! En fin, bueno; mañana será otro dia.

Á las ocho de la noche siguiente el sargento don Ruperto, que estaba completamente libre de servicio, y que además habia pedido licencia al oficial de guardia y al de semana para pasar la noche fuera del cuartel, lo que le fué concedido graciosamente, porque don Ruperto era un veterano sin tacha y tenia al pelo su batería, esperó el paso de Clarita en una encrucijada del barrio de Argüelles, emboscado en el hueco de una puerta; y á las ocho y cinco minutos, Clarita, empavesada, llevando en las orejas algo que relucia mucho á la luz de la luna y dejando tras sí un olor á gloria, pasó con la rapidez de una locomotora.

Quien no ha seguido nunca á una mujer, no

sabe lo que una mujer sin correr corre con ese taconeito menudo, que es una incitacion más cuando la mujer es buena moza.

El sargento se fué en su persecucion.

¡Pero que si quieres!

En cuanto Clara oyó el rápido sonido de las espuelas, se comió la tostada y apretó su taconeo.

Torció por la calle de la Princesa, llevando ya una ventaja formidable á don Ruperto.

Tan ciego iba este, que torció antes de haber flanqueado completamente la esquina, se dió un pechugon, y por efecto de la violencia un tremendo golpe en las narices, que le hizo ver estrellas.

Don Ruperto se desentendió, y atravesó á la carrera la ancha calle de la Princesa.

Clarita iba ya junto al palacio del duque de Alba.

Don Ruperto estiraba las zancas, porque le daba vergüenza de correr con su aparejo militar.

Al llegar á la plazuela de Afligidos, iba ya dando alcance á Clara.

Se precipitó, se enredó en las espuelas, y midió el suelo cuan largo era.

Se desentendió tambien, á pesar de que casi se habia deshecho una rodilla.

Se levantó y siguió á Clara, que se habia perdido por la calle del Portillo.

Casi estuvo don Ruperto por dar voces al centinela del cuartel de Guardias para que la detuviese.

Pero un resto de prudencia le contuvo.

Clarita pasó por delante del cuartel de Guardias como un rayo, y poco despues salió al campo, esto es, á la ronda.

Ruperto se detuvo un momento.

Se quitó las espuelas, se las acomodó en el cinturon, afianzó el sable para que no le estorbase, y se lanzó á la carrera, ya decididamente.

La ronda estaba solitaria.

El sargento Ruperto podia correr sin vergüenza.

Pero no tenia medio de correr sin ruido.

Clara se apercibió.

Se recogió la falda, y puso piés en polvorosa.

—Espérate, espérate,—gritaba Ruperto;—mira que cuanto más me marees más te voy á marear yo á tí.

Esto era lo mismo que poner espuelas á Clara, que iba como una pluma que lleva el viento.

Don Ruperto echaba los bofes y estaban á punto de asfixiarle, de una parte la sofocacion y de otra la ira.

Llegó, al fin, Clara á la puerta de Bilbao y cerca de un largo ómnibus, en el que entraban algunos hombres y algunas mujeres.

—¡Dejadme entrar, dejadme entrar, — dijo Clara,—que viene detrás la fiera!

Clara habia visto á sus dos compañeras, Eugenia y Amalia, y al marqués.

A la voz de alarma de Clara, los tres galafates que habia buscado para escolta el marqués, y que iban armados de largos garrotes, se pusieron en facha, y dijeron:

—Adentro todo el mundo y que se largue el ómnibus, que ya le alcanzaremos luego.

El sargento don Ruperto venia hecho un toro.

Se desentendió de los tres buenos mozos, y no vió más sino que Clarita se metia en el ómnibus, tras ella algunas mujeres y algunos hombres, y que el ómnibus partia.

Era necesario detener el ómnibus, á tal llegaba la locura del artillero, y se lanzó hácia el tiro.

Pero los tres tunantes se pusieron delante de él en ala, blandiendo los garrotes.

—¡Hola! ¿conque sí?—dijo tirando del sable don Ruperto, que no veia de furor.

Pero habia contado más con su corazon que con sus fuerzas.

El julepe que le habia dado Clara le habia quebrantado de tal manera, le tenia de tal manera sin aliento, que se encontró sin fuerzas, como impedido.

A la vista de aquel formidable sable, los tunos comprendieron que no se podian andar con bromas, y temerosos del primer fendiente de aquel sable descomunal, cargaron sobre don Ruperto y le dieron una paliza, que ni la de los yangüeses á don Quijote.

Acudieron á las voces y al estruendo los del resguardo.

Pero cuando llegaron se encontraron únicamente con don Ruperto, tendido por tierra sin sentido, con el sable roto y la cabeza abierta.

Le habian dado de amigos, y los perpetradores habian desaparecido.

Así se salvó por el momento la dificultad de los novios de aquellas tres señoritas; porque cuando los otros participantes supieron la impía paliza que habia recibido uno de sus compañeros, que se encontraba en el hospital entre si me voy ó me vengo, renunciaron á meterse en camisa de once varas por temor de recibir una paliza que diese con ellos en el hospital, como con el malaventurado don Ruperto.

Se cenó alegremente en Tetuan.

Se entendieron perfectamente las tres doncellas con los tres Tenorios.

Se habló largamente de la cuestion, y Sofía, antes de que pudiese apercibirse de ello, estuvo cercada.

Faltaba sólo inventar la intriga que debia

llevar á buen término los proyectos de los dos Tenorios.

Habia que hacer gastos; pero ¿qué importaba si respondian los resultados?

El marqués se encargó de ellos.

En fin, á las once de la noche nuestros nuevos amigos se separaban, despues de haber tomado café con leche en el café de Bilbao, y se fueron cada cual á su destino.

CAPÍTULO XII

El secreto de un «secretaire»

Habian pasado quince dias, y la pobre familia amparada por Sofía parecia de todo punto otra.

Se habian contenido los efectos de la miseria.

Aquel principio de tísis que abatia á Leoncia, habia desaparecido.

Duraban aún la demacracion y la debilidad; pero iban desapareciendo rápidamente, combatidas por los cuidados delicadísimos é incansables de Margarita y de Sofía.

En cuanto á don Francisco, se ocupaba tambien de ellos.

Una vez decidida la adopcion de aquella fa-

milia, habia que pensar en establecerse de una manera cómoda para todos.

El aumento de habitantes en el hotel, y de habitantes á quienes no se podia acomodar en cualquier parte, habia causado la estrechez, y por consecuencia la incomodidad.

Don Francisco decia que cuando se puede hacer bien sin incomodidades, no habia á qué sufrirlas.

Así pues, compró otro hotel más pequeño, cuyo jardin lindaba con la entrada del otro hotel.

Habia que establecer una comunicacion, y una comunicacion cómoda.

Don Francisco hizo construir una galería de madera, hierro y cristales, una especie de puente, que servia tambien de invernáculo, porque su anchura permitia dos hileras de tiestos, y que ponia los dos hoteles en comunicacion por dos balcones de los pisos principales.

Sofía eligió su dormitorio y el de Leoncia en el hotel más pequeño; allí estableció tambien su tocador; del comedor hizo su cuarto de labor y de lectura, y en los otros dormitorios acomodó á las doncellas.

En el salon del hotel pequeño puso don Francisco una mesa de billar.

El tocador de Sofía en el hotel grande se habilitó convenientemente, ó mejor dicho, se le

trasformó en dormitorio, en el que no faltaba nada de lo que exigen la moda, el lujo y la comodidad.

Este dormitorio se destinó á doña Isabel.

Por dos pequeñas puertas, este dormitorio estaba en comunicacion con otros dos pequeños y lindos dormitorios.

En el uno se colocó á Perico, en el otro á Anita.

El que habia sido dormitorio de Sofía, fué trasformado en tocador de Margarita.

Cuando Leoncia pudo levantarse del lecho, ya estaba construida la galería de comunicacion y colocadas en ella las plantas y los arbustos exóticos que habia adquirido á costa y coste don Francisco.

El suelo de esta galería estaba cubierto de una arena muy fina, y aunque las plantas y los arbustos estaban contenidos en cajas de hierro, parecian salir de entre la arena, porque esta cubria las cajas.

Aquella ancha galería, con una pequeña y bella fuente en cada uno de sus extremos, parecia un pasaje de jardin, cerrado y cubierto de cristales.

Cuando don Francisco vió concluido todo esto, dijo lleno de satisfaccion:

—¡Por fin! nuestros amigos pueden estar bien sin que nosotros estemos mal; se han gastado

algunos miles de duros; ¿pero qué importa? hemos aumentado nuestra casa, la hemos hecho más cómoda y más bella. ¡Ah!... esa galería, en que me ha hecho pensar la necesidad de una comunicacion cubierta entre los dos hoteles, ha dado un resultado magnífico, tanto en cuanto á la vista exterior, como en cuanto á lo interior: bien mirado, nos faltaba un buen invernadero y un buen frutero.

Doña Isabel veia todo esto, y experimentaba sensaciones encontradísimas.

Podia decirse que por una parte se sentia feliz, y por otra más desventurada que nunca: feliz por sus dos hijos menores; feliz tambien por Leoncia, á la que no veria ya morir de una manera miserable; feliz, porque el espectro del hambre, tan terrible para ella por sus hijos, se alejaba de ellos, y desventurada, porque no podia olvidarse de la dolorosa, de la terrible tragedia de su pobre Cristóbal, y porque veia que Leoncia, á causa de la infamia de don Juan, estaba herida en el corazon.

Y á veces Leoncia se reia como se rien los niños, y se alegraba con cualquiera cosa, como los niños se alegran.

En aquellos momentos se la hubiera creido la criatura más feliz de la tierra; pero cuando aquellos momentos pasaban volvia su tristeza, y cuando se quedaba sola, aunque sólo fuese por

un momento, necesitada del consuelo de las lágrimas, rompia á llorar.

Cuando Sofía la sorprendia llorando, se afligia, y al par se irritaba contra aquel nauseabundo y miserable marqués que habia causado en un corazon tan jóven y tan soñador, tan poético y tan bueno, tan inocente y tan puro, una tal desgracia.

Entonces Sofía juraba escarmentar al marqués, convertirle y casarle con Leoncia.

¿Cómo podia llegarse á esto? Sofía no lo sabia; pero tenia fe y fuerza de voluntad, y esperaba llegar á su propósito.

No se puede aventurar una campaña sin conocer antes las fuerzas y los recursos del enemigo.

¿De quién valerse para esto respecto á don Juan?

Sofía no queria cometer imprudencias; no queria que se creyese por nadie que ella estaba interesada por don Juan.

La casualidad vino en su ayuda.

Un dia el ama de gobierno la dijo:

—Señorita, tengo que hablar á usted á solas de una cosa importante.

Sofía se encerró con doña Genoveva, que así se llamaba el ama de gobierno.

—Mi sobrina me ha dicho, señorita,—la dijo doña Genoveva,—que anoche vió en el circo de Price á Clara.

—Y bien,—dijo Sofía;—¿qué tiene eso de extraño? Clara sale de noche, como las otras, apenas nosotras salimos; ya lo sé, doña Genoveva: esto no puede evitarse; seria necesario pasarse sin doncellas.

—Sí, sí, es verdad, señorita; pero Clara llevaba un lujo escandaloso: sedas, encajes, alhajas; de casa habia salido muy sencillamente vestida, con arreglo á su clase; Clara es hermosa, y aunque yo comprenda que un señor rico puede muy bien haberse enamorado de ella, no comprendo que la permita continuar sirviendo, cuando de tal manera gasta con ella; si no fuera por mi sobrina, que me ha dicho que quien acompañaba á Clara era doña Mónica...

—¡Mi tutora!—exclamó Sofía sin asombrarse gran cosa.

—Sí, sí, señorita, su tutora de usted.

—Pues no comprendo,—dijo Sofía.

—Si no fuera porque yo temo que Clara sea un peligro en casa...

—Un peligro...

—Usted, señorita, es muy hermosa y muy pretendida...

—Y bien...

—Creo que hay conspiracion entre las doncellas: á cada momento Clara cuchichea, ya con Eugenia, ya con Amalia; alguna vez las he cogido al vuelo el nombre de usted; alguna otra

vez las he oido decir «el marqués,» ó bien «don Juan.»

—Vaya usted á vestirse para salir, Genoveva,—dijo Sofía,—y vuelva usted.

En cuanto Sofía se quedó sola, se fué á un precioso *secretaire* antiguo á la *Pompadour*, de palo de rosa, que habia sido del uso particular de *su buena alma*, esto es, de la condesa de Vallehumbroso: Sofía habia hecho venir este mueble, con algunos otros, tambien del uso particular de la condesa, entre ellos un magnífico piano de cola, de Córdoba.

Sofía habia colocado este *secretaire* en su gabinete, y se servia de él para escribir casi exclusivamente.

Necesitaba escribir á su tutora, y abrió el *secretaire*.

Al abrirle encontró cierta dificultad, y apretó.

Entonces se oyó un rechinamiento de madera; la tapa cedió al fin.

Pero al abrirse el *secretaire* dejó ver un largo y estrecho cajon, que asomaba por la parte superior interior del encaje de la tapa.

Era indudablemente un secreto que Sofía no conocia.

En otros tiempos, el nombre de las cosas estaba en relacion con ellas.

En el siglo pasado se llamaba á muebles como el de que nos ocupamos *secretaires*, porque

contenian secretos; la cuestion era que estos secretos estuviesen tan hábilmente ocultos, que no se pudiese fácilmente dar con ellos, y á veces sin romper el mueble.

La vejez del *secretaire*, un accidente cualquiera, en fin, habian hecho que al abrir Sofía aquella vez el mueble se descubriese por sí mismo uno de sus secretos.

Aquel cajon, como de dos piés de largo, podria tener como tres pulgadas de fondo.

Contenia algunos pequeños paquetes de cartas, sujetos con cintas de raso azul.

Aquellas cartas conservaban algo del perfume que se las habia puesto, lo que revelaba que el buen ajuste del cajon le cerraba herméticamente.

De otro modo, aquellas cartas no hubieran conservado el perfume de la esencia, de que tantos años hacia se las habia impregnado.

Habia además una capa de hojas de rosa secas, y entre estas hojas algunas flores marchitas.

Sofía revolvia las hojas de rosa para ver si ocultaban algun objeto á más de los paquetes de cartas, que eran cuatro.

En efecto, halló un estuche de tafilete ovalado como de cuatro pulgadas de longitud.

Al abrir este estuche cayó de él al suelo un papel muy plegado en algunos dobleces.

El estuche contenia un medallon de oro guarnecido de diamantes.

Por el anverso aparecia en miniatura un bellísimo retrato de hombre, con traje á la moda de 1820.

Sofía exhaló un grito de sorpresa.

A excepcion del traje, del peinado y de las patillas, aquel retrato hubiera podido pasar por suyo.

Tal era lo admirable de la semejanza.

¿Era aquel retrato el del hombre á quien tanto habia amado la buena condesa de Vallehumbroso?

¿Era ella hija de la condesa?

Sofía no quiso ni aun suponer esto.

No queria, ni para considerarla su madre, que nada empañase la purísima memoria de *su buena alma.*

Necesitaba consultar el papel que al abrir el estuche habia caido de él.

Pero esto requeria tiempo, y el ama de gobierno podia volver.

Sofía guardó en otro de sus muebles los paquetes de cartas, el medallon y el papel que habia contenido, y probó á encajar en el *secretaire* el cajon secreto.

Este se encajó con facilidad.

Sofía, anhelando despachar cuanto antes al ama de gobierno, escribió lo siguiente:

«Mi queridísima tutora: Espero á usted al

momento; tenemos que hablar de un asunto que la importa á usted mucho. Su afectuosa

SOFÍA.»

Poco tiempo despues el ama de gobierno salió con esta carta, y con el encargo de tomar un carruaje y de no volverse sin doña Mónica.

Sola de nuevo y con más largo espacio, Sofía se encerró en su gabinete, y sacó los paquetes de cartas, el medallon y el papel doblado que del medallon habia caido.

Aquel papel causaba no sabemos qué recelo instintivo á Sofía.

Prefirió empezar por la correspondencia.

Deshizo uno de los paquetes de cartas; abrió una de ellas y miró la firma.

Aquella firma era un solo nombre: *Mariano*.

La carta estaba timbrada con un escudo de armas, y aquel escudo mostraba corona de marqués.

Por lo demás, la carta era una vulgar carta de amores.

Sofía recorrió las otras.

Todas estaban firmadas con el mismo nombre, y tenian el mismo timbre.

Todas eran tambien vulgares, monótonas, decian la misma cosa.

—¿Cómo pudo amar á este hombre mi buena madre?—exclamó Sofía.

Al decir *mi buena madre*, Sofía se estremeció.

Volvió á pensar en si seria hija de la condesa.

Sin embargo, en aquellas cartas aparecian los amores más inocentes del mundo.

En nada comprometian á la condesa.

Nada más que esto habian explicado á Sofía.

La explicacion, si habia alguna, debia estar en el papel doblado que el medallon habia contenido.

Antes de examinar este papel, Sofía volvió á examinar al retrato.

Indudablemente, á juzgar por el extraordinario parecido de aquel retrato con ella, aquel hombre debia ser su padre.

Sofía se fué delante de un espejo, y comparó.

El parecido se acusó más y más; se hizo indudable.

Pasó algo penoso, algo que se parecia á una agonía, por la jóven.

Vaciló, y se sentó en un sillon.

Temia consultar el papel en que creia se encerraba la resolucion del misterio.

Ella preferia continuar llevando su apellido Borraja, siendo hija de su desastrada madre, á encontrar una mancha en la memoria de su *buena alma*.

Era hasta donde podia llegar el amor filial de Sofía por la condesa de Vallehumbroso.

Permaneció algunos minutos luchando con su vacilacion.

Hizo al fin un poderoso esfuerzo, y abrió el papel, que estaba escrito con una preciosa letra muy menuda, y con tinta azul.

Sofía estaba pálida y agitada.

El papel se movia violentamente, á causa del temblor de las manos de la jóven.

Una especie de niebla empañaba sus ojos.

Necesitó hacer un nuevo esfuerzo.

Al fin leyó lo siguiente:

«Sofía:

»No sé si alguna vez tendré valor para revelarte el secreto que voy á confiar á este papel.

»No sé si le leerás alguna vez.

»He dudado, y aún dudo: es muy posible que muera dudando, que cuando muera lleve mi secreto á la tumba.

»Sabe Dios si un dia mi duda crecerá, si creeré preferible para tí el que ignores toda tu vida quién fué tu padre, y rasgue este papel.

»No fué una casualidad lo que determinó que yo te sacará del hospicio.

»Una mujer que duda, siente celos, y cuando los siente necesita esclarecerlos.

»Hacia ya treinta años que mi tenaz amor por el marqués de Monterubio duraba, cada dia más creciente, como si la desesperacion le hubiese alimentado, sublimándole hasta el delirio.»

Sofía se detuvo y se pasó la mano por la frente, que se la habia cubierto de sudor frio.

Su palidez y su agitacion habian crecido.

El hombre á quien *su buena alma* habia consagrado aquel amor heróico, aquel amor eterno, se llamaba el marqués de Monterubio.

¿Pero seria el marqués de Monterubio el padre de don Juan?

¿Seria don Juan su hermano?

¿Habria dos marqueses del mismo título?

Don Juan parecia contar de veintiseis á veintiocho años.

A Sofía le parecia muy jóven para que pudiese ser hijo del hombre á quien habia amado la condesa de Vallehumbroso.

¿Seria don Juan su nieto? ¿Seria ella tambien su nieta?

En tal caso, don Juan venia á ser sobrino suyo ó primo.

¿Y qué más la daba á Sofía de que don Juan fuese su hermano, ó su sobrino ó su primo, si le despreciaba, si no era ni aun remotamente probable llegase el caso de que necesitase casarse con él?

¡Misterios del corazon!

No sólo despreciaba Sofía á don Juan, sino que sentia contra él una sañosa animadversion.

Sin embargo, no dejaba de recordarle contí-

nuamente, y aun durmiendo, su sueño la traia el recuerdo de don Juan.

Hay amores, y amores terribles, los más terribles quizá que pueden conmover el corazon humano, que existen desconocidos en su fondo, envueltos en un sentimiento de ódio y de desprecio.

La verdad era que cuando Sofía salia de su casa sentia una especie de impaciencia, de que no se daba cuenta, por ver á don Juan, ya fuese en la Castellana, en el teatro ó en la iglesia.

Si tardaba, sufria; cuando le veia, se irritaba.

Don Juan habia herido la delicadeza de alma de Sofía menospreciándola, haciéndola la córte desde el principio como pudiera habérsela hecho á una jóven ligera y viciada; pero á la par, don Juan habia causado en Sofía una profundísima impresion.

Ella atribuia el tenaz recuerdo de don Juan que la perseguia, al desprecio y aun al ódio que la habia inspirado.

Sofía era inteligente, pero no experimentada, y no comprendia, no podia explicarse lo que á causa de don Juan pasaba en su corazon, ni pretendia explicárselo.

Pero don Juan, que era muy experimentado, aunque con una mala experiencia, veia algo que le favorecia en la expresion de la mirada de Sofía.

Sin embargo, de tal manera se habia conducido Sofía respecto á don Juan, que este habia

acabado por perder la esperanza, por engañarse y por apelar á malos medios.

Sofía tardó algun tiempo en reponerse; al fin logró dominar su excitacion, y continuó la lectura:

«Treinta años no habian bastado en mí para matar mi amor.

»En vano apelaba yo al recuerdo de que aquel hombre me habia menospreciado, suponiendo que yo aceptaria unas relaciones, que á causa de su situacion social no podian dejar de ser ilegítimas.

»A pesar mio, y cuanto más pretendia sobreponerme á mi amor y matarle, más mi amor crecia, más y más me combatia, sujetándome al sufrimiento de un espantoso martirio.

»Yo tenia todas las debilidades de las mujeres enamoradas, ménos las que hubieran podido manchar mi honor.

»Yo hacia espiar al marqués.

»Yo hacia que este espionaje llegase hasta el interior de su casa.

»El marqués se habia casado, antes de conocerme á mí, con una prima suya muy jóven, como que apenas contaba trece años cuando se casó.

»Entonces el marqués tenia veintiseis años.

»Le habian casado con su prima compromisos, intereses de familia.

»Se consideró á Julia demasiado jóven para que hiciese vida comun con su marido, y apenas terminaron las bodas la volvieron al convento donde se habia educado, y del cual no habia salido más que para casarse.

»Yo, á lo ménos, si no podia casarme con el marqués, no podia tener celos.

»Se habia convenido entre las dos familias que Julia no saldria del convento para vivir con su marido, sino cuando cumpliese los veinte años.

»Mis celos podian contar con un plazo de siete años.

»Cuando terminó este plazo, la reunion de los esposos no pudo verificarse.

»Antes de que se cumpliese el marqués se habia ido á viajar, y se acabó al fin por no saberse dónde estaba.

»Julia no podia llenar en manera alguna las aspiraciones del marqués, que no rendia culto más que á la belleza material.

»Era flaca, enteca, negruzca, de formas angulares, y además de esto de un entendimiento muy vulgar.

»Por otra parte, se la habia violentado terriblemente al casarla, porque tenia una decidida vocacion por el cláustro.

»Cuando cumplió sus veinte años no se la sacó del convento, porque esto hubiera sido inútil: no se sabia dónde estaba el marqués.

»Pasaron cuatro años.

»En este tiempo murieron los padres del marqués y los de Julia.

»No habia, pues, ya quien pudiese exigir el cumplimiento del contrato matrimonial.

»Al marqués le importaba muy poco no tener sucesion, y aborrecia cordialísimamente á su mujer.

»Le horrorizaba, segun él decia, aquel *escuerzo amojamado*, aquella monja sin tocas, que parecia haber sido arrancada de la parte inferior de un retablo que representase á San Miguel.

»El marqués sabia demasiado que su mujer seria muy feliz si la dejaba permanecer perpétuamente en el convento.

»La escribió en este sentido, dorando la píldora con lo de que *el no queria hacerse cómplice de la violencia que contra ella se habia ejercitado, obligándola á casarse.*

»Julia contestó á su marido dándole las gracias y diciéndole que siempre podia contar con su aprecio, con su amistad y con sus oraciones.

«El marqués creyó que podia sin peligro volver á Córdoba; volvió, y me puso de nuevo sitio, que yo resistí, no sé á costa de cuánto valor.

»Yo sentia vacilar mi virtud; pero como si la Providencia hubiera querido venir en mi ayuda, siempre que me sentia á punto de enloquecer, los espías que yo mantenia al rededor del mar-

qués venian á contarme alguna nueva indignidad suya: ya era una jóven perdida, ya un marido burlado, ya un escándalo vergonzoso.

»Yo volvia á indignarme, y mi indignacion me servia de defensa.

»Pasaron así no ménos que diez años.

»El marqués, tenaz en mi conquista; yo, tenaz en mi resistencia, vacilando á veces y triunfando siempre.

»Yo contaba ya cuarenta y cinco años; el marqués cuarenta y siete, y Julia treinta y cinco.

»Su marido, ni aun por cortesía habia ido á visitarla, cosa que en vez de mortificar á Julia la complacia mucho.

»Pero tal prisa se habia dado á gastar su patrimonio el marqués de Monterubio, que despues de haber empeñado todas sus rentas y despues de haber agotado todos los recursos y todos los expedientes, se encontró con que á los diez años de haber muerto sus padres, su administrador le declaró que no podia darle un maravedí más.

»Habia malgastado el marqués en desórdenes y torpezas, á más de sus píngües rentas, muchos millones tomados en hipotecas sobre sus estados.

»Quedaba, sin embargo, íntegra la cuantiosa dote de Julia, porque el marqués, para dispo-

ner de ella, hubiera necesitado el consentimiento de su mujer.

»Y como con su mujer no queria nada el marqués, se abstuvo de recurrir á ella mientras pudo disponer de algun dinero.

»Al fin la necesidad fué apremiante.

»El marqués escribió á Julia anunciándola una visita suya.

»Julia le contestó, que puesto que era su mujer, no podia negarse á presentarse en el locutorio cuando él fuese á visitarla.

»Alentado con esta contestacion, porque esperaba una negativa, el marqués volvió á escribirla que estuviese dispuesta para seguirle, porque habia determinado, al fin, hacer con ella vida comun.

»Julia le contestó que aunque ella se encontraba completamente dentro de su vocacion en el convento, y para ella era una horrible desgracia salir de él, reconocia que como esposa debia obedecer la voluntad de su marido.

»El marqués se fué en coche el siguiente dia al convento, anunció su llegada y le introdujeron en el recibimiento.

»Era un convento de Comendadoras de Calatrava.

»Podian, por lo tanto, recibir gentes sin que se quebrantase la clausura.

»Hicieron esperar durante un cuarto de hora

al marqués, que entretuvo esta espera mirando de una manera demasiado viva y hablando con una libertad inconveniente con la portera, que era una hermosísima monja de treinta á treinta y cinco años.

»—Yo me consideraria muy feliz, señora,—habia dicho el marqués á la religiosa,—si mi mujer se pareciese á usted.

»—Pues ahí tiene usted á su esposa, marqués,—dijo sonriendo de una manera epigramática la portera, señalando al marqués una dama que, viniendo de la parte de adentro, acababa de entrar en el recibimiento.

»El marqués creyó que la madre portera se chanceaba.

»Acababa de presentarse, acompañada de la presidenta, una dama hermosísima y vestida con un lujo extraordinario.

»—¡Mi mujer!—dijo el marqués volviéndose á la portera;—eso seria demasiado.

»—La señora marquesa de Monterubio,—dijo la presidenta presentando á Julia, que traia de la mano.

»El marqués no daba crédito á sus ojos.

»¡Ay! para que yo al fin muriese de celos, se habia efectuado en Julia, en los veinte y un años que su marido se habia pasado sin verla, una completa trasformacion.

»Aquella niña enteca, pálida, verdinegra, fla-

ca, triste, angulosa, se habia convertido, á causa de un excesivo desarrollo, de un excesivo enblanquecimiento, en una mujer alta, esbelta, mórbida, voluptuosa, blanca, blanquísima, sonrosada; con los cabellos negros como la endrina, los ojos grandes, rasgados, ardientes, negros como el azabache y relucientes como el carbunclo.

»El marqués hubo de creer, en fin, que aquella hermosísima señora era su mujer, y anduvo tambien inconveniente en lo brevísima que hizo su visita á las monjas y en la prisa con que sacó á su mujer del convento.

«Y para que mis celos fuesen más crueles, aconteció que Julia, que no conocia otro amor que el amor de Dios, en cuanto conoció el amor del marqués se enamoró de él, enloqueció, declaró que si era bueno y santo el amor de Dios, el amor de las criaturas era tambien santo y bueno; envolvió en la magia de su voluptuosidad y de su locura de amor terrestre al marqués, y en el término preciso le dió un hijo, al que se puso por nombre Juan.»

Sofía no podia ya dudar: era hija del marqués de Monterubio; don Juan era su hermano.

—¡Oh! ¡más vale así!—dijo;—pero esto no quita el que yo escarmiente á mi señor hermano y le haga cumplir con su deber.

Sofía continuó la lectura.

«Tengo que acusarme de un gran pecado, que

espero me perdone la misericordia de Dios,—continuaba el manuscrito:—el nacimiento de Juan me colmó de alegría... porque Juan al nacer mató á su madre.»

Sofía se estremeció y frunció el bello entrecejo; en su semblante apareció una viva contrariedad: *su buena alma* no habia sido tan buena como ella habia creido.

Continuó la lectura, que decia así:

«Este pecado era disculpable; yo moria de celos.

»Dios me castigó: es verdad que yo no podia tener celos de Julia viva; pero me ví obligada á tener celos de Julia muerta.

»El marqués no salia del cementerio, y hacia que una gran parte del tiempo que pasaba allí le acompañase con el pequeño Juan su nodriza.

»Yo lo sabia todo esto por mis espías; sabia que el tiempo en que el marqués se creia á solas apoyado en la tumba de su Julia, lloraba á lágrima viva, y que el tiempo que no estaba en el cementerio, ó comiendo ó reposando, se lo pasaba de templo en templo, hecho de todo punto lo que se llama un raton de iglesia.

»Y no fué esto sólo, sino que, y como no pudiendo resistir su dolor, se fué á *Las Hermitas*, se introdujo con aquellos hermanucos, y se metió á anacoreta.

»El, que habia sido un demonio, se convirtió de dolor por la pérdida de la hermosura de una mujer.

»Yo habia esperado que una vez viudo el marqués...

»Pero le habia cogido el diablo por las orejas, y se habia consagrado á la penitencia.

»Yo me desesperé, y me estuve viajando dos años por el extranjero.

»Cuando volví supe que el marqués se habia cansado de *Las Hermitas* y de la penitencia, y se habia ido con una gitana de trece á catorce años, y no se sabia por dónde andaba.

»Era la última injuria que me faltaba: ¡posponerme á una gitana!

»Volví á mis viajes por el extranjero.

»En algunos años no volví á tener noticias del marqués.

»Volvió al fin, viejo ya y cansado; pero cargado de oro.

»Se habia procurado un alto puesto en Ultramar y habia hecho fortuna.

»Desempeñó sus rentas.

»Yo esperaba aún; pero de improviso me dijeron que el marqués habia contraido relaciones con una bribona, con una Dolores Borraja... Perdona, Sofía, esa bribona era tu madre: si Dios en la eternidad permitiese á las criaturas elegir padres para venir á la vida, tú no hubieras ele-

gido unos padres semejantes... sobre todo una madre.

»Tú sabes lo que tu madre era.

»Al fin sucedió lo que debia suceder.

»Tu madre dió en manos de la justicia.

»El marqués, que estaba ya muy viejo y muy quebrantado, que habia contraido una especie de locura de imbecilidad, y al que tu madre tenia hechizado, porque tu madre era bruja, se sobrecogió de tal manera, que sucumbió á un ataque de apoplegía fulminante.

»El marqués murió; pero el amor que yo le tenia no podia morir, y le sobrevivió.

»Yo llevaré este desventurado amor mio á la tumba.

»En cuanto á tí, quiero que sepas por qué te saqué del hospicio: no fué caridad, fué amor: el amor que yo sentia por tu padre; tú eras un vivo retrato suyo.

»Si encuentras alguna vez este papel, te convencerás de ello, porque junto á este papel dejaré yo el retrato de tu padre, que ha sido mi único consuelo, ó más bien mi desesperacion durante tantos años.

»¡Si tu hermano Juan se hubiera parecido á tu padre como te pareces tú!... Pero Juan se parece completamente á su madre: ¡le aborrezco! cada vez que le veo me parece ver á Julia.

»Hija mia, yo te amo con la misma intensi-

dad con que amé á tu padre; te amo más, mucho más que si fueras mi hija: tú mantienes vivo y ardiente ante mí el fantasma de mi amor.

»Cuando yo muera me heredarás, y el excelente don Francisco de Valcárcel cuidará de tí.

»Si yo no rasgo este papel, si tú le encuentras, cuando le leas yo habré muerto. Pues bien, hija mia; en el momento en que leas estas líneas, recibe el amor de mi alma desde la eternidad.»

Sofía inclinó la cabeza sobre el pecho como agobiada bajo el peso de esta lectura.

Su buena alma no le parecia ya tan buena como antes.

Veia claro que lo que habia hecho por ella no habia sido caridad, sino sensualidad.

Sin embargo, continuaba amándola.

¡Cuesta tanto despertar de un hermoso sueño!

Sofía alzó al fin su hermosa frente, radiante de valor y de pureza.

En la lúcida mirada de sus magníficos ojos aparecia una expresion, que demostraba que Sofía habia tomado su partido.

CAPÍTULO XIII

La tutora y la pupila

Hacia muy poco tiempo que Sofía acababa de leer aquella especie de *Memorias de ultratumba*, cuando apareció doña Genoveva trayendo á remolque á doña Mónica.

Esta no aparecia muy tranquila.

Cuando se quedaron solas, Sofía dijo á doña Mónica:

—¿Quiere usted tomar algo, mi querida tutora?

Sofía sabia cuánto le gustaban á doña Mónica un par de copas de Jerez con mostachones de Málaga.

—Vamos, vamos, no disimules, chiquita,—dijo doña Mónica;—tú estás pálida é irritada, y

maldito si te importa el darme gusto ó no, y yo estoy que hecho los bofes.

En efecto, doña Mónica echaba fuego por los ojos, y disimulaba muy poco el ódio que sentia contra su pupila.

—¡Qué mes, Dios mio, qué mes! ¡Un mes que no le veo! ¡Como si una no tuviera corazon!

Sofía se irritó.

Desde el primer momento doña Mónica la habia parecido antipática y repugnante: ahora la encontraba insoportable.

—Sí, sí,—dijo;—creo que lo mejor será quitarse las caretas.

—Quitémonoslas en buen hora,—dijo con acento de acometividad doña Mónica;—desde que llegaste de Córdoba, desde que él te vió, se acabó mi felicidad...

—Hable usted más bajo, mi querida tutora,—dijo Sofía:—papá está en casa; puede venir á verme, oir, irritarse, y de la misma manera que sacó á usted del gobierno civil, puede volver á meterla á usted en él.

Doña Mónica sintió todo el peso de la observacion, y se mordió los labios.

—En fin, bueno,—dijo;—ni aun tiene una derecho para quejarse: hay necesidad de sufrir un despojo inícuo; el capital triunfa... ¡y aun hay quien se espanta de la Internacional!

—Sí, sí; pero más bajo, ¡por Dios!—dijo So-

fía;—yo sentiria que usted tuviese un disgusto; sobre todo, yo no entiendo nada de lo que usted dice.

—¡Me le has quitado!—exclamó con acento melodramático la bruja.—¡Me le has quitado, sí, y yo me siento herida de muerte en las entrañas!

—Pero ¿qué es lo que yo la he quitado á usted?—preguntó con extrañeza Sofía.

—¡Él!—dijo doña Mónica, exhalando en aquel monosílabo la mitad de su alma por lo ménos.

—¡Él! ¿Y quién es él?—preguntó con una creciente extrañeza Sofía.

—¡Él!—repitió doña Mónica.—Pues qué, ¿no sabes tú quién es él? ¡Él! ¡mi Frasquito! ¡mi Quitapenas!

—¡Quién!—exclamó Sofía;—¿aquel záfio, aquel grosero, aquel canalla que estaba con usted en el café Imperial la noche que yo llegué á Madrid?

—¡Qué disimulo! ¡Záfio, grosero, canalla, y te estás muriendo por él!

—¡Yo!

—Sí, y si no te mueres todavía, te morirás muy pronto; ¿pues hay mujer que resista á sus ojos cuando los entorna, y á su labia cuando *joniaba*? ¡Y aquel lunar con pelo que tiene en la megilla derecha! ¡Ay, Dios mio! ¡Y pensar que tú me has quitado toda esa gloria de mozo!

—Usted está loca, Mónica,—dijo Sofía,—y es

necesaria toda la preocupacion de ánimo que me domina para que yo no suelte la carcajada; podrá suceder muy bien que ese *lindo de planta baja* se haya propuesto, respecto á mí, alguna necedad; esté usted tranquila, que yo no la quitaré á usted su Quita-penas.

—¿De veras, hija mia?

—De veras; yo estoy enamorada de otro...

—¡Ay, te creo, te creo, porque necesito creerte, hija mia! ¡No sabes tú lo que yo peno! ¡Escarmiéntamelo, hija de mi alma, escarmiéntamelo, á fin de que aburrido vuelva al redil!

—Bien; pero servicio por servicio, Mónica.

—¡Dos veces me has llamado ya Mónica! ¡Como si te costara trabajo decir mi querida tutora! Bien, bien; no reparemos en pelillos: vamos á lo que importa; ¿qué quieres? ¿que te eche las cartas?

—No, mi querida tutora, no; las sé yo echar tan bien como usted.

—¿Quieres tal vez un bebedizo ó una salutacion para que ese á quien tú quieres te quiera?

—Ese á quien yo quiero está loco por mí.

—Pues entonces, ¿qué quieres, hija mia?

—Quiero saber por qué va acompañada de usted al Circo de Price una de las doncellas de casa, con traje y alhajas superiores á su posicion.

—¡Ah! ¡la Clarita!...—dijo algo confusa doña

Mónica.—Pues bien; la Clarita va á mi casa, porque es su punto de reunion con otra persona.

—¿Y qué persona es esa?

—¡Oh!... ¡Cuando se confia un secreto á mi lealtad!...

—¡Mónica, que no espanto á Quita-penas!

Se estremeció doña Mónica.

—Voy á hacerte una confesion, hija mia,—dijo doña Mónica;—pero es necesario que antes me perdones: ¡ya se ve! ¡yo estaba irritada contra tí! Yo te creia mi enemiga, y tomé parte en la conspiracion.

—¡Conspiracion!...

—Sí, conspiracion contra tí.

—¿Conspiracion de quién?

—Del marqués de Monterubio, de Quita-penas, de Clara, de Amalia, de Eugenia y mia: el marqués está empeñado por tí; ha apostado con sus amigos que te hará su querida: Quita-penas dice que ha de volverte loca para tragarse tus millones; y Clara, que se desvive por el marqués, y á quien el marqués da más que lo que puede; y Eugenia y Amalia, que están enredadas con otros dos bribones, se han comprometido á introducir al marqués una noche en tu casa.

—¡Oh!...—exclamó con un acento indefinible Sofía.—¿Y á qué se vale de eso el marqués, si yo le amo?

—¡Que le amas! ¡es ese el hombre á quien tú amas, Sofía!

—Sí, con toda mi alma: debo amarle á pesar de todo; pero este amor es imposible: yo no puedo unirme á un hombre semejante que corre detrás de todas las mujeres, y que lleva consigo la deshonra y el escándalo.

—Pues, hija mia,—contestó sériamente doña Mónica,—yo creo que tú puedes hacer lo que quieras del marqués; además de eso, yo te lo arreglaré y te lo pondré suave como un guante.

—No, mi querida tutora, no: yo quiero antes escarmentarle; por supuesto, que yo creo que usted tendrá más cariño que á nada á algunos miles de duros.

—Por supuesto, hija mia; ¿pues y á qué estamos? Calcula tú que despues de largos años de disgustos y compromisos tengo que continuar trabajando, porque todavía no he podido hacerme una renta para asegurar el garbanzo; ¡qué fatiga, señor! ¡Y luego la vejez y el hospital!

—Mi querida tutora, es necesario que la intriga que mi queridísimo marqués urde contra mí se vuelva contra él; es necesario que usted me avise de todo lo que contra mí se fragua, y que esto sea á tiempo.

—Te avisaré.

—Por supuesto, ni una palabra á Clara, ni á Eugenia, ni á Amalia.

—Ni una palabra, descuida; ¿y cómo podremos vernos?

—De una manera muy sencilla: me envia usted á Sofronisa para ponernos de acuerdo acerca de dónde nos podemos ver.

—Pues bien, hija mia, allá va mi primer aviso: no bebas nunca del agua que deja en tu dormitorio por la noche Clarita, aunque veas el agua muy clara en la botella.

—¡Oh! gracias, mi querida tutora: estimo en lo que vale ese aviso, y como yo nunca agradezco á secas, voy á darla á usted algo para que lo conserve en memoria mia.

Y levantándose y abriendo un gran joyero antiguo de pórfido rojo con preciosas incrustaciones, un joyero que se remontaba á los tiempos de la reina Cleópatra, tomó de él una magnífica pulsera, enriquecida con diamantes y esmeraldas, y la dió á doña Mónica.

A esta se le entumecieron los ojos, más por el valor que por la belleza de la alhaja, y exclamó:

—En efecto, esto vale más que Quita-penas,—dijo doña Mónica.

—Pues bien, mi querida tutora, adios y hasta otro aviso.

—Me parece que no tardará, hija mia, porque los galanes se impacientan; adios, querida niña, y hasta la vista.

Doña Mónica salió.

Sofía permaneció durante algunos segundos abismada en sus pensamientos, y luego se fué á buscar á Leoncia, por la que habia contraido un afecto de hermana.

CAPITULO XIV

De como un Tenorio que ha burlado á una mujer puede desconocerla, hasta el punto de enamorarse de ella, siete meses despues

En efecto, nuestro moderno Tenorio estaba gravísimamente empeñado por Sofía.

Habia recurrido á todos los medios, hasta al de perderse durante algunos dias, creyéndose amado y apasionado de nuevo de repente.

Cuando apareció nada vió en Sofía diferente de lo que habia visto hasta entonces; una mirada ambígua, y nada más: su experiencia dijo entonces á don Juan que aquella mirada podia ser muy bien de amor y muy bien de burla.

¿Quién, por experimentado que sea, puede traducir fácilmente la mirada de una mujer?

El sorprendido fué don Juan.

Habia ido á caballo á la Castellana seguro de que encontraria allí á Sofía.

La encontró, en efecto, á la primera vuelta.

Sofía iba en una carretela con Margarita y con Leoncia.

Las tres vestian de rigoroso luto; pero con todo el lujo, con toda la elegancia que el lujo permite.

Don Juan se habia olvidado de Leoncia, y no la reconoció.

Verdad era que sabia que doña Isabel y su familia habian sido amparados por Sofía, y que una jóven de luto, acompañando á Sofía, rubia y con los ojos azules, no debia ser otra que Leoncia.

Pero la sorpresa no deja lugar al raciocinio.

El raciocinio sobreviene cuando la sorpresa ha pasado.

Hay sorpresas que suspenden de tal manera el espíritu, que llegan á aturdirle.

Don Juan no habia visto á Leoncia desde siete meses antes, desde la fecha de la catástrofe del pobre don Cristóbal.

En aquellos siete meses, la desgracia, el amor desesperado, el remordimiento, habian trasformado completamente á la niña inocente y alegre en mujer séria, grave, melancólica.

Una nube sombría, que aumentaba su belleza dándola una especie de majestad, aparecia en

la tersa y blanquísima frente de Leoncia: en el fondo de sus grandes y límpidos ojos azules se veia algo indefinible, algo que lucia de una manera misteriosa; su boca, su pequeña boca, de frescos y húmedos labios, tenia una irresistible contraccion melancólica, la del sufrimiento resignado: rebosaba una gran pasion muda de todo el sér de Leoncia.

Se habia además desarrollado de una manera magnífica: los tres meses que habia pasado cuidada por Sofía, alentada por ella, confortada por aquel efublio candente, y aún pudiéramos decir que vivificador, que emanaba del alma de Sofía; asistida por un admirable médico: todo esto habia ahuyentado la enfermedad de Leoncia, que más que otra cosa era miseria. Leoncia habia engruesado, Leoncia se habia trasformado; en fin, de lo que habia sido no la quedaban más que las líneas generales, y aun así modificadas por una mayor turgencia, por una mayor frescura: la belleza de Leoncia habia llegado á lo magnífico.

El desarrollo moral de la mujer se habia efectuado en Leoncia en siete meses.

El desarrollo físico en dos.

Hay naturalezas dóciles; naturalezas que obedecen á las impresiones, á los cambios de situacion, á la variacion de climas, á los medicamentos, á los alimentos, de una manera maravillosa.

Que se trasforman completamente con suma facilidad; naturalezas impresionables y absorbentes con una sensibilidad exquisita.

Don Juan no reconoció á Leoncia.

Al verla se puso pálido de emocion, y apenas si pudo reparar en Sofía.

Creyó que Leoncia seria una amiga de esta.

Por la primera vez de su vida, don Juan sintió por una mujer esa impresion poderosa, que al poco tiempo, ayudada por la razon, se convierte en una pasion.

El vanidoso Tenorio se convirtió en uno de aquellos á quienes él llamaba tontos, que han nacido para enamorarse hasta hacerse esclavos de una mujer.

Añádase á esto, que si don Juan no habia reconocido á Leoncia, Leoncia le reconoció en el momento en que le vió; se puso letalmente pálida, á seguida extraordinariamente encendida, se la contrajo el semblante, miró frente á frente á don Juan, partió de sus magníficos ojos una mirada de desprecio, de ódio, de cólera, de altivez, todo á la vez, y á seguida apartó la mirada para fijarla en las personas que iban en los carruajes inmediatos al de Sofía.

Esta habia absorbido sin perder un detalle aquella rápida situacion, y la habia comprendido.

—¡Magnífico!—exclamó para sí al comprenderla.

En cambio, como don Juan no habia reconocido á Leoncia, como habia visto en ella una mujer completamente formada, que le habia parecido, por lo ménos, de veinte años, no habia podido comprender lo que habia pasado por el semblante y por la mirada de Leoncia.

—¡Bah!—dijo con despecho;—he dado un mal paso; la he mirado con descaro y se ha ofendido: ¡poder de Dios y qué criatura! Me parece á mí que si ella me quisiera, me habia acabado yo para el mundo: ¡qué ojos! ¡qué cabellos! ¡qué garganta!... ¡Poder de Dios!... ¿y la otra? no puede decirse que la hermosura de la desconocida perjudica á la de Sofía: Sofía es admirable; pero la desconocida es mi tipo, el tipo soñado por mí, el tipo completo. ¡Y ha amado! ¡poder de Dios! ¡conoce ya las historias del corazon! su melancolía lo dice:—¿Y quién, quién habrá tenido la fortuna?... esta es una contrariedad: las mujeres no aman más que una vez; estas hermosas espléndidas son muy difíciles de enamorar, están enamoradas de sí mismas, y no encuentran nada digno de su egregia hermosura; cuando se enamoran enloquecen, y el segundo que llega las encuentra duras como un guijarro; la manera que ha tenido de contestar á mi primera mirada no ha podido ser más significativa, ha sido lo

mismo que darme con la puerta en las narices: pues bien, mejor: ¡lo difícil es lo que honra! Es un fastidio que ya haya querido á otro; pero en fin, ¡qué se le ha de hacer! el ser amiga de la otra complica un tanto el negocio; y bien ¡las dos! esto me colocará como reputacion á una altura envidiable; es necesario que antes de que se acabe el paseo esa maravilla me mire de otro modo.

Pero Leoncia no le miró de ninguna manera, ni dió muestra alguna de que ponia cuidado en no mirarle: no aparecia tampoco enojada; por el contrario, charlaba y reia con Sofía, y se dejaba ver de don Juan bajo otra faz, que acabó de enloquecerle.

Veia en ella candor: aspiraba un no sé qué de atmósfera de pureza en Leoncia.

Y era que la pobre inocente no habia perdido la virginidad de su alma.

Como don Juan daba muy poca importancia al alma, no podia compaginar sus observaciones.

Se aturdia, se mareaba, se enamoraba y se irritaba á la par.

Si Leoncia no le miraba, Sofía le miraba con una sutil expresion sarcástica.

Parecia provocarle.

Y á veces Sofía le dejaba ver una mirada de amor; pero de un amor que no comprendia bien don Juan.

—¡Mentira!—murmuró al fin:—á las mujeres

no las entiende nadie; el que más las mira ménos las ve.

En vano don Juan hizo que su caballo se inquietase, hasta el punto de que casi fuese á chocar con la carretela de Sofía.

En vano apeló á todos los recursos imaginables para llamar la atencion á Leoncia.

Leoncia le veia; pero no le miraba.

Leoncia permanecia impasible.

—¡Oh!—exclamó Sofía;—vale más, mucho más de lo que yo habia creido: es necesario convertir á mi hermano y hacerla á ella feliz.

CAPITULO XV

De como puede armarse á un Tenorio una trampa de lobo

La carretela de Sofía salió de la Castellana á la caida de la tarde.

Don Juan se volvió á su casa despechado; cambió de traje, y se fué á comer al Casino.

Algunos Tenorios de segundo órden que le reconocian como jefe y le respetaban, le acometieron.

Empezaban á faltarle al respeto.

Sofía se habia puesto muy á la moda: habia excitado á todos los Tenorios de paseo, de calle y de salon, y á muchos que no eran Tenorios, sino pobres diablos, segun decia don Juan, y este se habia jactado por todas partes de que la hermosa *Dama negra* (recuérdese que así por su luto se llamaba en los círculos elegantes) le dis-

tinguia y acabaria por favorecerle públicamente sin temor alguno, enloquecida de amor.

Pero como no se veia nada de esto, empezaba á dudarse de lo invencible de don Juan.

Sus discípulos y sus admiradores se le atrevian.

En la mesa redonda le dieron un *jabon*, que le pusieron verde.

—Pues bien,—dijo, ya en el colmo del empeño;—uno de cuatro mil á que antes de un mes se me ve cenando á las tres de la mañana en el Colmado con la *Dama negra*, y otro igual á que dentro de mes y medio se abofetean por mí la *Dama negra* y la *Dama de oro y nácar*.

Se habia reparado en Leoncia, y ya se la habia puesto nombre.

En todos los salones de Madrid y al rededor de muchas mesas de café, debia dar pábulo á la conversacion, sin saberlo la *Dama de oro y nácar*, el nuevo astro que acababa de aparecer en el firmamento de la Castellana.

Se aceptaron las apuestas, se las formalizó.

A las ocho y media, el marqués entraba en su berlina, y se hacia conducir al número 27 de la calle del Molino de Viento.

Clara estaba irritada.

De tal manera la habia camelado don Juan para hacerla servir á sus propósitos, que la habia puesto sobre sí.

—Sacrifíquese usted por un hombre,—exclamó en cuanto entró;—comprométase usted por él para sufrir estos plantones, y reciba usted luego cartas como esta, que cantan en la mano.

Y Clara sacó de un bolsillo de su falda de raso verde con adornos negros, una carta arrugada.

—¿Carta de quién?—preguntó el marqués.

—De don Ruperto, hijo mio,—contestó Clara;—toma y recréate: hay para todos, hasta para tí.

Como se ve, Clara trataba con cuanta confianza era posible á don Juan.

Como que este la habia jurado que en cuanto humillase la soberbia de Sofía, Clara seria su esposa.

¡Ser marquesa! Esto era para desvanecerse.

Sin embargo, Clara, que tenia motivos para no fiar mucho en palabras de hombres, y que estaba por lo positivo, habia hecho sudar al marqués para aquel lujo que habia asombrado á la sobrina de doña Genoveva.

Don Juan tomó la estropeada carta que le daba Clara, y que no estaba escrita en el papel más fino ni con la mejor letra; pero en cambio era breve y compendiosa.

«Mala hembra, decia; el castigo que tú y tu señorito mereceis por la villanía infame con que habeis hecho fuego de través sobre mi bate-

ría cuando pasaba para daros caza, no se quedará sin castigo; ya os he formado consejo de guerra, y os he sentenciado á la última pena. A tí te voy á rajar, y á tu señorito le voy á desollar. Me he encontrado al salir del hospital, de donde me han soltado con siete puntos en la cabeza, con que mi brigada habia marchado á Zaragoza, donde se temen jaleos, y no tenia más remedio que ir á incorporarme á ella. ¡Mala bomba con el servicio! Pero Zaragoza está cerca: un dia pido licencia ó me escapo, y me basta con media hora para abrirte á tí en canal y para cortarle la cabeza á tu caballero. Adios, adorada prenda mia, hasta la vista. Tu amante que desea acariciarte

RUPERTO BOTAFUEGO.»

Este Botafuego no era apellido, sino apodo, que por lo tremendo habian puesto en la batería al primero don Ruperto.

Él le habia aceptado, y le usaba confidencialmente cuando escribia.

Algunas veces se le escapaba en las distribuciones y en el libro maestro, lo que le valia una fuerte reprimenda de su capitan, que sin saberlo, era conocido en la batería con el apodo de capitan Coraje.

—¡Bah!—dijo don Juan;—tu sargento es tan bárbaro, que hay que temerlo todo de él. Pero

¿de qué me servirian mis relaciones, si no pudiera yo conseguir le enviasen con ascenso á Ultramar?

—¡Ay, Juanito, por el amor de Dios no te descuides!—exclamó Clara;—mira que cuando ménos lo esperemos tenemos encima á don Ruperto, y sólo pensar en esto es morirse. Mira que es un gallego que lo que dice lo hace, y aun lo que no dice; y como encuentre dos dedos de luz nos despampana, hijo mio, y nos liquida.

—Pues por lo mismo,—dijo el Tenorio,—es necesario acabar cuanto antes con nuestros asuntos.

—Pues dinero y á casarse, niño,—dijo Clara.—¿Y qué más puedes tú desear? ¡Llevarte una hembra como yo, la muchacha más hermosa de Madrid y de sus alrededores, y aun de toda España, segun el voto universal de todo el mundo, y tan fina y tan elegante! ¡Y que no sabré yo hacer la marquesa!... Pero te estás haciendo el reacio, chiquito; la modista me abruma con las cuentas y tú te haces el sueco. Me estoy pereciendo por un collar de oro con relicario, y por una miseria, por cuatro mil reales, me estás dejando con la gana. Te aseguro que esto no puede continuar así. Se me hacen proposiciones, hijo mio, porque al fin una hembra como yo... Es necesario que yo sepa á qué atenerme. Que se te quiten aprensiones, hijo, porque conmigo no vale el ser don Juan Tenorio. A más de esto, que don

Juan Tenorio gastaba con sus queridas como un desesperado. ¡Por supuesto! pues ¿á quién se le ocurre que una real hembra va á dedicarse absolutamente á nadie por su buena cara? Mira que á mí no me gustan los lilas, Juanito, y ya que yo me expongo y te soy fiel, agradécelo de manera que se conozca, hijo mio, ó si no acabaremos mal; porque le pido perdon á mi Ruperto, que se tragaba para mí su batería con cureñas y todo, y se lo cuento todo á la señorita.

—¡Mujer, mujer!—exclamó asustado don Juan;—tú no harás eso, porque yo me encuentre un poco apurado: esto es transitorio; si yo no gano una apuesta en que me he empeñado, me pongo en ridículo, me concluyo; tengo que emigrar.

—Pues eso es; y cuando yo te haya servido, cuando hayas triunfado, cuando hayas ganado tu apuesta, todo el mundo dirá: «¡Oh! el tremendo marqués; no hay mujer que le resista.» Hijo mio, tú te pareces á esos cazadores que salen á pasear la escopeta y el perro, y sin haber logrado matar ni un pobre gilguero, vuelven con el morral lleno de caza; cazadores de bolsillo, charol. Hombre, quita allá, que me das asco. ¡Vaya un Tenorio! y que una que es una mujer de mundo, que corta un pelo en el aire, quiera á estos tunos, ¡vaya una farsa!

—¡Válgame Dios, mujer,—exclamó el marqués,—y qué mala yerba has pisado hoy! Hace cuatro dias te dí diez mil reales.

—¡Anda, anda!—exclamó Clara;—¿y dónde están ya los diez mil reales? ¡Como si se pudiera hacer nada con diez mil reales! No más que con entrar y salir en casa de madama Elena, los diez mil reales se van á pique. Me he comprado un traje de disposicion elegantísimo, á la alta moda, distinguidísimo, que con sus cabos correspondientes, cuesta ocho mil reales; un dia de estos me lo pondré para que vayamos á dar una vuelta, para que me luzcas, bribon, para que digan: «¡qué bonita es la novia del marqués de Monterubio! ¡qué bien que la lleva! ¡al reló!» Pero me hace falta indispensablemente un collar de oro con relicario para completar mi *toilette*.

El marqués sudaba.

Clara le espantaba, se le convertia en un espectro siniestro.

Aquello era el pozo *Ayron*.

Clara le habia cogido por primo; le devoraba y no le servia.

El bolsillo de don Juan estaba en las últimas, dando las boqueadas.

Hacia ya algunos dias, á tal habia llegado su penuria, que almorzaba y comia y fumaba sobre su palabra en el Casino.

Clara, despues de haberle chupado sus últi-

mos recursos, estaba á punto de echarle á perder su negocio.

¿Y adónde iba á ir á parar su reputacion?

¿Qué iba á ser de él si perdia la esperanza de comprometer á Sofía y restaurar su fortuna por medio de sus millones?

La situacion era grave, y se agravaba además por la pasion que el marqués habia cogido por la *Dama de oro y nácar*, esto es, por Leoncia.

—Pues mira, Clara,—dijo el marqués;—la verdad es que yo no te he dado más dinero, porque veo que me estás mareando.

—Muchas gracias, caballero.

—Emprimándome.

—Todo lo que usted quiera; es usted muy fino.

—En resúmen,—dijo don Juan,—yo daré á usted otros diez mil reales; pero será despues de que usted me haya procurado el logro de mi negocio.

—¡Bonito! ¡retebonito! ¡al pelo! ¿Es decir, que con esos diez mil reales me habrá usted dado la miseria de cincuenta mil para regodearse con la posesion de una buena hembra y de un hermoso patrimonio? ¡Pues habria yo hecho un buen negocio! ¡Ni el cuartillo por cien mil, cariño! Vamos, usted está acostumbrado á gangas, y la verdad es que usted no se ha formalizado conmigo. Hágame usted pagarés por veinticinco mil du-

ros, y para hacer boca déme usted mil duros contantes y sonantes, y le entrego á usted la señorita.

—Si te doy los pagarés no me entregas nada.

—¿Y de dónde iba yo á cobrarlos? ¿Que garantías tiene usted? Me parece á mí que se va usted *enlilando* de una manera lastimosa. Usted tiene por garantía mi propio interés: asegure usted el mio, y la cosa está hecha; y aunque se case usted con la señorita Sofía me importa poco: en teniendo yo veinticinco mil duros y con mi palmito, no me ha de faltar un marqués tronado, y si se me pone en la cabeza, un duque que se case conmigo. Conque *loben*, Juanito, mucho *loben*, y ya verás tú qué bien anda el negocio.

—Convenido,—dijo don Juan;—pero ten muy en cuenta que yo no te doy esos pagarés sino cuando me hayas entregado redondamente á Sofía.

—Te la entregaré dormida, aletargada; pero ten entendido que si allí mismo no me firmas tú los pagarés, doy voces de ladrones, y te agarran y te meten en la cárcel y vas á presidio; y que tengo que aletargar tambien á la otra, cariño, porque se tratan como dos hermanas, y duermen en un mismo cuarto. De manera que te las entrego las dos: ¡qué gloria para tí! ¡Qué don Juan Tenorio! ¡Y feilla que es la rubia! ¡bendito sea Dios qué criatura!

Me gusta más, mucho más, infinitamente más que la señorita Sofía, y si yo fuera hombre y tuviera millones, con la rubia me los gastaba, y si no me queria me ahorcaba. ¡Quéjate, quéjate luego de mí! pero por supuesto, Juanito, si mañana á estas horas no me das mil duros, yo no hago nada; pero si me los das, pasado mañana á la noche ganas tu apuesta, niño.

—Convenido,—dijo fuera de sí don Juan, más por el pensamiento de Leoncia que por el de Sofía.

Estaba loco de amor por aquella pobre criatura que siete meses antes habia burlado, y á la que no habia reconocido al verla de nuevo.

—Y díme tú,—añadió,—¿esa señorita rubia es parienta de Sofía?

—Sí, por Adam y Eva,—contestó Clara.

—¿Cómo va de luto?

—Va porque ella ha tenido tambien muerto en su familia. ¡Si tú la hubieras visto hace tres meses cuando fué á casa! ¡moribunda, hijo, moribunda! Yo creí que no duraba dos horas: su madre y sus hermanos estaban poco ménos que ella, apenas si podian tenerse de pié: los habia recogido la señorita Sofía, que es muy caritativa.

Se le revolvió toda la sangre á don Juan, y se puso pálido como un muerto.

—¿Cómo se llama la rubia?—preguntó con la voz trémula.

—Leoncia,—contestó Clara, mirando fijamente, á causa de su conmocion, á don Juan.

—¿Y su madre?

—Doña Isabel.

—¿Y sus hermanos?

—El niño Perico, la niña Anita.

—¡Imposible, no, imposible!—exclamó don Juan.—¿Una tal trasformacion?...—¡No, no puede ser!

—¡Ay, ay, hijo mio! tú no sabes lo que es la señorita Sofía para cuidar á las gentes; parece que Dios ha bendecido sus manos: entró la niña en casa como una pavesa, agonizando; ya te lo habia yo dicho; sólo que como no hemos hablado más de ella, porque no nos importaba para nada, no he podido decirte lo que ha ido sucediendo: vino agonizando, y á los ocho dias estaba perfectamente fuera de peligro; al mes habia ya echado buen color, y estaba ya un poco gordita; y despues, hijo mio, como la espuma ha dado el estiron, y ha embarnecido; ha crecido lo ménos cuatro dedos, y se ha hecho toda esa real hembra. Vamos, tú has conocido á esa antes, cuando se la comia el hambre, y de un hambriento á un harto hay la misma diferencia que pel dia á la noche. ¡Calla! ¡pues es gracioso! tal vez sea la señorita Leoncia lo que tú más conozcas en el mundo; sólo qué, hijo mio, la has cogido en el cambio, hecha una potranca, y la has

perdido de vista cuando ha dado el cambionazo.

—Cuenta mañana á la noche con los mil duros, Clara,—dijo don Juan, que se habia repuesto y habia tomado una actitud de reserva,—y pasado mañana á la noche el negocio.

—Convenidos, si llevas los pagarés y los firmas.

—Por supuesto, chiquilla.

—Oye, para extender los pagarés, no te olvides de que yo me llamo Clara Siempreviva y Aguafuerte.

—Ya lo sé, mujer, ya lo sé, y no se me olvidará. Ea, vamos á dar una vuelta y á cenar en los Andaluces, que quiero lucirte: estás divina.

—Anda, bribon, tunante,—dijo Clara;—yo no sé cómo te las compones, que siempre te sales con la tuya.

Salieron.

A las doce y media de la noche, cuando doña Mónica cenaba agradablemente un *beefsteack* con patatas en el Imperial junto á su Quita-penas, con el cual habia celebrado un armisticio, el marqués, libre ya de Clara, que se habia ido á mudar de traje casa de una amiga, se acercó á ellos.

—Doña Mónica,—la dijo,—necesito hablar con usted.

—Sí, ya sé,—dijo doña Mónica;—usted nece-

sita mil duros: cuente usted con ellos. Vaya usted por ellos mañana á las tres á casa.

—Bien, gracias,—dijo el marqués, asombrado de la facilidad con que doña Mónica se prestaba á soltar mil duros sin más garantías que el negocio entre manos.

Frasquito habia puesto mala cara.

—Se trata del negocio, Paco,—dijo doña Mónica, que no queria echar á perder de nuevo su buena armonía con Frasquito, conquistada no sabemos á costa de qué sacrificios.

—¿De qué negocio?—dijo Frasquito, pasándose la mano por el bigote y por la perilla, entornando los ojos y mirando de soslayo, lo cual era en él una indicacion de amenaza.

—¿De qué negocio ha de ser?—se apresuró á decir doña Mónica toda asustada:—del negocio de Sofía.

—¡Ah, ya!—dijo Frasquito, desarmándose un tanto.—¿Y el negocio es tan seguro que se puedan arriesgar mil duros?

—¡Vaya! ¡cuando yo me meto en él!...—dijo doña Mónica.

A estas palabras nada habia que contestar.

—Pues yo tengo parte en ese negocio,—exclamó Frasquito con un acento lleno de codicia.

—Pues por supuesto, hombre,—dijo el marqués,—se cuenta contigo; tú eres de todo punto necesario, y hay que convenir en lo que hay que

hacer: por ejemplo, nada haríamos si no la sacáramos de su casa; si cuando volviese en sí no se encontrase en la mia... Es de todo punto indispensable que gane mi apuesta; y no Sofía sola, la otra tambien... En fin, tú y el otro estareis en el barrio de Argüelles cerca de la casa, con un carruaje de cuatro asientos y una escala.

—¿Y el sereno, gachó?

—Llevais un par de amigos listos, que entretengan al sereno y se lo lleven á la taberna.

—Corriente,—dijo Frasquito,—me parece bien; pero que no tengamos luego disgustos. Cuando tú la hayas comprometido y la hayas sacado el alma, me la pasas para que yo saque mi parte. Y tú déjate de celos, Mónica, que yo no quiero á ninguna mujer más que á tí, y de la señorita Sofía no quiero sacar más que algunos miles de duros, que nos hacen buena falta.

—Pues por supuesto, hijo, por supuesto: todo lo que tú quieras,—dijo doña Mónica.

El marqués se fué, andando de una manera vacilante.

—Va loco,—dijo Frasquito.

—Deja, chaval, deja,—contestó doña Mónica,—que el negocio es para nosotros.

. . . . . .

A la mañana siguiente doña Mónica fué á ver á su pupila, y la avisó de todo.

Sofía la dió cinco billetes de á cuatro mil reales para don Juan, otros dos para ella, y la hizo firmar un recibo por veinte mil reales para entregarlos al marqués de Monterubio.

CAPITULO XVI

Una catástrofe imprevista

Clara recibió en el plazo que habia exigido mil duros.

Al marqués no le dolian prendas: tenia la seguridad de indemnizarse.

Una vez comprometida Sofía, ¿qué habia de hacer más que casarse con él?

Don Juan no habia pensado nunca en casarse; pero el inmenso capital que debia aportar al matrimonio Sofía, merecia cambiar de opinion, resignarse, sacrificarse.

Un Tenorio casado no se comprende.

Pero las severas materialidades de la vida... No se puede vivir bien, *comm'il faut*, sin dinero, y sin mucho dinero.

Y luego Leoncia... pero Leoncia era pobre.

Don Juan no habia llegado ni aun á presumir la inmensa generosidad de las miras de Sofía y de sus padres adoptivos respecto á Leoncia y á su familia.

Sin embargo, Leoncia, á causa de su trasformacion, que la hacia parecer una mujer nueva para don Juan, le habia hecho sentir lo que jamás habia sentido por ninguna mujer.

¿Era aquello amor, amor completo, amor del alma y de los sentidos?

Don Juan se lo temia.

Habia visto á Leoncia una segunda, una tercera vez en la Castellana; á cada vez le habia parecido más elegante, más bella, más pura, más hermosa.

En la noche del dia en que la habia visto por tercera vez, debia tener lugar la traicion de Clara, el logro de los proyectos de don Juan.

Entre una y dos de la madrugada don Juan iria al barrio de Argüelles, acompañado de Quita-penas y de algunos otros pícaros; dejarian un coche de cuatro asientos cerca de los dos hoteles de don Francisco de Valcárcel; harian una seña convenida bajo los balcones del dormitorio de las dos jóvenes, que á aquella hora debian estar ya aletargadas; Clara abriria uno de los balcones y echaria una cuerda, á la cual los de abajo sujetarian una escala, que Clara subiria y aseguraria al balcon: mientras se

hacia esto, dos pícaros se llevarian al sereno á la taberna, algunos otros acecharian para avisar si sobrevenia un peligro; don Juan, Quita-penas y un ayudante de campo, por decirlo así, treparian por la escala, penetrarian en el dormitorio, cargarian con Sofía y con Leoncia desmayadas, las bajarian por la escala y las llevarian al carruaje, donde entrarian con ellas don Juan y Quita-penas, y las trasladarian á la casa del primero.

El barrio de Argüelles es solitario y apartado, y se presta á estas maniobras.

Clara cerraria el balcon y se retiraria en silencio á su cuarto.

Los trajes de casa de las jóvenes se los llevarian consigo los raptores.

Por la mañana, cuando las niñas no pareciesen, debia suponerse que se habian fugado.

Don Juan, á quien habian salido bien otras audacias mayores aún, confiando en su fortuna contaba con un éxito seguro.

Don Juan no habia tropezado nunca con una mujer como Sofía.

Sofía conocia bien á la gente del género de don Juan, y no la temia; esta parte de su educacion la debia á su madre.

Don Juan, ya lo hemos dicho, á causa de las dos veces que habia vuelto á ver á Leoncia, se habia apasionado más y más de ella.

La habia mirado, no ya como quien la desconocia, sino como quien la conocia demasiado: el resultado fué mucho peor: Leoncia le dejó ver, no ya desprecio y horror, sino ódio: esto habia sublimado la pasion de don Juan; ¿por qué era pobre Leoncia? El estaba arruinado: á duras penas habia podido obtener recursos para su intriga.

Don Juan se desesperaba: Leoncia le era necesaria para existir, y sin embargo, Leoncia no le convenia.

¡Oh, si él hubiera sabido que el mejor camino para obtener, despues de tanto desórden, una posicion digna é independiente, era Leoncia!

Las cosas hubieran tomado otro giro: el nauseabundo Tenorio habria sido convertido por el amor; pero era esclavo de su destino.

Llegó la noche en que debia tener lugar el rapto, una noche lóbrega y fria.

Todo estaba dispuesto: don Juan se impacientaba; no sin grandes celos de doña Mónica, Quita-penas se mostraba extraordinariamente inquieto.

Estaban reunidos en el café Imperial, y hablaban muy poco: los dominaba la gravedad de las circunstancias.

Cuando don Juan y Quita-penas se despidieron de doña Mónica para poner en ejecucion su proyecto, doña Mónica dijo para sí:

—Andad, andad, cariños; no sabeis la que os espera.

Doña Mónica estaba expuesta á perder á su Quita-penas; pero la generosidad de Sofía la indemnizaria cumplidamente.

Otro nuevo cariño con lunar, con pelo ó sin él, reemplazaria á Quita-penas en el corazon de doña Mónica, que estaba demasiado acostumbrada á estas mudanzas.

Eran las doce de la noche: en los hoteles de don Francisco de Valcárcel se habia recogido todo el mundo.

Sólo velaban Sofía y Leoncia, en su dormitorio, sentadas junto á la chimenea.

Se oian zumbar fuera, por largos intervalos, fuertes ráfagas de viento, y á veces este viento, penetrando por la chimenea, levantaba las pavesas en espirales.

Sofía sentia no sabemos qué opresion de corazon.

¿Amaba á don Juan? Sí; pero con un amor que ella no habia podido explicarse, hasta que por la lectura de las que podian llamarse *Memorias de ultratumba* de la condesa de Vallehumbroso, habia sabido que don Juan de Navalmorado, marqués de Monterubio, era su hermano.

Sofía, prevenida ya á los acontecimientos de aquella noche, se estremecia de tiempo en tiempo poderosamente.

El impulso, la simpatía de la sangre, la tenian inquieta por don Juan: sin embargo, es-

taba resuelta á escarmentarle, á convertirle, á casarle con Leoncia.

Habia sostenido con esta una larga conversacion acerca de don Juan; Leoncia habia sido completamente explícita con Sofía, y conmovida, llorando, se lo habia revelado todo.

—Pues bien,—dijo Sofía;—él te ama con toda su alma, te adora; no hay más que ver cómo te ha mirado esta tarde: es un hombre completamente convertido.

—¡Y mi padre! ¡y mi pobre padre!—exclamó llorando Leoncia;—por lo que á mí toca, podria perdonarle, podria volver á amarle, tal vez seria feliz con él; pero la horrible agonía de mi infeliz padre, la desesperacion de mi madre, la miseria de mi familia... ¡oh! esto no puedo yo perdonarlo, no; y si para esta clase de crímenes infames hubiera penas, yo apelaria á las leyes, y no cesaria hasta conseguir le llevasen al patíbulo.

—¡Pero tú le amas, Leoncia!

—No, te engañas: yo le aborrezco con toda mi alma: me horroriza como si fuera un reptil, y no comprendo cómo he podido sacrificarle mi honor y mi familia.

Sofía se convenció de que no mentia Leoncia, de que despreciaba y aborrecia con toda su alma á don Juan.

Leoncia, pues, tenia el alma noble y recta.

Esto aumentó el cariño que la tenia Sofía.

No insistió.

—Es ya tarde,—dijo Leoncia;—yo estoy muy fatigada: ¿quieres que nos recojamos, Sofía?

—Sí; pero antes yo tomaria de buena gana thé,—dijo Sofía.

—Y yo tambien,—dijo Leoncia;—creo que el thé me sentaria muy bien.

Sofía llamó á Clara y la mandó trajese un servicio de thé: la facilitaba los medios de cumplir con su compromiso: Sofía estaba prevenida; habia tomado un contranarcótico, de que la habia provisto su tutora, que habia dado el narcótico á Clara.

Clara trajo un servicio completo de thé, con agua hirviendo en la tetera.

Sofía la mandó retirarse.

Hizo el thé, sirvió á Leoncia, y se sirvió á sí misma.

Observó profundamente á Leoncia.

A los cinco minutos de haber tomado el thé, los ojos de Leoncia empezaron á cargarse.

—Vamos,—dijo;—me duermo.

—Pues recojámonos,—dijo Sofía.

Leoncia se levantó, se desnudó y se metió con cierto placer en la cama: Sofía se habia quedado al lado de la chimenea, y no notaba ni aun asomos del denso adormecimiento que habia acometido á Leoncia.

Esperó algunos momentos aún, y despues de

uno de sus bolsillos sacó un pequeño rewolver y le examinó; luego le guardó.

Se acercó al lecho de Leoncia, y la observó; dormia profundamente: la movió, y Leoncia no despertó.

Sofía se estremeció al sólo pensamiento de que su tutora no la hubiese revelado la traicion de Clara.

Pero era necesario no perder tiempo: Clara podia sobrevenir para cerciorarse de si Leoncia y ella se habian aletargado.

Sofía apagó las bujías que ardian sobre la chimenea, dejando únicamente encendida la lámpara de noche.

Se acostó vestida, conservando su rewolver, y se cubrió con las ropas del lecho.

Dió en aquel momento la una en el reloj de encima de la chimenea; poco despues se abrió la puerta del dormitorio, y Clara entró de puntillas.

Sofía la veia á través de sus párpados entreabiertos.

Clara avanzó, se acercó primero al lecho de Leoncia y la movió, sin que Leoncia despertase; luego se acercó al de Sofía, y la movió tambien; Sofía la pareció de igual manera inerte.

Salió de nuevo, y volvió á poco: Sofía vió que traia una cuerda; se dirigió al balcon y abrió sus maderas.

Entonces Sofía saltó rápidamente del lecho, y rewolver en mano se arrojó sobre Clara, que se volvió al ruido y se aterró á la vista del rewolver con que Sofía la apuntaba á cuatro dedos de la cabeza.

—¡Silencio!...—la dijo Sofía.

Clara temblaba.

Miraba con espanto á Sofía.

—¡Bebe, ó mueres!—la dijo Sofía, señalándole la tetera.

Clara no se atrevió á resistir; llenó una taza del thé que en la tetera habia quedado, y la bebió.

—Echate en mi cama,—la dijo Sofía, apuntándole siempre con el rewolver.

Clara, más y más aterrada, se acostó; Sofía la cubrió, y se quedó observándola: á los cinco minutos Clara estaba completamente aletargada.

Sofía la cubrió de nuevo; luego tomó una palmatoria, encendió su bujía en la lámpara de noche, salió, y fué á llamar á la puerta del dormitorio de Eugenia.

Esta se levantó.

—Vístete, y ven al momento,—la dijo Sofía de la manera más natural del mundo.

Eugenia no estaba en el secreto: se la habia creido inútil, y se habia prescindido de ella.

La pareció extraño el que su señorita hu-

biese ido á llamarla; pero se vistió y la siguió á su dormitorio.

—Sírvete una taza de thé, y bebe,—la dijo Sofía.

Eugenia, llena de extrañeza, y mucho más cuando notó que el thé estaba frio, bebió.

A los cinco minutos sus ojos se cargaron, vaciló, cayó sobre un sillon, y á poco se aletargó.

Entonces Sofía fué al lecho de Leoncia, la sacó de él, cargó con ella, la llevó al dormitorio de Eugenia, la acostó en el lecho, y volvió y puso á Eugenia en el lecho de Leoncia.

Luego tomó la cuerda que habia llevado Clara, apagó la luz de la palmatoria y la de la lámpara de noche, acabó de abrir el balcon, y esperó, puesto en la cabeza el pañuelo de seda, á manera de toca, que usaba Clara en la casa.

Daba en aquel momento la una y media.

Sofía se apercibió de un bulto que se paseaba por la acera de enfrente; al andar de aquel bulto sonaban espuelas y así como las anillas de un sable que chocasen contra una vaina de acero.

—¿Qué será esto?—exclamó Sofía.—¿A quién rondará ese militar? Esto es una contrariedad; tal vez ellos no se atreverán á acercarse.

Pero de improviso aquel bulto atravesó rápidamente la calle y fué á ocultarse entre la casa y una grieta, una especie de abertura formada

por el deslinde de la casa con un terreno que aún no se habia desmontado.

Lo que habia hecho que el rondador se ocultase, habia sido sin duda un carruaje que habia entrado por el extremo de la calle del Rey Francisco, por la parte de la calle de la Princesa.

El autor no sabe con qué nombre ha confirmado la revolucion estas dos calles: tanto da.

Tal vez el fugitivo habia creido que aquel carruaje era de la casa que rondaba, y habia evitado que le viesen.

Sofía vió que el carruaje se detuvo á alguna distancia y que de él salieron cuatro hombres, que avanzaron.

A Sofía la latia el corazon de una manera violenta: habia llegado el momento preciso de que su hermano, el audaz y vulgar Tenorio, recibiese una leccion.

A la luz del farol de la esquina, Sofía reconoció en uno de aquellos hombres, que venia algo avanzado á los otros, á don Juan, que se acercó, y viendo en el balcon abierto una forma de mujer con un pañuelo en la cabeza, dijo en voz baja, pero perceptible:

—¿Eres tú, Clara?

—¡Chist!—exclamó Sofía.

Y dejó caer la cuerda.

Don Juan tomó de debajo del brazo de Quita-

penas una escala, la desarrolló y ató su extremo al extremo de la cuerda.

—Tira y afianza bien,—dijo don Juan.

Sofía subió por medio de la cuerda la escala, y la afianzó al balaustre del balcon; luego se retiró vivamente, cerró la puerta del dormitorio, que era fuerte, y echó la llave.

No creyéndose segura aún, se fué al cuarto de Eugenia, adonde habia llevado á Leoncia, y cerró la puerta por dentro.

Entre tanto, don Juan, Quita-penas y otros dos habian subido por la escala y penetrado en el dormitorio.

El que se habia escondido en el foso causado por el desmonte, sacó la cabeza y miró al balcon: no podia determinarse su semblante; la luz del farol no llegaba á él.

—¿Dónde estás, Clara?—dijo con la voz trémula de miedo don Juan, que habia sido el primero que habia entrado en el dormitorio.

Nadie le contestó; repitió el llamamiento, y tampoco obtuvo respuesta.

—Se ha quitado de en medio,—dijo Quita-penas, con voz tambien temblorosa;—ha tenido más miedo que tú y que yo.

—Mejor,—dijo don Juan;—pero concluyamos cuanto antes.

Y buscó á tientas los lechos, y dió con el de Sofía.

—Aquí hay una,—dijo.

—¿Aletargada?—preguntó Quita-penas.

—Como un tronco,—dijo don Juan.

—Pues vamos á cargar con ella nosotros tres,—dijo Quita-penas á los otros.

Clara fué sacada del lecho: tan aturdidos estaban los ladrones, que no les extrañó el encontrarla vestida; la bajaron por la escala y la dejaron tendida junto á la pared.

Don Juan, entre tanto, habia dado con el lecho de Leoncia.

Eugenia fué sacada y bajada en el momento: volvió á subir Quita-penas con los otros.

Don Juan bajó el último.

Toda esta maniobra la habia visto el escondido en el foso; cuando don Juan tocaba al suelo, el escondido saltó de su escondite como hubiera podido saltar un tigre, é inmediatamente se oyó el ruido de un sable de caballería que se desenvainaba.

—¡Ah!—exclamó el que de una manera tan inesperada saltaba á la palestra.—¡Ahora no son más que cuatro!

Y descargó tal tajo sobre la cabeza de don Juan, que este vaciló, se sostuvo un momento, dió dos traspieses y cayó, dando con la cabeza sobre el cuerpo de Clara.

Quita-penas y los otros, que estaban ya bastante asustados sin que nadie se metiera con

ellos, cuando vieron aquel bulto encima y por tierra al marqués, dieron á correr como liebres espantadas: los del carruaje, que los vieron escapar, escaparon tambien; y el sargento don Ruperto, que él era, se encontró solo con tres cuerpos inertes delante de sí.

Celoso y sediento de venganza, habia pedido ocho dias de licencia, se habia venido á Madrid, y habia llegado aquella misma noche á las once y media, y se habia ido en mal hora á rondar el hotel por ver si veia por algun resquicio á Clara.

—¿Y qué hago yo aquí?—exclamó, volviendo sobre sí y envainando su sable:—ya me he vengado: sí, sí, es él; le he reconocido perfectamente cuando bajaba; no se me ha despintado, aunque no le ví más que aquella noche en que me dieron la paliza; nadie me ha visto: baterías á la derecha y largando.

Y don Ruperto ganó la calle de Mendizábal y se alejó á la carrera.

Poco despues Sofía recogia la escala: á haber habido luz, se hubiera visto que estaba pálida como un cadáver; desde la ventana del dormitorio de Eugenia habia visto lo que habia sucedido.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó.—¡Esto es demasiado! ¡Muerto tal vez! ¡Y no puede socorrérsele sin aventurar nuestro honor!... ¡Oh!

¡no, no! ¡Yo debo guardar acerca de esto un profundo secreto! ¡No puedo hacer otra cosa, Dios mio! ¡Y sobre todo, yo no tengo la culpa!

Cerró el balcon y encendió luz; luego avivó el fuego de la chimenea y quemó en ella, hasta reducirlas á cenizas, la escala y la cuerda.

Despues fué al dormitorio de Eugenia, y trasladó al suyo, y á su lecho, á Leoncia, que permanecia aletargada.

. . . . . .

. . . . . .

A la noche siguiente, los periódicos de la tarde insertaron en forma de gacetilla esta noticia, con pocas variantes:

«MISTERIO.—Anoche, entre dos y tres de la madrugada, uno de los serenos del barrio de Argüelles encontró junto á la casa del señor brigadier don Francisco de Valcárcel un sujeto gravemente herido con una profunda cuchillada en la cabeza, y que resultó ser el marqués de Monterubio; pero lo que da á este suceso cierto carácter de misterio, es que se encontraron junto á él dos jóvenes, á las que al principio se creyó desmayadas; pero que despues se vió estaban aletargadas: tanto el marqués como las dos jóvenes fueron trasladados al inmediato hospital de los Paules; el marqués da muy pocas esperanzas de vida, y aunque pudiera declarar, se ha encerrado en la más absoluta reserva: en cuanto á las

jóvenes, han resultado ser doncellas de la servidumbre de don Francisco de Valcárcel, y declaran que ellas no saben cómo han podido ser encontradas aletargadas en la calle: en casa del señor brigadier Valcárcel no ha podido obtenerse luz alguna acerca de esto; las dos doncellas se habian retirado á la hora de costumbre: se cree que todo esto no sea otra cosa que el lúgubre resultado de una calaverada del jóven marqués de Monterubio, que la echaba de Tenorio.»

Para los conocimientos de don Juan no habia misterio: veian claro que la *Dama negra* y la *Dama de oro y nácar* habian castigado de una manera terrible, que no excluia el ridículo, al vulgar Tenorio que habia apostado le verian cenar con ellas en el Colmado.

Esto, que extendió en voz baja la murmuracion por los altos círculos, acabó de poner de moda á Sofía y á Leoncia.

CAPÍTULO XVII

Que sirve de epílogo

Se sobreseyó respecto á Clara y á Eugenia, no resultando nada contra ellas, y cada cual escapó por donde pudo.

Se habian tomado declaraciones á don Francisco de Valcárcel y á todos los que vivian en los dos hoteles.

Nadie habia visto nada.

La buena fe resaltaba de las declaraciones de todos.

Por la parte de afuera, el sereno afirmaba que el lance debia haber pasado muy rápidamente, puesto que cuando volvia de dar una vuelta á la manzana cantando la hora, se encontró con la catástrofe.

¿Qué se habia de hacer respecto á las dos muchachas?

Soltarlas.

En todo caso, no podia considerárselas como cómplices del crímen, sino, por el contrario, como cuerpos de delito de él.

En cuanto á don Ruperto, ni el sereno ni nadie le habia visto llegar, ni nadie le habia visto irse.

Se anduvo paseando toda la noche por la ronda, y por la mañana se volvió en el primer tren que salió á Zaragoza.

Adivina quién te dió.

Ni la misma Clara sospechó que él hubiese sido el que tan mal habia puesto á don Juan.

Algun tiempo despues se vió á Clara muy empavesada, y al parecer muy contenta, del brazo de un sargentazo de artillería rodada: se habia casado con él. Excusamos decir quién era este sargento.

Mucho antes de que al fin don Ruperto se casase con su *mareo,* el marqués de Monterubio se habia casado con Leoncia.

Pero se habia casado *in articulo mortis.*

Al sentirse morir, se habia convertido y habia comprendido que debia una reparacion á Leoncia.

Se le habia trasladado del hospital de los Paules á su casa.

Por algunos dias se tuvo la esperanza de salvarle.

Por muchos puños que tuviera el primero don Ruperto, y por pesado y terrible que hubiese sido su sable, la cuchillada no habia llegado á la masa encefálica.

Pero la humoracion de don Juan era muy mala, y la supuracion le fué funestísima.

Los médicos le insinuaron al fin que era necesario que se dispusiese.

Don Juan oyó con terror esta sentencia: él habia creido escaparia con el pellejo.

La certeza de que iba á morir, y pronto, causó en él una revolucion terrible: tuvo miedo á aquello en que jamás habia creido, á la eternidad, y entonces, en presencia de aquella eternidad sombría, recordó todo el mal que habia hecho, todas las lágrimas que habia causado, todas las mujeres que, valiéndose de malas artes, habia perdido, y cerrando la marcha de estos fantasmas vió al pobre Cristóbal, que le miraba terrible, y que parecia pedirle con aquella mirada sobrenatural su vida, su honra, y la honra y la paz del alma de su hija.

Su amor por Leoncia, su desesperacion por perderlo, llevaron á don Juan al delirio, y su estado se agravó y se hizo perentorio.

En medio de su delirio, don Juan veia á Leoncia como un ángel que podia salvarle; y cuando

el delirio pasó, pidió le llevasen, para que le preparara al viático, al cura de...

El buen párroco acudió lleno de caridad, y oyó estremeciéndose la relacion de los repugnantes desórdenes de la vida del marqués, que habian hecho más de una víctima, que habian deshonrado más de una familia.

—Determinado está por la santa Providencia de Dios,—dijo el eclesiástico, despues que hubo absuelto á don Juan,—que caigan sobre la cabeza del hombre las consecuencias de sus acciones; no puede provocarse contínuamente el peligro, no puede desafiarse todo, sin que al fin sobrevenga una consecuencia funesta: el que no respeta ni la virtud de las mujeres ni la honra de las familias; el que cree que las criaturas de Dios han sido creadas por Dios para que el más fuerte, el más astuto ó el más miserable las devore, siembra injurias y desgracias para coger una cosecha de venganza; el que en los vicios se envuelve, muere bajo los resultados de sus vicios, si no por la mano airada de los hombres, á manos de la Naturaleza. A toda falta sigue su castigo de una manera segura, ineludible, y es necesario tener muy en cuenta, que aun suponiendo que despues de esta vida transitoria no esperase al hombre una eterna recompensa ó un eterno castigo, el castigo ó la recompensa de nuestras acciones lo encontramos cumplidamente en nuestra vida:

llega un dia en que, enervados, gastados, enloquecidos por nuestros vicios, somos un condenado viviente que muere desesperado, apurando su condenacion. Sí, hijo mio: las causas producen consecuencias; quien ama el mal, mal acaba; quien ha vivido despreciando todo lo divino y lo humano, ó cae como usted bajo un accidente que se ha provocado, ó enloquece, herido por el remordimiento, que tarde ó temprano se hace sentir en el corazon del criminal.

Don Juan no comprendia nada de esto: el buen párroco gastaba su pólvora en salvas; la moralidad de su discurso le entraba á don Juan por un oido y le salia por otro.

En el remordimiento que sentia por el mal que habia hecho, no habia otra cosa que miedo, ni en su arrepentimiento más que supersticion; él creia de una manera inconsciente que podia engañar á Dios, y que Dios y la santa Vírgen de la Soledad de la calle de la Paloma, á la que habia hecho no sabemos cuántas promesas, en vista de su remordimiento y de su arrepentimiento, harian el milagro de salvarle.

Pero si por milagro ó naturalmente se hubiese salvado, en el momento en que se hubiera sentido fuerte hubiese vuelto á ser lo mismo que habia sido antes.

El cura, á su manera, habia dicho lo mismo que nosotros vamos á decir á la nuestra.

Los que se consagran á la vida de Tenorios, sin ser valientes, son estúpidos: uno de los géneros más peligrosos de manejar, más peligroso aún que la pólvora, es el género mujer: puede uno de estos imbéciles Tenorios burlarse impunemente de una, de diez, de ciento, y de improviso otro amante celoso, un padre, un hermano, un marido, en vez de congestionarse y de perecer como el pobre don Cristóbal, vengan á las víctimas de uno de estos pícaros, acometiéndole generalmente en la sombra, hiriéndole como él ha herido, representando una consecuencia terrible.

La mayor parte de estos tunantes acaban muertos por otro tunante, cuando no por la ira de un hombre honrado, que se ha sentido herido en su corazon ó en su honra.

Por una parte la pasion que don Juan sentia por Leoncia, por otra la esperanza de que una reparacion en favor suyo conmoverian tal vez á Dios, hicieron que don Juan dijese al párroco, que durante la confesion le habia ordenado aquella reparacion, *sine qua* no podia absolverlo:

—Sí, sí, padre mio; pero es muy posible que Leoncia se niegue.

—No se negará,—dijo el eclesiástico;—yo mismo voy, y espero que cuando se le haya á usted administrado, Leoncia y su madre, y Sofía y sus

padres adoptivos estarán aquí: yo, yo mismo los desposaré á ustedes *in articulo mortis.*

Y el párroco se apresuró á salir, porque no habia tiempo que perder, segun le habian dicho los médicos.

El cura sostuvo una reñida, aunque rápida batalla, con doña Isabel y con Leoncia.

—No, no,—decia doña Isabel;—no hay razon divina ni humana que me obligue á perdonar á ese hombre: no, esa muerte violenta de que muere, no es para mí una expiacion; yo continuaré pidiendo á Dios que le castigue: yo no puedo olvidarme de la dolorosa agonía de mi marido; yo tengo delante de mí la dolorosa desesperacion de mi hija.

—Por lo mismo, señora,—dijo el eclesiástico,—es necesario prestarse á la sola reparacion posible: á la reparacion del honor; que sea Leoncia viuda.

—Antes que unir mi mano á la de ese infame, antes que jurarle amor, ni aun sabiendo que va á morir, me resigno á todo, lo arrostro todo.

Por fin, de tal manera esforzó el cura sus argumentos, hasta tal punto lo hizo elocuente su caridad, que la madre y la hija consintieron en ir hasta el lecho del Tenorio moribundo, acompañadas del cura, de don Francisco, de Margarita y de Sofía.

Al ver á Leoncia, don Juan se echó á llorar.

Leoncia aparecia densamente pálida, y con su palidez más hermosa; procuraba mirar sin ódio á don Juan, y no lo conseguia: don Juan veia el alma entera de Leoncia á través de su mirada, y el dolor de verse aborrecido cuando agonizaba por la única mujer que le habia hecho conocer el amor; el despecho porque aquel amor hubiese llegado tarde; la sensualidad, el miedo, un torbellino, en fin, de pavores oscuros y miserables, habian hecho brotar á raudales de sus ojos las lágrimas.

Leoncia y su madre se conmovieron.

Sofía, más que conmovida, estaba aterrada.

Hubo un momento solemne, un momento supremo, en que el marqués, como obedeciendo á un impulso galvánico, se incorporó violentamente, y extendiendo los brazos, exclamó:

—¡Ah! ¡perdonadme! ¡no me dejeis morir desesperado!

Y apenas dichas estas palabras, volvió á caer sobre la almohada.

Aquella voz angustiosa y terrible, aquella frente vendada, aquellos ojos fosforescentes, dilatados, ansiosos, desesperados; aquel semblante pálido, que empezaba á ponerse lívido; todo esto, en fin, resolvió la situacion.

Ante el remordimiento, ante la agonía, Leoncia y su madre perdonaron.

En cuanto á Sofía, á quien aquel suceso ha-

bia lastimado profundamente, se guardó muy bien de decir al moribundo que era su hermano.

—¡Ah!—exclamó;—¡baste con que el saber que era mi hermano me haya librado de él! ¡Habia algo en él que me arrastraba, y que yo hubiera podido creer amor! ¡Pero no, no era amor! ¡Dios lo ha querido! ¡yo no tengo la culpa!

Don Juan murió pocas horas despues de sus desposorios con Leoncia.

Leoncia permaneció aquellas horas al lado de su marido, apurando el horror de su desesperada agonía.

De improviso se oyó un agudo grito de Leoncia; entraron todos: el marqués habia muerto.

—¡Oh! ¡esto es terrible!—exclamó Leoncia, arrojándose en los brazos de Sofía.—Ahora que ha muerto...

Y se detuvo.

—Ahora le amas...

—Sí; pero si puedo perdonarle, si le perdono, no puedo perdonarme á mí misma... Mi padre...

—Dios lo ha querido,—exclamó Sofía.

Y se llevó á Leoncia.

. . . . . .

Doña Mónica acabó por casarse con su Quita-penas; pero gozó muy poco de su felicidad.

Algun tiempo despues de la desastrada muerte del marqués de Monterubio, murió de una enfermedad, que no pudieron conocer los médicos.

Frasquito heredó á su queridísima cónyuge, de la cual nadie le creyó el asesino: ¡de tal manera supo llorarla! Por lo demás, á tal vida se dió el angelito, que el desenlace más favorable que podia suponérsele era el presidio.

En cuanto á Sofía y Leoncia, nada podemos aún decir de ellas: la continuacion de sus historias, esto es, las historias de sus amores no han llegado á nuestra noticia: cuando tengamos datos, si estos datos son interesantes, nos ocuparemos, para nuestros lectores, de la *Dama negra* y de la *Dama de oro y nácar.*

—FIN—

ÍNDICE

		PÁGS.
CAP. I.....	La tutora de Sofía.....	5
— II.....	Sofía.....	19
— III....	Algo más sobre Sofía.....	41
— IV....	De como se estableció Sofía.....	59
— V.....	Que empieza con un escándalo causado por un Tenorio, y concluye con otro escándalo que otro Tenorio causa.....	73
— VI....	Una historia en algunas páginas.	99
— VII...	Una buena mudanza hecha en muy poco tiempo.....	131
— VIII...	Entre paréntesis.....	139
— IX....	Caridad, no; afecto.....	141
— X.....	Tenorio contra Tenorio.....	157
— XI....	De cómo se baten para llegar á sus propósitos los Tenorios de hoy.....	169

PÁGS.

Cap. XII... El secreto de un *secretaire*..... 187
— XIII... La tutora y la pupila..... 213
— XIV... De como un Tenorio que ha burlado á una mujer puede desconocerla, hasta el punto de enamorarse de ella, siete meses despues..... 221
— XV.... De como puede armarse á un Tenorio una trampa de lobo..... 229
— XVI... Una catástrofe imprevista..... 245
— XVII.. Que sirve de epílogo..... 261

PRECIO: **UNA PESETA** EL TOMO EN TODA ESPAÑA

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

LOS

TENORIOS DE HOY

NOVELA DE COSTUMBRES

LIBRERIA ESPAÑOLA
E. DENNÉ-SCHMITZ
2, Calle Favart
PARIS

LIBRARY OF CONGRESS
1884
CITY OF WASHINGTON

MADRID.—1872

URBANO MANINI, EDITOR

CALLE DE SERRANO, 14

URBANO MANINI, EDITOR
CALLE DE SERRANO, NÚM. 14, BARRIO DE SALAMANCA, MADRID

OBRAS EN VENTA

	Rvs.
Abelardo y Eloisa; *por D. Ramon Ortega y Frias.* Dos tomos en gran tamaño,	40
Don Quijote de la Mancha; *por Cervantes.* Dos tomos ilustrados. Precio.	25
Cristóbal Colon *(descubrimiento de las Américas).* Cuatro tomos ilustrados. Precio.	50
Hernan Cortés *(descubrimiento y conquista de Méjico).* Cuatro tomos ilustrados. Precio.	70
El País del Oro *(descubrimiento y conquista del Perú).* Cuatro tomos ilustrados. Precio.	40
El Motin de Esquilache; *por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.*—Dos abultadísimos tomos ilustrados.	40
Mendigos y Ladrones; *por D. Julio Nombela.* Cuatro tomos ilustrados. Precio.	40
Los Miserables; *por Victor Hugo.* Cinco tomos ilustrados. Precio.	50
La Fiebre de Riquezas *(viaje á California); por don Julio Nombela.*—Dos tomos ilustrados. Precio.	20
Los Dramas de Paris; *por Ponson du Terrail.* Tres tomos ilustrados. Precio.	62
El Rey de Sierra-Morena; *por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.*—Cinco tomos ilustrados. Precio.	56
D. Miguelito Capa-rota; *por id.*—Cuatro tomos id.	40
La Candela de San Jaime; *por id.*—Un tomo.	4
Las Cuatro Barras de Sangre; *por id.*—Un tomo.	4
La Gente Cursi; *por D. R. Ortega y Frias.*—Un tomo.	4
El Naufragio de la Medusa; *por id.*—Un tomo.	4

Para recibir cualquiera de estas obras por el correo y porte franco, remitir el precio marcado en libranzas, á su editor **D. URBANO MANINI, calle de Serrano, 14, Madrid.**

En caso de no haber libranzas, puede remitirse en sellos, pero certificando la carta.

LIBRARY OF CONGRESS
Branch Bindery, 1903

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 541 0

0 022 011 541 0

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 541 0